

se

Jean-Paul Didierlaurent

El resto de sus vidas



Lectulandia

Ambroise es un buen chico, guapo y de buena familia. Solo tiene un defecto: su trabajo consigue que todos estornuden... o salgan corriendo. Es embalsamador y lo sabe todo sobre cadáveres, sobre su reacción al oxígeno y al tiempo, e intenta mantenerlos en buen estado al menos hasta que pase el velatorio. Ambroise conoce a Manelle, una cuidadora de ancianos, como Samuel, judío superviviente de un campo de concentración alemán, a quien se le ha detectado una enfermedad terminal. Por eso, decide marchar a Suiza para que le practiquen la eutanasia, y Ambroise y Manelle deciden acompañarle. En ese alocado viaje que los llevará a los tres a recorrer Europa, Ambrose descubrirá que el diagnóstico de Samuel era equivocado y que la muerte del anciano no es, de momento, inminente.

Lectulandia

Jean-Paul Didierlaurent

El resto de sus vidas

ePub r1.0

Titivillus 28-01-2018

Título original: *Le reste de leur vie*
Jean-Paul Didierlaurent, 2016
Traducción: Adolfo García Ortega
Ilustración de cubierta: Ed Carossia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Sabine, Marine y Bastien, mis tres soles.
A mi madre, por la lección de vida que nos da a diario*

Diríase que el cuerpo, inflado por un soplo indefinido, vivía multiplicándose.

CHARLES BAUDELAIRE, *Una carroña*

Manelle se ponía de los nervios cada vez que entraba en el piso de Marcel Mauvinier. Ese individuo tenía el don de sacarla de quicio. «Señorita, no se olvide de vaciar bien el orinal». Siempre la recibía con lo mismo. Nunca con un «buenos días», ni con la menor frase de bienvenida. No, solo esa llamada al orden voceada desde el sillón del salón al que pegaba el culo de la mañana a la noche: «Señorita, no se olvide de vaciar bien el orinal». Como si insinuara que ella tenía por costumbre vaciar mal el orinal. El caso era que Manelle, cuando iba hacia allí, no pensaba en otra cosa que no fuera en ese orinal de esmalte con florecitas malvas pintadas que se veía obligada a acarrear cada mañana del dormitorio al cuarto de baño para vaciar su contenido en la taza del váter, fruto de una noche de desorden prostático. Con casi ochenta y tres años, viudo desde hacía poco, Mauvinier tenía derecho a cuatro horas de asistencia domiciliaria a la semana, repartidas en cinco sesiones de cuarenta y ocho minutos cada una, de lunes a viernes. Unas sesiones durante las cuales la chica, aparte de vaciar el orinal del señor, debía realizar mogollón de tareas como pasar el aspirador, hacer la cama, planchar la ropa, pelar las verduras, y todo bajo la mirada suspicaz de ese viejo vicioso que intentaba siempre sacarle el máximo provecho a su dinero. «Ahí le dejo la lista», decía el anciano haciéndose el remilgado. Todas las mañanas, aguardaba a la joven una hoja cuadriculada puesta sobre el mantel de hule de la mesa de la cocina. En ella estaban consignadas las tareas del día. Manelle se había puesto su bata de color verde pálido y había recorrido la apretada letra de Marcel Mauvinier, una escritura rúcana que no se salía de las líneas. Palabras trazadas con economía.

Bacinilla que vaciar.

Ropa que tender.

Poner en marcha una colada de blanco.

Hacer la cama (funda de almohada que cambiar).

Regar el ficus del comedor.

Barrer cocina + pasillo.

Ir a recoger el correo.

En ese juegucito de Cómo-tener-ocupada-a-su-asistencia-domiciliaria-durante-tres-cuartos-de-hora, Marcel Mauvinier, antiguo propietario de una tienda de electrodomésticos, se había hecho el rey. Manelle siempre se preguntaba por qué la palabra *sirviente* no sería solo del género femenino. Echó un segundo vistazo a la lista de encargos, haciendo un esfuerzo por adivinar dónde ese vicioso había podido ocultar hoy el billete de cincuenta euros. Habría apostado que en el ficus. El billete se

había convertido en el gril diario de Manelle. Descubrir su ubicación suponía un desafío para la joven, y daba un toque picante a los cuarenta y ocho minutos que la esperaban. Un año antes, cuando había descubierto por primera vez la guita inocentemente puesta encima de la mesilla, se había quedado paralizada al ir a coger el billete. Las palabras *peligro* y *terreno minado* emitían destellos furiosos dentro de su cabeza. Aquel billete de cincuenta euros, bien visible y todo estiradito en medio del tapete de la mesilla, olía un poco a chamusquina, para ser honesta. Marcel Mauvinier no era de los que se dejaban olvidado el dinero suelto, y menos aún un billete semejante. Sin embargo, durante unos segundos, Manelle había pensado en todo lo que habría podido hacer con una cantidad como esa. Restaurantes, cines, ropa, tiendas, zapatos habían desfilado por su cabeza. Por un instante, habían cautivado su pensamiento cosas tan concretas como ese par de sandalias fosforito que había visto el día anterior en el escaparate del San Marina rebajado a 49,90 euros. Finalmente, la chica había decidido ignorar el billete, hacer la cama y salir de la habitación sin volver a mirar aquellos cincuenta euros puestos encima del joyero de encaje que parecían burlarse de ella. Marcel Mauvinier había dejado de contemplar la pantalla de la tele para asomar su nariz por la cocina. «¿Va todo bien?», había preguntado el viejo mientras ella rellenaba el formulario de asistencia. Nunca hasta ese día el viejo se había preocupado por su bienestar. «Sí, todo va bien», había respondido ella sosteniéndole la mirada. «Sin problemas, ¿no?», había añadido él, receloso, trotando a pequeños pasos hasta el dormitorio. «¿Es que debería haber algún problema?», melindreó ella a sus espaldas. La visión de aquella cara desconcertada que licuaba sus rasgos mientras ella regresaba a la cocina había satisfecho a Manelle. Un desconcierto que, a sus ojos, valía mucho más que cincuenta cochinos euros.

Desde entonces, el billete con la numeración U18190763573 —la chica había comprobado en varias ocasiones ese número para verificar que se trataba siempre del mismo— viajaba por todo lo largo y ancho del piso de Marcel Mauvinier. Someter a Manelle al suplicio de la tentación parecía haberse convertido en una de las razones de vivir para aquel viejo. Las cámaras habían hecho su aparición un poco más adelante. Ni más ni menos que una auténtica red de cámaras en miniatura cabalmente diseminadas de modo que cubriesen la casi totalidad de los ciento diez metros cuadrados. La joven había contabilizado cinco. Una en la cocina, otra en el dormitorio, otra que abarcaba todo lo largo del pasillo, otra en el cuarto de baño y una más en el salón. Cinco ojos negros y fríos que no se perdían el menor de sus gestos y movimientos. En cierta ocasión había sorprendido al viejo vicioso visionando las grabaciones de la víspera. A la mínima oportunidad que tenía, Manelle cegaba aquellos cíclopes en miniatura. Un objeto desplazado inopinadamente para obturar el visor o, más a menudo, un desafortunado golpe dado sin querer con la bayeta tenían como objetivo desviar el ángulo de la cámara hacia el suelo o hacia el techo. Insidiosamente, el octogenario había caído en su propia trampa al crearse aquella adicción idiota, consistente en tratar de pillar in fraganti a su asistenta domiciliaria en

el momento justo de robarle el dinero. Ni una sola vez Manelle había hecho alusión a ese billete viajero, cosa que seguía dejando perplejo a Mauvinier e irritándolo sobremanera. Varias veces había intentado la joven darle la vuelta al billete o doblarlo en cuatro, con el fin de hacerle ver al viejo que no era víctima de sus tejemanejes, pero finalmente había creído que lo mejor sería devolverle el suplicio al remitente ignorando aquellos cincuenta euros. Así pues, cada día la esperaba el billete. Sobre la alfombra del cuarto de estar, sobre la cubierta de la lavadora, sobre el frigo, atrapado entre dos libros, puesto al lado del teléfono, en el mueble de los zapatos, encima de una pila de toallas dentro del armario del cuarto de baño, en la cesta de la fruta, entremetido entre la correspondencia. O, como hoy, cerca del ficus que tenía que regar. El billete se encontraba medio deslizado debajo del tiesto de barro cocido. Mientras subía el correo después de haberlo recogido del buzón, Manelle se preguntó de repente, no sin cierta inquietud, cuál sería la reacción de Marcel Mauvinier si un día terminaba por cansarse de esos jueguecitos y se metía definitivamente el billete en la cartera. Había acabado por encariñarse con ese billete de cincuenta euros que daba a sus tareas domésticas un cierto aire de intriga y de búsqueda del tesoro. A las 9.45 en punto, una vez finalizado su trabajo, la asistenta domiciliaria se quitó la bata y firmó su formulario de presencia laboral. Como se lo había visto hacer muchas veces, ella sabía que en ese preciso momento Marcel Mauvinier sacaba del bolsillo de su chaleco el cronómetro que llevaba allí medio escondido, con el fin de asegurarse de que los cuarenta y ocho minutos se habían cumplido escrupulosamente.

Cada mañana, nada más zamparse las tres tostadas con mantequilla cubiertas de mermelada de mora —la única que le gustaba— y beberse los sucesivos tragos de café con leche que les correspondían, Ambroise se apresuraba a depositar bol y cubiertos dentro del fregadero, para luego recoger, con una rápida pasada de esponja, las migas esparcidas en el hule antes de recorrer en silencio el largo pasillo que atravesaba todo el piso. Solía detenerse a medio camino, a la altura de la primera puerta, el tiempo justo de pegar la oreja a la hoja de madera, que apenas podía contener los ronquidos de Beth. Le gustaba escuchar los profundos ruidos guturales que procedían de la anciana. Lo que hoy le llegaba desde el fondo del dormitorio era la música de un mar apacible, el morir de las olas en la playa seguido del crepitar de la arena. Inspiración, expiración. Flujo y reflujo. Tranquilo por ello, Ambroise llegó hasta el final del pasillo y se metió sin hacer ruido en el cuarto de baño secundario que lindaba con su habitación. El neón cansado parpadeó en dos tiempos; siempre parpadeaba en dos tiempos antes de inundar suelo y paredes con una luz fría. Un rectángulo de contrachapado clausuraba la antigua bañera de asiento que ocupaba tanto espacio. Siempre maravillaba al joven el lecho provisional en el que estaban dispuestos los instrumentos para que escurrieran. Extendidos unos con otros sobre la toalla empapada que había absorbido toda el agua durante la noche, relucían metálicamente bajo aquella violenta luz. Ambroise no dejaba de contemplar los reflejos iridiscentes que provenían de su superficie inoxidable. Ese instante suspendido mientras se encontraba a solas con ellos en ese cuartito minúsculo y recalentado, en medio de un olor a detergente, lo fascinaba. Enumeró en voz baja la *check-list* al mismo tiempo que sus ojos revoloteaban de derecha a izquierda por la toalla empapada. Escalpelo, ganchos, separadores, pinzas de disección y aprietatubos, tijeras rectas, tijeras curvas, agujas rectas, curvas y en serpentín, sondas, pinza nasal, pinza hemostática, recortadores, espátulas flexibles y rígidas... Se recreó en el que consideraba el más hermoso de todos, el trócar. De una largura de casi cincuenta centímetros, el tubo de punción pesaba agradablemente en su mano. Su punta afilada como un lapicero estaba perforada por una decena de agujeritos que él procuraba mantener limpios sirviéndose de una escobilla minúscula. A los pies de la bañera, un voluminoso maletín de cuero con grandes solapas abiertas exponía su vientre tenebroso. Ambroise cogió la gamuza que colgaba del lavabo y sacó brillo a cada uno de los instrumentos con el fin de eliminar el menor resto de humedad. El paño se deslizó por las agujas, acarició las hojas, lustró los mangos. Una tras otra, las herramientas volvieron a sus estuches y acomodados en el maletín. Después de arrojar la gamuza en el cesto de la ropa sucia, Ambroise cerró con llave los batientes de cuero y se llevó el maletín a su cuarto. En la mesilla, el móvil vibraba dentro de su

funda. El joven se aclaró la garganta y cogió la llamada. Roland Bourdin, de los establecimientos Roland Bourdin e Hijo, nunca se tomaba la molestia de saludarlo cuando lo llamaba por teléfono, limitándose por toda presentación a ese tono frío y distante que siempre le había conocido Ambroise. Después de los más de cuatro años que llevaba trabajando en la empresa, su relación no había cambiado ni un ápice. Profesional y nada más. De rasgos cortados a cuchillo, palidez cetrina, barba rala en torno a unos labios tan finos que daban a su boca el aspecto de una cicatriz violácea, su patrón era de esas personas que tenían la misma voz que su apariencia. Como la única descendencia del señor Bourdin era su hija, el añadido a la derecha de su nombre de aquel «e Hijo» no tenía otra razón de ser que la de endilgarle a la mencionada empresa una capa de respetabilidad intergeneracional para tranquilizar a la clientela. El patrón llamaba para un encargo a domicilio. Fiel a su costumbre y sin más florituras que las necesarias para la justa comprensión, Bourdin soltó la información en un orden establecido solo por él y que no contravenía jamás: apellido del cliente, nombre, sexo, edad y dirección del lugar de intervención. «Sin indicación de número de la calle, solo casa amarilla, según la esposa», añadió de manera lacónica antes de colgar. Tan avaro en artículos definidos como en expresiones de educación, pensó Ambroise mientras grababa los datos en su iPhone. Volvió al amplio cuarto de baño que compartía con Beth, se cepilló los dientes, se afeitó, domeñó su melena negra y abundante a golpes de gomina antes de rociar sus mejillas con un par de ráfagas de *aftershave*. Colgado en una percha del armario lo esperaba su traje de presentación. Camisa blanca, corbata gris oscuro, chaqueta y pantalón negros. Se quitó el pijama y embutió sus setenta y seis kilos dentro de la ropa recién planchada. El atuendo de protección que constituía el verdadero traje de trabajo, el que la gente no llegaba a ver nunca, recubriría más tarde el primer traje, a modo de una segunda piel. Por ahora, solo contaba la apariencia. Se trataba de no asustar, de ser lo más soso posible. Un fantasma, eso era lo que debía esforzarse en parecer. Un fantasma en traje y corbata que no debía dejar a su paso más recuerdo que el de una sombra pasajera. Satisfecho de la imagen que le devolvía el espejo que había encima del lavabo, Ambroise se dirigió hacia la salida con el valioso maletín bamboleándose en su mano. Todo un turista disponiéndose a partir hacia un país lejano, pensó sonriendo. Su sonrisa creció al ver a Beth plantada en medio del pasillo. Fuera la hora que fuese, y a pesar de las precauciones que tomaba para ser lo más discreto posible, siempre encontraba a la anciana en su camino en el momento de salir de casa, mostrándole su rostro radiante. Dobló su metro ochenta para dejar que su abuela depositara en su frente el beso de cada día y deslizara en su oído ese «Ve» que siempre sonaba como una bendición. Decir más no habría servido de nada. Esa única sílaba contenía toda la ternura del mundo.

La voz excitada de Fabrice Luchini explotó en el habitáculo de la flamante furgoneta nueva: «En la rotonda, tome la tercera salida y manténgase a la derecha». Ambroise se sobresaltó. Todavía no le había dado tiempo a cambiar la voz del GPS. «En este aparato tecnológico tiene usted toda una panoplia de personajes a su disposición —se había jactado el vendedor de la Renault cuando había ido a tomar posesión del vehículo—. De Carole Bouquet a Jean Gabin, pasando por De Funès, Bourvil, Mitterrand, De Gaulle, Bardot y muchos otros más», había añadido con orgullo. Imaginar a De Gaulle indicándole que girara a la izquierda o a Mitterrand que se pegara a la derecha le había hecho sonreír. Ambroise se prometió deshacerse de Luchini a la primera ocasión para reemplazarlo por Carole Bouquet. Una vez más, Bourdin había elegido el tono blanco para esta nueva adquisición. «Ustedes son tan artesanos como otros cualesquiera», tenía por costumbre espetar a su personal a lo largo del año. Artesanos del cuerpo humano, de acuerdo, pero artesanos de todos modos. Y los artesanos conducen siempre vehículos blancos. A Ambroise no le gustaba especialmente llegar a casa de los clientes en el mismo tipo de furgoneta que la de un pintor de brocha gorda, un fontanero o un electricista. Habría preferido un toque más noble, por ejemplo, el mismo gris que el patrón reservaba para los vehículos más ceremoniosos, un color de compromiso que rezumaba neutralidad, sobriedad y eficacia. En vez de eso, tenía que contentarse con ese tono que no transmitía nada, únicamente porque el señor Bourdin quería ahorrarse los cuatrocientos euros opcionales de la pintura metalizada.

Fabrice puso de nuevo la voz: «A doscientos metros, gire a la derecha, luego, ya habrá llegado a su destino». Unos chalés idénticos flanqueaban los dos lados del callejón de Sorbiers. Ambroise contempló dubitativo las casitas clonadas por decenas, provistas del mismo garaje y de la misma terraza minúscula, adornadas con los mismos balcones, los mismos tejados de pizarra antracita rugosa y el mismo perro echado, rodeadas de un mismo seto de tuyas. Para su desgracia, todos los chalés ofrecían infinitas gamas de amarillo: paja, sol, limón, canario, maíz, retama, mostaza... «Gracias, Roland Bourdin e Hijo», maldijo el joven entre dientes. Fiándose de su instinto, se dirigió al edificio delante del cual había el mayor número de coches. Después de aparcar su furgoneta a caballo encima de la acera mientras sonaban los bip-bips autoritarios de la marcha atrás, descargó los dos voluminosos maletines y subió los peldaños que conducían a la entrada. No tuvo tiempo de llamar al timbre. La puerta se abrió y apareció una mujer de sesenta y tantos años con rostro abotargado y ojos enrojecidos de haber estado llorando. El «buenos días» que le soltó apenas pudo franquear la barrera de sus labios. Estaba como ausente, tartamudeaba, murmuraba más que hablaba. Les pasa a todos, pensó Ambroise. La pena tenía ese

terrible poder de reblandecer las cuerdas vocales y de ahogar los sonidos en lo más hondo de la garganta. El joven saludó con un movimiento de cabeza a los presentes en el interior del chalé. La gente le abrió paso mientras seguía a la dueña de la casa. La tristeza que atenazaba las cuatro paredes hacía asfixiante el ambiente. Ambroise se llevó a la mujer y a los hijos aparte y les explicó muy sucintamente por qué estaba allí, sin necesidad de entrar en detalles. Quedarse en la superficie de las cosas, no desvelar el proceso, esa era la regla que debía seguir ante cualquier pregunta. Cuanto menos supiera la gente, mejor para todo el mundo. Escogió sus palabras con cuidado, palabras que había dicho muchas veces, palabras para tranquilizar. Pidió poder acceder a un lugar con agua antes de que lo condujeran a la habitación. Reconfortó a la mujer una última vez antes de penetrar en el cuarto. Una hora y media cara a cara con su esposo era cuanto necesitaba para llevar a cabo lo que tenía que hacer.

El dormitorio estaba sumido en una penumbra artificial. El olor dominante tan característico que a veces invadía sus fosas nasales al llegar a un domicilio era, en esta ocasión, imperceptible. Ambroise depositó sus maletines en el suelo, encendió la luz del techo y abrió las cortinas para que entrase la mayor cantidad de luz posible en la habitación. Sobre una silla estaban dispuestos cuidadosamente traje, camisa, corbata y ropa interior. En el suelo había un par de zapatos recién lustrados. El cuerpo yacía en medio de la cama. De mediados los sesenta, corpulencia fuerte. Más de noventa kilos, calculó a ojo de buen cubero Ambroise haciendo una pequeña mueca. Su espalda iba a ser sometida otra vez a una dura prueba. El hombre tenía aspecto de vividor. Tenía que estar prevenido. Por experiencia sabía que los vividores a menudo resultaban ser malos muertos. La gran chaqueta del pijama abierta dejaba entrever manchas amoratadas en los costados. Cianóticas, las orejas y las dos manos habían ya cogido un bonito tinte grosella. Ambroise se quitó la chaqueta, se puso una bata blanca, se colocó una máscara protectora en la boca y el mentón y se ajustó un par de guantes de látex. Desplegó a la derecha del difunto la funda mortuoria plastificada e hizo que el cuerpo rodara encima de ella. El *rigor mortis* ya había aparecido, endureciendo los miembros y las mandíbulas. Quebrar la rigidez muscular era el primer trabajo que tenía que hacer. Ambroise asió uno de los brazos, lo articuló de delante hacia atrás con el fin de llevarlo a la altura del hombro, teniendo que utilizar todo su peso para doblarlo por el codo. Cogió la mano, estiró y ablandó los dedos. Luego hizo lo mismo con el otro brazo y acometió a continuación las extremidades inferiores. Durante todo ese tiempo, no dejó de escrutar aquel cuerpo, paseó la mirada por la superficie de la piel, atento al más mínimo detalle. Masaje cardíaco, constató el joven al ver la zona azulada que se extendía por la parte del esternón. Fijó la inestabilidad de la mandíbula inferior. Seguidamente Ambroise agarró al difunto por la cintura para levantarlo al tiempo que le quitaba la parte superior del pijama. «Último tango, amigo», era lo que solía decir a la persona a la que abrazaba así su antiguo maestro de prácticas, quien le había enseñado todo y a quien el medio funerario llamaba afectuosamente Maestro Tánato. «Unos ilusionistas, Ambroise, eso es lo único que somos», le repetía sin cesar. Nada más que unos ilusionistas que deben hacer creer que todo se paraliza en el instante en que la muerte asesta su golpe. Chorradas. La vida no deja de crecer con la muerte, más bien al contrario, se alimenta de los cuerpos, no acaba con ellos. Sin nosotros, la vida transformaría cada cadáver en una abominación. Estamos ahí para inhibir su presencia invasiva y frenarla como se frenaría el avance de un ejército. Atajarla hasta en los más ínfimos órganos y luego expulsarla y echar el candado a las puertas con el fin de evitar que sobrevenga el inevitable desmoronamiento de la carne. «Magos, joven Padawan —se entusiasmaba

con orgullo—, ni más ni menos es lo que somos, magos con la pesada tarea de transformar los cadáveres en apacibles durmientes».

Después de haber desvestido totalmente al difunto, Ambroise abrió el maletín que contenía la bomba de succión, las bolsas y los colectores. Fue a llenar de agua el tarro y preparó el flujo de inyección al que había que añadir el producto conservador con base de formol. El líquido obtenido era de un agradable color rosa malabar. Colocó la bomba eléctrica encima de la cama y calzó el tarro de perfusión, así como el de punción, entre las piernas del muerto. Extrajo del maletín los instrumentos y los depositó en una bandeja de acero inoxidable, cortó dos hilos de sutura, metió la cánula en el tubo, preparó las vendas de algodón y sacó dos lentillas transparentes. Ambroise disfrutaba con estos preliminares previos a la acción. La gente no debía ver nunca el material. Era una regla de oro, como lo era el que no debían asistir nunca a la operación. El mundo de los vivos no tenía lugar aquí, cuando él intervenía. Su antiguo maestro tenía razón. Era un mago, y como todo mago, no debía desvelar sus trucos. Con ayuda de un algodón empapado en una solución alcohólica e hidratante, procedió a la limpieza de la nariz y de los ojos antes de deslizar bajo los párpados las lentillas, cuyas asperezas tenían por función mantener los ojos cerrados. Untó de crema facial las mejillas y las orejas del difunto. Con un escalpelo, Ambroise practicó una incisión de unos pocos centímetros en la base del cuello para sacar al exterior la arteria, cuidándose mucho de no dañar la vena yugular que estaba tan cerca y saturada de sangre. Una vez insertada la cánula en la arteria y mantenida fija por una pinza de sujeción, conectó la bomba eléctrica, que emitió un suave rugido, y empezó la inyección. Las venas no tardaron en hincharse de nuevo. Masajeó concienzudamente las manos, las mejillas y las orejas para facilitar la penetración del fluido. Provisto siempre de su escalpelo, el joven practicó una segunda incisión, minúscula, entre el ombligo y el esternón, por la que introdujo el extremo del tubo de punción conectado al sistema de aspiración. Después de haber metido dos litros de líquido conservador en el cuerpo, Ambroise perforó el corazón con ayuda del trocar mediante un gesto firme y preciso, a fin de extraer la sangre y pasar enseguida su abundante chorro a la bolsa de reciclaje. Una vez más, el milagro se produjo, hermoso como un amanecer que relega a la noche. Los moratones se difuminaron, la piel recobró un tono rosáceo, las cianosis de las mejillas y las orejas desaparecieron como por arte de magia a medida que el formol sustituía a la sangre. El rostro, hasta ese momento contraído por la muerte, se apaciguó y adoptó un semblante sereno. Tranquilo por hallarse ya al abrigo del tiempo, pensó el joven para sí. Gracias al tubo de punción, Ambroise empezó a sondear cada órgano uno por uno para recoger el exceso de hemoglobina, de orina y de gas que se habían refugiado en ellos. Riñones, pulmones, vejiga, estómago, el joven tanatopractor sabía por experiencia en qué órgano se encontraba exactamente según la densidad hallada en el momento de la perforación. Ambroise apagó la bomba. El silencio siempre lo pillaba desprevenido. Sonrió detrás de su mascarilla. Un silencio de muerte. Taponó las fosas nasales y la

garganta insertando hasta el fondo largas tiras de algodón, luego se dedicó a atar las mandíbulas cosiéndolas por la boca mediante una puntada hecha con una aguja curva. Menos de un minuto más tarde, el invisible entrelazado de hilo entre la mandíbula inferior, el paladar y el tabique nasal aherrojaba los maxilares. «Otro que ya no hablará más», tenía por costumbre sentenciar el Maestro Tánato después de cada puntada en la boca. Retiró la cánula de inyección y suturó el agujero de entrada. Cogió el frasco que contenía el fluido de cavidad, metió dentro el tubo conectado al trocar y elevó la botella por encima de la cabeza. Sometido simplemente a la ley de la gravedad, el líquido entró por el cuerpo y se extendió profusamente por los órganos. Una vez que medio litro de ese producto se expandió por las entrañas, Ambroise retiró el tubo de punción, lo secó a conciencia y a continuación colocó el tapón de obturación en el sitio exacto de la incisión. La práctica de un mecánico que le cambia el aceite a un motor, se dijo.

El joven afeitó con delicadeza las mejillas y la barbilla del difunto. Lavó el cuerpo con un paño empapado en una solución desinfectante, lo secó e inició con él otra danza para vestirlo. Durante aproximadamente diez minutos, Ambroise manipuló, jadeando por el esfuerzo, los noventa kilos de aquel hombre, girándolo, levantándolo, volteándolo. Le anudó los zapatos, le abotonó la chaqueta, le puso la corbata lo mejor que pudo y le cepilló el pelo. Como un artista ante su obra, dio unos pasos atrás y, después de un último vistazo, retocó ligeramente la oreja izquierda, un poco más oscura que la otra, con una pequeña pincelada de base de maquillaje. Reajustó el cuello de la camisa, centró correctamente el nudo de la corbata y alisó un falso pliegue de la chaqueta. Como los cuidados de conservación siempre quedaban invisibles a los ojos de los demás, la apariencia física del difunto representaba la punta del iceberg y había que procurar que ningún detalle, por muy anodino que fuera, pusiera en peligro el conjunto de toda la edificación. La funda mortuoria fue replegada debajo del cuerpo por un lado y por otro. Los empleados de las pompas fúnebres la utilizarían para meterlo en el ataúd. Subió el juego de cama hasta la altura del ombligo. Después de haber cruzado las manos del muerto sobre el pecho, Ambroise introdujo entre los dedos una ramita de lirio de los valles que había en la mesilla. Volvió a guardar todo el instrumental en los maletines, más los frascos utilizados para los líquidos, las bolsas con los fluidos corporales y la bolsa de residuos en la que arrojó los guantes y la mascarilla. Después de haberse cambiado la bata por la chaqueta y una hora y veinte minutos más tarde de haber entrado en el dormitorio, Ambroise volvió a salir para invitar a la familia a la exposición del cuerpo. El veredicto brotó de la boca de la hija primogénita. «Papá está muy guapo», exclamó ella bañando la frente del difunto con sus lágrimas mientras lo besaba. Una vez más, el truco de magia había funcionado. El tanatopractor se marchó con la mayor discreción, sin dejar más rastro ni recuerdo de su paso que un fantasma. Un fantasma cuyo teléfono vibraba en el bolsillo del pantalón para informarlo de su próximo encargo.

Samuel Dinsky era una especie de recreo en la ronda de Manelle. Sus ojos, dos bolas negras chispeantes de malicia, se iluminaban en cuanto la joven aparecía. De un humor invariable, Samuel se había convertido al cabo de los meses en mucho más que un simple cliente. Ochenta y dos años, con una pizca de colesterol, soltero y sin familia, aquel hombre era todo un metro sesenta y cinco de buen humor que recibía cada día a Manelle con alegría sincera. Al contrario que los demás, el anciano no evocaba nunca el pasado. El número tatuado con tinta violeta entrevisto un día por Manelle en la parte interior de su antebrazo podía ser la explicación. Ella era su Campanilla, su tortolita, el báculo de su vejez, su Cenicienta, su pirulí, su pequeña peonía, su rayo de sol, su clavelito, y tantos otros sustantivos florales con que festejaba su llegada cada mañana. No había segundas intenciones en la amabilidad que él le prodigaba ni había que buscar detrás de sus palabras ninguna insinuación indecente. A diferencia de ciertos vejstorios de manos muy sueltas que tenían una lamentable tendencia a confundir «ayuda domiciliaria» con «asistencia sexual», el octogenario no expresaba, mediante esas muestras de afecto, otra cosa más que la felicidad de volver a encontrarla todos los días, de lunes a viernes, de once a doce de la mañana. A ella le gustaba pensar que ese privilegio le estaba reservado en exclusiva, aunque una vocecita en su cabeza le advertía que seguramente se comportaba de igual modo con las demás colegas y que esta costumbre era también el mejor subterfugio que él había hallado para evitar confundir sus respectivos nombres. La casita de la rue d'Alger en que habitaba Samuel era la viva imagen de su propietario, sencilla a la vez que acogedora, sin florituras inútiles pero no desprovista de encanto. A Manelle le gustaba terminar allí su jornada. La hora que pasaba con ese anciano le procuraba los mismos efectos balsámicos que un primer baño de sol después del invierno. Llamó discretamente a la puerta y entró sin esperar.

—Soy yo —se anunció desde el pasillo.

—¿Cómo está mi pichoncito esta mañana?

—El pichoncito está bien, gracias. ¿Y usted? —preguntó ella, depositando un beso en las mejillas rasposas del octogenario, lo que contravenía una de las reglas fundamentales de la profesión, consistente en evitar todo contacto físico de orden afectivo con la clientela.

La asistenta domiciliaria señorita Manelle Flandin debía ceñirse, en cualquier circunstancia, a llevar a cabo las tareas oficiales por las cuales se la remuneraba, ni una más ni una menos, tareas que tenían que limitarse a:

Fregar los platos.

Lavar la ropa.
Tender la ropa.
Limpiar los cristales.
Planchar.
Hacer la cama.
Ayudar a levantarse.
Ayudar a acostarse.
Ayudar en el baño.
Ayudar a vestirse.
Ayudar a desvestirse.
Hacer recados.
Preparar las comidas.
Dar de comer a los animales domésticos.
Tender la ropa interior.
Sacar el cubo de la basura.
Sacar al perro.
Barrer y fregar el suelo.
Encerar el parqué.
Pasar el aspirador.
Cerrar o abrir los postigos.
Regar las plantas.
Y vaciar el orinal de Marcel Mauvinier.

La misma asistenta domiciliaria no tenía, bajo ningún concepto, que hacer lo siguiente:

Leer cada noche en voz alta algunos párrafos del último Marc Levy a Annie Vaucquelin a la hora de acostarse para ayudarla a dormir.
Administrar el paquete de acciones de Pierre Ancelin.
Pasar una hora clasificando las fotos de la familia Perron.
Tomar un café con consiguiente charleta.
Comer un trozo de tarta o un pedazo de pastel con consiguiente charleta.
Mirar y comentar las imágenes de *Feux de l'amour* a Jeannine Poirier, que ya no ve.
Jugar al Scrabble con Ghislaine de Montfaucon.
Preparar cada noche de viernes un Negroni (un tercio de Campari, un tercio de vermú, un tercio de ginebra) a la viuda Dierstein y brindar con ella.
Depositar cada mañana un besito en las mejillas rasposas de Samuel Dinsky.

Pero Manelle mandaba a la mierda el reglamento, y nadie podría impedirle jamás

besar a todos los Samuel Dinsky del mundo con la excusa de que tales testimonios de afecto estaban formalmente prohibidos por la biblia de la asistencia domiciliaria en el medio rural.

—Siempre muy bien en cuanto veo a mi amita de casa ideal —respondió Samuel.

La caja de analgésicos que había sobre el aparador desmentía sus palabras. Desde hacía algún tiempo, el anciano padecía de migrañas periódicas, unas cefaleas que le amargaban la existencia a veces durante días seguidos. Últimamente, la joven había sorprendido en varias ocasiones ciertos gestos de sufrimiento que deformaban los rasgos de su cara cuando él creía que no era observado. Contó en el blíster las pastillas que faltaban y se inquietó.

—¿Se ha tomado seis desde ayer? Ya sabe que son muchas. Cuando ayer por la tarde vino el médico, ¿qué le dijo?

—Que, para mi edad, tengo la tensión de un joven. Me ha cambiado las pastillas para el colesterol y me ha recetado unos analgésicos un poco más fuertes porque los otros se me acabaron.

—¿Y eso es todo?

—No, tengo que hacerme una resonancia magnética dentro de quince días y quizá ver a un neurólogo y no sé qué más. ¿Qué hay hoy de menú, preciosa?

Aunque todavía podía cocinar, el anciano había solicitado beneficiarse del servicio de entrega de comida a domicilio. La lectura del menú del día era la primera tarea que hacía la joven nada más llegar a casa de Samuel. Un ritual al que ella se prestaba con regocijo impostando un aire de solemnidad. Cogió la cartulina en la que figuraba, con una caligrafía llena y de trazo fino, el programa gastronómico de la semana. Se subió a una silla y, como si fuera un pregonero, declamó el texto con voz clara y sonora ante la mirada divertida de un Samuel en la gloria.

—Este martes, 12 de abril, tendremos de entrante una mortadela sobre lecho de verdura, seguida de tiras de pechuga de pollo acompañadas de puré Pierre-le-Grand. Como postre, el chef le propone un producto lácteo finamente batido rociado de zumo de frutas del bosque. El *maître* Queux le agradecerá cualquier comentario encaminado a mejorar la calidad del servicio, exceptuando los purés con nombres encantadores como Musard para el de alubias, Conti para el de lentejas, Crécy para el de zanahorias y Pierre-le-Grand para el de apio, como en el caso de hoy, los cuales, una vez servidos en el plato, se parecen todos sin excepción ¡a la misma boñiga humeante color verde caglera procedente del mismo ojete!

Samuel aplaudió vigorosamente la presentación de Manelle. La joven invirtió los cincuenta minutos siguientes trabajando en la casa, yendo del dormitorio a la cocina y de esta al salón comedor, en función de las tareas que tenía que realizar, charlando todo el tiempo con el anciano, quien, sentado cerca de la ventana, escrutaba el periódico del día. Cincuenta minutos durante los cuales debatieron de todo y de nada, de cosas serias o banales, de la lluvia o del buen tiempo, de la política dirigida por el gobierno, de pintura, de literatura. Cincuenta minutos que se le hacían mil a la joven

asistenta domiciliaria.

Beth estaba metida de lleno en la preparación de un estofado que daba olor a toda la casa cuando Ambroise regresó del trabajo. Después de un interrogatorio en toda regla acerca de cómo había ido la jornada, la anciana acabó por lanzar la pregunta que venía atormentándola desde hacía tiempo relativa a la vida sentimental de su nieto. «¿Has vuelto a ver a Julie?», inquirió inocentemente mientras daba vueltas a la carne con ayuda de una espátula. No, Ambroise no había vuelto a ver a Julie. Tampoco había vuelto a ver a Manon, ni a Lise ni a Laurine. Las chicas siempre habían sido un problema. Su abuela desesperaba ya de que encontrase algún día un alma gemela. Desde luego que las ocasiones no faltaban. Con su altura, su cara de ángel y su pelambarrera rebelde, Ambroise no dejaba indiferente al género femenino. Sin ser un coleccionista de aventuras, el joven había encontrado el amor varias veces en los últimos años, pero todas esas historias habían terminado por fracasar al cabo de unos días, puede que de unas semanas o de unos meses, en el caso de las más serias. Y eso que, con el tiempo y la experiencia, Ambroise había aprendido a ser evasivo, a ocultar su profesión, a envolverla bajo una capa de mentiras diciendo, por ejemplo, que se dedicaba a algo relativo a la paramedicina, pero siempre, pese a sus precauciones, llegaba el terrible momento en que la palabra salía a la superficie: *tanatopractor*. Cada vez, entonces, se desencadenaba un proceso destructor que le era imposible detener. Primero, se le venía encima un diluvio de preguntas que le hacían las chicas sobre los porqués y los cómo y del que no podía escapar. De sus respuestas nacía, las más de las veces, un sentimiento de repulsa ante la idea de que esas mismas manos que acariciaban su cuerpo al caer la noche habían estado manoseando durante todo el día pieles frías y acartonadas por la muerte. A veces era al revés, la revelación engendraba una atracción morbosa que se metía en medio de la pareja como un gusano en la fruta. Pero lo peor de todo era esa nueva mirada, a medio camino entre el asco y la fascinación, que le dirigían cuando les hacía esa confesión. *Tanatopractor*. Invariablemente, la palabra ponía el punto final a la relación. «¡Qué desperdicio!», no dejaba de repetir Beth al mencionarle las escasas chicas que habían pasado con éxito la prueba de la *kouign-amann*^[1]. Para la anciana, el género humano estaba formado por dos grupos muy distintos: los amantes de la *kouign-amann* y los demás. Alguna de las conquistas que el joven había llevado a casa no había podido sustraerse del examen pastelero impuesto por Beth al acabar el queso. Con las escuchimizadas, las asustadizas de la materia grasa, la sentencia era inapelable: una persona incapaz de apreciar en su paladar la delicada mantecosidad de una *kouign-amann* no podía ser apta para recibir la felicidad en su corazón. Las demás, entre las que se encontraba Julie, recibían su bendición eterna.

Ambroise había terminado por renunciar a emparejarse, así de simple, prefiriendo

vagar por un desierto sentimental salpicado por aquí y por allá de aventuras sin futuro, de pálidos sucedáneos del amor sin otra finalidad que un buen revolcón. Algo carnal, nada más, y luego largarse, antes de que la dichosa palabra llegara a dar al traste con todo. Puro sexo sin amor, como un plato sin sal. El otro día se había atrevido a pedir los servicios de una profesional. Mientras caminaba bajo un aguacero por el dédalo de callejuelas en dirección al *parking* donde estaba aparcado su vehículo, una joven lo había interpelado entre dos mascaradas de chicle: «¿Subes?». Toda una réplica sacada de una mala peli de serie B. Piernas largas y torneadas embutidas en unas medias de nailon, pechos esculturales, labios carnosos realzados con *gloss*. Sin pensarlo dos veces, Ambroise la había seguido por un oscuro y hediondo pasillo antes de subir la decena de escalones que llevaban al piso donde se encontraba el minúsculo estudio que hacía de oficina de recepción del lupanar. «Se paga antes», había ordenado ella. Él revolvió torpemente en su cartera en busca de los cincuenta euros demandados. «Desnúdate, grandullón». Una orden fría. El tuteo de una institutriz a su alumno. Él había obedecido, doblando concienzudamente su ropa antes de ponerla sobre la silla prevista para tal efecto. ¿Cuántos pantalones, camisas arrugadas, calcetines hechos una bola y calzoncillos habían precedido a su propia ropa en ese mismo asiento? «Échate». La cama estrecha estaba recubierta por un papel protector, de los que suele haber en las camillas de los médicos, kinesiólogos y ginecólogos. «Yo soy tanatopractor», soltó de repente Ambroise. ¿Por qué esa frase en ese instante? Ni siquiera él mismo lo sabía. Tal vez lo había hecho con la secreta esperanza de que la chica lo rechazara por apestoso, le lanzara su billete a la cara tratándolo de perverso y lo mandara a hacer juegucitos con los muertos. Pero no ocurrió nada de eso. «Te dedicas a lo que quieres, cariño», había replicado la prostituta a la vez que le desmochaba el prepucio y lo pajeaba mecánicamente antes de colocarle con gesto experto el preservativo en su miembro de rigidez vacilante. Se estremeció. Gestos de clínica. Ambroise había tratado de acariciar los pechos de la joven, pero esta había retrocedido como bajo el efecto de una quemadura. «Las tetas no —exclamó ella apartando rápidamente su mano—. Tampoco la boca —añadió—. O tienes que pagar más. Los cincuenta son solo por la mamada y por el polvo». En resumen, adoptó el tono de la vendedora que riñe a la clientela demasiado exigente. Cuando ella se metió su miembro en la boca, él experimentó la terrible sensación de que su sexo no era ni más ni menos que un vulgar trozo de carne, una piltrafa envuelta en celofán y ajena a su propio cuerpo. Enseguida se puso encima de ella para penetrarla, pero tuvo un estremecimiento al tocar sus medias de nailon. Un ligero frío de reptil. Había cerrado los ojos para huir de la luz del plafón que inundaba el catre y concentrarse con todas sus fuerzas en el deseo. Después de una laboriosa sesión de vaivén, acabó por correrse en ese cuerpo de mujer a la que tan solo había conocido unos minutos antes. Un orgasmo casi doloroso, logrado solo por la voluntad de terminar lo más rápido posible. El edificio había escupido a Ambroise a la acera de nuevo, un Ambroise asqueado de sí mismo. Cincuenta euros, el precio de la

condenación. Se metió luego bajo la ducha ardiente y se enjabonó el cuerpo durante muchos minutos. Detrás de su perfume, era ella la que olía a muerte, ella y no él.

Como casi siempre, Madeleine Collot había salido ya de su casa antes de que llegara Manelle y subía por la acera cojeando ligeramente en dirección a lo alto de la calle con el bolso en bandolera. Sosteniendo sus noventa kilos, avanzaba contoneándose dentro de una gabardina que parecía demasiado pequeña para ella. La joven, al verla, se apresuró para guarecerla bajo su paraguas y aligerarla de la cesta de mimbre que se balanceaba en su mano.

—Madeleine, ¿cuántas veces tendré que repetirle que me espere? No es usted muy razonable.

La vieja dama dominaba el arte de derretir a su asistente domiciliaria poniendo esa cara de perro apaleado que adoptaba en cada una de sus reprimendas. Una vez más, Manelle no pudo resistir el mohín contrito que le presentaba su clienta. Pese a su avanzada edad, su sobrepeso y sus reumatismos, ya hiciera viento, nevase o lloviese como hoy, para Madeleine Collot era una cuestión de pundonor ir todos los días hasta la tienda de ultramarinos del barrio que estaba a menos de quinientos metros de su casa. Tan testaruda como gentil y reservada, nada ni nadie habría podido disuadirla de esta sagrada misión: ir a Maxini. «Maxi variedad, Mini precios». La anciana disfrutaba siempre con tan solo cruzar la puerta de la tienda acompañada de su asistente domiciliaria, cuya tarea era seguirla como una sombra con el carrito de la compra de la mano. La operación duraba no más de un cuarto de hora, el tiempo de comprar algo con lo que pasar la jornada hasta hacer lo mismo al día siguiente. «No sé cómo explicarlo —había confesado a Manelle en cierta ocasión cuando tuvo que responder a su pregunta sobre tan extraña adicción—. Fíjese, eso me ayuda. Antes iba a la iglesia para asistir a las misas más tempranas, pero ya no hay ni misas ni cura en el barrio. Así que he tenido que conformarme con Maxini. Estaba en el mismo camino de la iglesia y siempre está abierto. No sé por qué, pero me tranquiliza ver todos los estantes llenos a rebosar y ordenados como debe ser. Y, además, aunque sé que es una idiotez, eso me supone un objetivo para el día siguiente. El domingo, que está cerrado, me encuentro inquieta. Siento angustia y el día se me hace eterno. Conozco a un montón de viudas que aprovechan ese día para ir al cementerio a ver a su difunto, pero yo no necesito ir hasta allí a charlar con mi Dedé delante de un cacho de granito pulido para que él me responda. No me gustan los cementerios ni me gustan los domingos», concluyó.

La tienda de ultramarinos Maxini nadaba en la abundancia. La estrechez de los pasillos acentuaba esa impresión, y cada metro lineal estaba repleto al máximo de su capacidad. Cual fenómeno extraño que no dejaba de intrigar a la joven, la ligera cojera de Madeleine Collot tendía a desaparecer cuando ella caminaba entre los estantes mejor abastecidos. Como hoy, por ejemplo, en que el paso de la anciana se

hizo más vivo a medida que se metía más adentro en las profundidades de la tienda. Madeleine se limitó a comprar un filete de ternera, una tartaleta de apio con *rémoulade*, un litro de zumo de naranja y cuatro yogures naturales. En Maxini no había más que una sola caja, una caja atendida unas veces por Boussouf, un joven estudiante siempre sonriente y al que le encantaba bromear, y otras por la encargada, una señora arisca, seca y sin edad, vestida siempre con la misma bata rosa desteñida. En la ruleta Maxini, esas eran las dos únicas opciones: o la sonrisa Boussouf o el rosa encargada. Hoy había salido el rosa.

—Trece euros con veintiocho céntimos —anunció la jefa desde lo alto de su taburete con ruedas.

La cantidad había restallado como una sentencia. Madeleine, después de revolver febrilmente dentro de su bolso, tuvo que rendirse a la evidencia de que se había olvidado el monedero en casa. El pánico que traducía su mirada conmovió a Manelle, que acudió en su ayuda.

—No pasa nada, Madeleine, no se inquiete por eso, ya me lo devolverá más tarde —la tranquilizó mientras le tendía a la cajera su tarjeta de crédito azul.

—Lo siento, pero la casa no acepta tarjetas para pagos de menos de quince euros.

La mujer había soltado su frase con un tono tal que no admitía la menor discusión. La pantallita de la caja registradora mostraba los números de la suma total bien claritos. Uno tres punto dos ocho. Manelle suspiró.

—La señora Collot viene aquí todos los días, ¿no puede usted hacer una excepción?

La encargada dio unos golpecitos con el índice sobre el pequeño cartel pegado con celo directamente en la tapa de la caja: SOLO SE ACEPTAN TARJETAS A PARTIR DE COMPRAS DE QUINCE EUROS. El adhesivo estaba ya amarillo por el paso del tiempo, y la tinta del rotulador se había ido en algunas partes. La asistenta domiciliaria miró el nombre serigrafiado sobre la bata de la tendera antes de insistir.

—Escuche, Ghislaine, no he traído dinero conmigo, ¿de verdad que no puede hacer una excepción?

Ghislaine dio evidentes muestras de que no podía. Su cabeza se movió de derecha a izquierda al mismo tiempo que sus labios emitían los tut-tut-tut de no me vengas con más cuentos. Un rollo automático, pensó Manelle.

—No pasa nada —balbuceó una Madeleine muy afectada que casi había dejado de pensar.

Regresar de Maxini con la bolsa de la compra vacía no le había ocurrido nunca.

—Sí pasa, sí —explotó la joven.

El fin de semana no había conseguido descansar lo suficiente y no estaba de humor para dejarse complicar la existencia por una harpía esquelética. En la última reunión de equipo, la responsable de sector le había vuelto a repetir que no estaban prohibidas las iniciativas individuales, con la condición, obviamente, de que la situación las demandara. La situación, ahora, la demandaba. Miss Calculadora-de-

Bolsillo quería un mínimo de quince euros, así que Manelle iba a dárselos. Vio el tarro de caramelos y el expositor de piruletas que había cerca de la caja. Había también chuches de todas las formas y colores. De gelatinas, de cítricos, de peladillas, de nubes, de mascar, de chupar, de dejar deshacer en la lengua... A precio de dos, tres, cuatro y hasta cinco céntimos para las más caras.

—¿Cómo estaban los triglicéridos en su último análisis, Madeleine? —preguntó Manelle.

—Bien. Mi colesterol es el que está un poco alto, pero los triglicéridos de maravilla.

—Perfecto. Pónganos un euro con setenta y dos de estos caramelos. Esto es un regalo mío —añadió la asistente domiciliaria dirigiéndose a Madeleine, cuyos ojos se pusieron a chispear de glotonería.

La cajera había ya metido la garra que le servía de mano dentro del primer globo de cristal con el fin de sacar un puñado de rulos de regaliz a cinco céntimos la pieza. La joven le indicó que no siguiera.

—Aguarde, no, eso no. Pónganos diez fresas Tagada, cuatro bananas..., esto..., tres Bubblizz... Nos llevaremos también una bolsa de gusanitos, cinco caramelos de coca-cola, sí..., ah, y unos cocodrilos, están muy buenos los cocodrilos, pónganos ocho.

La mano de la vendedora volaba de una pecera a otra, desenroscaba y volvía a enroscar las tapas a medida que le iba haciendo los pedidos. En un momento dado, Manelle dejó de contar.

—¿Cuánto llevamos? —preguntó haciéndose la remilgada—. No vaya a ser que nos pasemos.

Después de haber tecleado nerviosamente en su calculadora, la encargada anunció el resultado.

—Van noventa y cinco céntimos.

En ese momento había ya varios clientes que empezaban a dar pataditas en el suelo y a resoplar detrás de Manelle para su mayor regocijo.

—Pónganos también cuatro melones, seis pitufos, dos cortaditos de regaliz negro, uno de espaguetis de cola..., dos huevos fritos... No, espere, no, ponga solo un huevo y añada mejor unos dientes de vampiro. ¿Cuánto da todo esto?

Las teclas echaban humo. La fila de gente esperando había aumentado en unos cuantos clientes más. La revuelta estaba a punto de estallar.

—¿Está averiada?

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Qué coño está pasando ahí?

Manelle se dio la vuelta y les dirigió a aquellos impacientes un alzamiento de hombros a modo de resignación.

—Un euro con noventa y ocho —exclamó histérica Miss Calculadora-de-Bolsillo.

—Nos hemos pasado —advirtió la joven, que la obligó a cambiar un cortadito de

regaliz negro y dos cocodrilos por un Bubblizz, como si jugara al «Precio justo».

La huesuda mano cogió de repente la tarjeta de crédito azul y la pasó por la banda magnética. Cuando ya se iban, Manelle puso delante de la cajera los dientes de vampiro de gelatina y le ofreció su mejor sonrisa.

—Para usted. Le sentarán muy bien.

Madeleine descendió la calle del brazo de su asistenta domiciliaria llevando la bolsita de golosinas muy apretada contra su pecho. Una vez llegada a buen puerto, renqueó hasta su sillón, donde por fin soltó un silbido de contento. Desde la cocina, donde estaba guardando la compra, Manelle recibió como un regalo aquella sonrisa infantil que acababa de iluminar el rostro de la anciana al mismo tiempo que ella le echaba el ojo a la primera fresa Tagada.

Una noche más, Beth lo había sermoneado al acabar la cena. «Dime si no es una desgracia ver un mueble así, que no sirve para otra cosa más que para coger polvo», lo había regañado señalando hacia la estantería de la biblioteca con un alzamiento de barbilla. Ambroise recordaba muy bien la tarde entera que se pasó montando los tres cuerpos comprados en Ikea. Una tarde para desembalar y clasificar metódicamente las distintas piezas antes de ensamblarlas siguiendo escrupulosamente las instrucciones del plan de montaje. Habían pasado casi tres meses desde que la flamante nueva estantería, modelo Hemnes lacada en blanco, estaba allí, apoyada en la pared del salón. Desde entonces, no había semana en la que Beth no hiciera algún comentario sobre aquellos estantes vacíos que la desolaban. «Una estantería sin libros es tan fea como una boca sin dientes —se quejaba ella hasta la saciedad—. Y tiene el mismo sentido que un cementerio sin tumbas», agregaba con la mayor seriedad del mundo. «Ya sabes dónde están los libros, Ambroise. Tienes la llave, solo te falta ir a buscarlos», le recordaba una y otra vez. ¡Claro que sabía dónde estaban los libros! Por supuesto que se había quedado con el juego de llaves que su madre le había dado cuando se fue de casa de sus padres hacía cuatro años. Lo que pasaba era que, entre sus libros y él, estaba su padre, el profesor Henri Larnier. Desde que su madre ya no estaba, Ambroise no había vuelto por la villa situada en la parte alta de la ciudad. Su madre, que había pasado toda su existencia a la sombra del gran hombre, vivía vicariamente en su prisión dorada. Pendiente de sus menores deseos, anticipándose a cada una de sus necesidades, había terminado por hallar una realización personal en esa entrega absoluta a su celeberrimo esposo. Dondequiera que se encontrase, en la panadería, en la mediateca, en el teatro, en el mercado, con su peluquera, siempre se referían a ella como a la-mujer-del-profesor-HenriLarnier. Y cuando a este le fue concedido en 2005 el Premio Nobel de Medicina por sus trabajos sobre el tratamiento de las complicaciones posoperatorias, Cécile Dumoulin, de casada Larnier, fue rebautizada de inmediato por todos como la-mujer-del-premio-Nobel-Henri-Larnier. En eso se había convertido su nombre ya para la eternidad. «Sobre todo no se lo digas a Henri», le había dicho en voz baja, temerosa, cuando puso en la mano de su hijo el manojito de llaves. Para su madre, aquel gesto fue un auténtico acto de resistencia, quizá el único de toda su vida de esposa obediente. Ese debía ser el pequeño secreto entre una madre y su hijo. Ambroise nunca se había visto en la necesidad de tener que usar el precioso ábrete-Sésamo, ya que, una vez a la semana, después de haber comprobado que el gran hombre estaba en su trabajo, aparcaba su coche en una calle próxima y caminaba a paso ligero hasta el portalón del número 8 de la rue Fenouillet, donde se deslizaba entre los barrotes de la verja como un amante que fuera a visitar a su amada. Una vez en lo alto de la escalinata, le faltaba tiempo para empujar la

puerta, entreabierta con toda intención, e ir a reunirse con su madre, quien, peinada y arreglada, lo estrechaba entre sus brazos mucho rato, antes de retroceder unos pasos y echarle ese vistazo escrutador que todas las madres echan a sus hijos cuando los vuelven a ver después de una larga temporada ausentes. La hora siguiente la pasaban juntos conversando de todo y de nada, arreglando el mundo en torno a una naranjada o a un vaso de vino y muertos de risa, comiéndose con la mirada. Ninguno de los dos se refería al padre durante esa hora. Esa hora era suya y solo suya. La distancia los volvía ávidos uno del otro. Ella quería saberlo todo de su vida, de su trabajo, de sus amigos, de sus amores, de lo que Beth le había preparado para comer durante la semana. Él le preguntaba por su salud, por sus preocupaciones, por la última película que había visto o el último libro que había leído. Durante aquellos sesenta minutos, la-mujer-del-premio-Nobel-Henri-Larnier se transformaba en una mujer como cualquier otra, con sus deseos, sus alegrías y sus penas. Cada una de esas visitas clandestinas la revivía. Porque ella le había ocultado a su hijo el mal que se había instalado traicioneramente en sus entrañas cierto día de abril. Quizá lo hizo porque no quería estropear esa hora sagrada contándole el dolor sordo que había aparecido en el lado izquierdo de su vientre y que no la abandonaba nunca. Tampoco le había hablado de ello a su marido. Tal vez por miedo a importunar al gran hombre, por miedo seguramente a pronunciar bajo su techo palabras que eran tabús desde que Henri Larnier hubiera prohibido hablar de medicina en casa después de la marcha de su hijo. Ella también había ocultado todo el tiempo que había podido los estragos del cáncer, achacando su pérdida de peso a un régimen que se había inventado, pero cuando los signos se habían vuelto evidentes a la vista de todos, ya era demasiado tarde. Metástasis en último grado, la bestia había acabado con ella en menos de dos meses. El padre no había visto nada. Él, el premio Nobel de Medicina, el eminente cirujano que se pasaba el día en medio de tumores malignos y benignos, no había sido capaz de detectar en ningún momento la abominación que corroía por dentro a su propia mujer. El día del entierro, padre e hijo se hallaban cada uno en una parte de la tumba, groguis, de pie, contemplando sin comprender esa fosa que los separaba y que contenía mucho más que el cadáver de una madre y de una esposa. La idea de regresar a esa casa lo repugnaba, pero tenía que hacerlo. Se lo prometió a Beth. Mañana iría a buscar sus libros.

Alternando su tiempo entre el servicio de oncología del hospital y un despacho en la OMS en Ginebra a primeros de semana, su padre solía estar ausente de la casa con mucha frecuencia. Ambroise abrió el portalón y aparcó el coche en el camino de grava, bien visible. No le apetecía colarse en la villa como un vulgar ladrón. Después de todo, era Ambroise Larnier, el-hijo-del-premio-Nobel-Henri-Larnier, y estaba en su propia casa. Nada más cruzar la puerta, abrió la tapa que daba acceso al teclado de pared y pulsó el código para desactivar la alarma. 12102005. 12 de octubre de 2005, fecha de la entrega del Premio Nobel de Medicina a su padre. El código se había mantenido inalterable durante todos esos años. Pecado de orgullo. El joven atravesó el salón y entreabrió el ventanal que daba a la terraza. El césped recién cortado expandía por el aire un agradable olor a hierba fresca. Un poco más allá, el agua de la piscina, de un azul turquesa, centelleaba al sol. Un agua en la que estaba seguro de que ya no se bañaba nadie. Ni en lo más lejos que pudieran remontarse sus recuerdos se acordaba de haber visto alguna vez a su padre en traje de baño. «Una piscina sin bañistas es como un *parking* sin coches, algo triste que no sirve para nada», habría dicho Beth. La casa parecía haber pasado por una limpieza a fondo. *Limpia y fría* fueron los dos adjetivos que le vinieron a Ambroise a la mente cuando contempló la sala de estar. Faltaba ese aspecto cálido que su madre mantenía entre esas paredes cuando estaba viva. Un ramo de flores en el aparador, el modo desordenado a propósito como estaban colocados los cojines, la presencia de un libro abierto encima del brazo de un sillón, unas revistas sobre la mesita baja del salón, una varita de incienso consumiéndose lentamente, una cesta con fruta variada, un crucigrama empezado y tantos otros signos de una presencia humana que habían desaparecido. Por todas las paredes había repartidas fotos de su padre. Su padre posando con un ministro, su padre estrechando la mano de un presidente, su padre recibiendo una distinción de sus colegas, su padre y su Nobel, su padre con bata blanca durante la inauguración de un nuevo servicio de oncología. Y por todas partes, enmarcados cuidadosamente o dispuestos sobre las estanterías, diplomas, premios y extractos de artículos elogiosos. Ni rastro de su madre ni de él mismo en ese templo erigido a mayor gloria del hombre de ciencia. Se detuvo un rato delante de la puerta de la cocina y sonrió tristemente al ver la mesa redonda en torno a la cual se habían dado tantos gritos, donde tantos reproches se habían hecho uno al otro, donde se habían mordido los labios padre e hijo para no decirse tantas cosas, desgarrándose a la hora de comer delante de una madre y esposa impotente.

Endilgarle a su hijo el mismo nombre que el precursor de la cirugía moderna^[2] decía mucho de las esperanzas de éxito depositadas en él por su padre. Pero el hijo, pasada la adolescencia y la primera juventud, no se había mostrado jamás a la altura

de las ambiciones de su ilustre progenitor. A los quince años, Ambroise, para mayor disgusto de su padre, abandonaba los estudios de piano por los de guitarra, guitarra eléctrica para más inri, cambiando a Wolfgang Amadeus Mozart por Angus Young. A los dieciocho, terminaba el bachillerato con la mención de «bien», lejos del «muy bien» esperado por Henri Larnier. Después de haber repetido por segunda vez su primer año de Medicina, el joven ponía fin definitivamente a las aspiraciones paternas matriculándose en uno de los institutos de enfermería de la región. El golpe de gracia llegó poco tiempo más tarde, cuando una noche de diciembre el joven anunciaba a sus padres que, después de dos estancias de prácticas en el hospital, no podía soportar el sufrimiento de los vivos, pero en cambio le parecía que uno de los más nobles trabajos era preocuparse por el cuerpo de los difuntos. «¡Embalsamador!», había soltado su padre fuera de sí, como si escupiera. ¿Sería posible que Ambroise Larnier, su propio hijo, se rebajara a practicar el segundo oficio más viejo del mundo después del de las putas?! «¡Si lo que te interesan son los muertos, entonces vete a reunirte con ellos, pero no pongas nunca más los pies en esta casa!», había gritado como si eructase el premio Nobel, al borde de un ataque de apoplejía. El joven había cerrado su maleta, abrazado a su madre hecha un mar de lágrimas y abandonado la villa sin mirar al hombre con quien jamás había llegado a compartir nada más que gritos y decepciones. Beth lo había acogido sin agobiarlo a preguntas, lo había dejado instalarse en la habitación del fondo y le había hecho una *kouign-amann* para consolarlo.

Ambroise subió por la escalera que conducía al piso superior de la villa y entró en su antiguo cuarto. No se había movido nada desde que se había ido de allí. Los mismos pósteres en las paredes, la misma disposición de los muebles. Algunos pósters viejos con más de cuatro años cubrían el cartapacio del escritorio. Un museo, pensó él. Mi museo. Su madre había mantenido el lugar intacto, con la secreta esperanza de que un día él volviera a vivir bajo el techo familiar. Las estanterías de las paredes se combaban por el peso de los libros. Allí estaban todas sus colecciones de cómics. Los *Trolls de Troy*, *Los pasajeros del viento*, *Les Bidochon*, todos los *Tintín*, la serie *El gato*, varios de Franquin. Más abajo, las novelas que lo habían acompañado en sus noches de adolescencia. Los Stephen King, los J. K. Rowling, los Tolkien. Literatura de quiosco, a ojos de su padre. El joven desplegó las dos grandes bolsas que había traído y metió en ellas, con cuidado, aquellos libros. Al cabo de un par de viajes hasta el maletero del coche, se cercioró de no haber dejado ningún rastro de su paso por allí y cerró con llave la puerta de la villa. Una prisión, pensó mientras conectaba de nuevo la alarma. Mi padre vive en una prisión.

Ghislaine de Montfaucon había elevado el arte de la limpieza a un rango religioso, y su intransigencia en este asunto estaba al mismo nivel que su manía. Cepillarse la suela de los zapatos antes de entrar en la acomodada casa que había en el corazón de la ciudad vieja distaba mucho de satisfacer sus exigencias higiénicas. Una cesta llena de cubrezapatos desechables esperaba a las visitas después de pasar por el felpudo. Manelle cogió un par de esas fundas azules y metió en ellas sus pies antes de dar un paso más.

—Estoy aquí, señorita Flandin. No friegue ahora los platos, lo dejaremos para más tarde.

Como de costumbre, pensó la joven patinando por el parqué encerado hasta el comedor. La anciana la esperaba ya sentada a la mesa delante del tablero de Scrabble, impaciente por continuar la partida empezada tres días antes. En realidad, Ghislaine de Montfaucon no les pedía otra cosa a las asistentes domiciliarias sino que pasasen la hora haciendo el papel de compañeras de juego. Algunas colegas de Manelle se habían quejado por ello. No era su caso, ya que prefería con diferencia jugar al Scrabble, a las damas o al parchís que estarse una hora planchando o limpiando. La vieja, una vez más, estaba a punto de ganar la partida con holgura, pues, además de ser una maniática, Ghislaine de Montfaucon era la reina de las tramposas. Se había convertido en una experta en el arte de crear palabras, palabras cuyas definiciones eran inventadas por ella, y había llegado a convencerse de que eran absolutamente reales. Ese mecanismo de autopersuasión siempre dejaba atónita a la joven asistente. ¿Un *GRIJAK*? Pues está claro, un *grijak* es un oso primitivo con una piel muy tupida que habitaba generalmente en el norte del continente americano en la era glaciaria. ¿*TORQAD*? El *torqad* es un plato hecho a base de maíz y cabrito que se come en la meseta tibetana. Muy apreciado, al parecer. A veces ocurría que algunas palabras daban lugar a otras. *HEXÚFER*: acción que consiste en pulir el acero con ayuda de una *hexúfara*, herramienta con forma de espátula. Hacía mucho tiempo que Manelle cerraba los ojos ante esos neologismos inventados. De ese modo, la anciana evitaba justificar la desaparición de ciertas letras de su atril, por lo general, vocales reemplazadas por consonantes, o añadía palabras ficticias que valían doble, lo que le daba así ventaja a la hora de contar los puntos. Hoy tampoco pudo evitar Ghislaine de Montfaucon caer en su feo defecto. En cuanto Manelle tomó asiento frente a ella, puso una palabra nueva sobre el tablero:

—*MALITH*. Esta cuenta doble, lo que significa veintidós puntos —dijo con júbilo—. Le toca a usted.

Manelle se abstuvo de señalarle que era ella a quien le correspondía jugar la primera, si sus recuerdos de la víspera no le fallaban, como tampoco mencionó que

MALITH, como palabra doble, equivalía a un total de veinte puntos y no veintidós. En cuanto a la significación de dicho vocablo, no tuvo a bien preguntarle al respecto a su inventora, ya que Ghislaine de Montfaucon, viuda lozana para sus noventa y dos años, se apresuró a proporcionarle una. La *malith* es una roca extremadamente dura que se halla en las laderas de los volcanes. Manelle sonrió al ver su atril. Las letras «A» y «U» que le ofrecían la posibilidad de componer *ESPÁTULA* el día anterior se habían transformado por arte de magia en una «G» y una «H» durante la noche. Con la «A» de *MALITH*, se contentó con crear *PASTA* y sacó tres fichas de la bolsa de tela. Fichas que, una vez al mes, eran baldeadas y secadas una por una para ser limpiadas a fondo. Ghislaine de Montfaucon no bromeaba lo más mínimo en materia de higiene.

El depósito de cadáveres se encontraba en el segundo sótano del hospital. Ambroise entró en el ancho cubículo del ascensor y apretó el botón. Por encima de los efluvios a lejía que emanaban las paredes, le llegó insidiosamente el olor acre de los muertos, un olor que se hizo cada vez más permanente a medida que descendía. Era un hedor pringoso que acababa por adherirse a la piel, a la ropa, al pelo y que, como bien sabía por haberlo vivido repetidas veces, iba a impregnar sus senos alveolares antes de fijarse en su frente y seguir allí incluso mucho tiempo después de volver al aire libre. Un olor abominable. La definición más acertada que el joven había oído al respecto de esas exhalaciones se la había dado un veterano camillero: eran olores para desviar la mirada.

—¡Mira quién está aquí, el señor Ambroise en persona!

Al joven siempre le era muy grato encontrarse con Boubacar y Abelardo, los dos encargados de la morgue. Uno era tan negro y fornido como el otro era pálido y enclenque. «Hermanos de leche», bromeaba a menudo Boubacar bajo la mirada indiferente de su colega. Cuando les preguntaban por su profesión, tenían por costumbre responder «morgueapneísta», lo que sumía a su interlocutor en una sesuda reflexión. Eso de la apnea se refería a que los dos individuos conocían una zona en la que, para abrir las puertas de ciertos nichos, había que saber aguantar la respiración. Aquel sótano era su casa, su segundo hogar. La gente no iba a la morgue del hospital, iba donde Bouba y Abel. Ataviados con su eterna bata verde —no verde cirujano, sino más bien verde agricultor, precisaba el senegalés con absoluta seriedad—, ninguno de los dos abandonaba su madriguera más que para subir a los pisos superiores cuando algún paciente fallecía, luego acomodaban los cadáveres en las cámaras frigoríficas, los sacaban según se requería, recibían a los empleados de pompas fúnebres, preparaban la sala del velatorio y ubicaban a los familiares. Para cualquiera, forenses, empresas mortuorias, tanatopractores, allegados al difunto, etcétera, Boubacar y Abelardo eran el punto de paso obligado para acceder a los cuerpos. Eran los guardianes del templo y la memoria viva del depósito. Los dos compadres conocían a cada ocupante de las dieciocho cámaras frigoríficas de la sala de estancias prolongadas y de la reservada al instituto forense. La señora Mangin, del nueve, se fue ayer para ser inhumada. Al señor Dompant, del doce, le harán mañana la autopsia. El pequeño habitáculo donde pasaban la mayor parte del tiempo era un islote de viveza y colorido. En las paredes habían pegado postales de mares turquesa o de excursiones a la montaña, fotos de mujeres y niños risueños, de bodas, de fiestas. Imágenes de la vida de arriba, lejos del mundo de abajo y de sus olores para desviar la mirada. Muchos ramos de flores animaban el lugar. Allí acababan los más hermosos manojos mezclados de claveles, de rosas y de tulipanes de todos los

colores, más otros tantos arreglos florales que las familias abandonaban. Esa habitación era su balsa, una balsa repleta de vida en medio de un lago de aguas estancadas y oleosas. Bouba se levantó de la mesa para ir a aplastar a Ambroise contra su pecho.

—¿Cómo le va a mi hechicero blanco? ¿Sigues despertando a los muertos?

—Es lo que mejor se me da —replicó el joven mientras se soltaba del abrazo del gran senegalés para abrazar a Abel.

—¿Te partes algo de papeo con nosotros? Tienes tiempo, solo hay que darle una limpiadita y ya está, la familia no vendrá antes de las tres.

—Sois muy amables, pero ya he comido.

Los dos encargados del depósito estaban todo el día comiendo. A cualquier hora, en medio del cuchitril que les hacía las veces de oficina, tenían dispuesta la mesa con todo tipo de vituallas. Hoy, empanadillas caseras mezcladas con yuca frita. Ambroise se preguntaba cómo podían degustar cualquier comida en un lugar como aquel. «Aunque no te lo creas, soportamos mejor los olores con el estómago lleno», le había dicho un día Bouba. El joven aceptó el vaso de vino que le tendía Abel, un rioja embotellado por un primo español de la zona del Penedés. «Oye, ¿conoces el del forense entrevistado por un periodista? —dijo de pronto Bouba—. Va el periodista y le pregunta: “Doctor, ¿cuántas autopsias a muertos ha hecho usted?”. Y el otro contesta: “Todas mis autopsias se las he hecho a muertos”». Ambroise sonrió. Le gustaban las pullas a veces cínicas del senegalés. Extraño fenómeno aquel del contraste entre la exuberancia feliz de los dos empleados y el medio en el que trabajaban, como si el hecho de hallarse en permanente contacto con los muertos exacerbara su propensión a amar la vida.

—He puesto a tu cliente en la sala tres. Toma, ahí tienes la bolsa con la ropa —añadió Bouba dándole la funda que contenía el traje—. No busques zapatos, no hay. La dentadura postiza está sobre la camilla.

Ambroise fue por el pasillo hasta la sala de tratamiento. El difunto, un asiático de setenta y dos años, estaba desnudo y solo lo cubría una sábana. Los rastros del gotero eran evidentes en la muñeca, y el joven pudo advertir en el cuello los vestigios de una traqueotomía. El cuerpo era de una delgadez impresionante. El cáncer tenía a veces la particularidad de vaciar a su anfitrión, de desecarle el rostro, de devorar la grasa y luego la carne, dejando a la parca tan solo un despojo esquelético atiborrado de medicinas. Comido por dentro por la bestia inmunda, pensó Ambroise. El abdomen, ligeramente distendido, mostraba una hermosa mancha verde, señal de que las bacterias habían hecho ya acto de presencia y se disponían a invadir el cuerpo. Verificó la identidad del difunto y después se puso su habitual atuendo protector para proceder a la limpieza. No le costó quebrar la rigidez cadavérica, al no haber encontrado esta mucho músculo en el que clavar sus garras. El Maestro Tánato era dado a citar un proverbio checo cuando se hallaba en presencia de un cadáver descarnado: «Donde no hay nada, ni siquiera la muerte puede sacar algo». El joven

limpió los ojos y la nariz antes de taponar los orificios. Colocó la dentadura postiza en su sitio, cosió la piel del cuello donde se había practicado la traqueotomía y puso las lentillas. Hecha la puntada en la boca, Ambroise lavó al difunto de la cabeza a los pies utilizando una solución desinfectante. Con la punta del índice, introdujo un poco de crema hidratante en la parte interior de los labios. El hombre no pesaba más de cuarenta kilos, y vestirlo apenas le llevó unos minutos. La piel mate y oscura no precisaba de ningún maquillaje específico. Una pasada con el peine bastó para aplastar los escasos cabellos de la parte superior del cráneo. Metió el cojín debajo del cuello del muerto para elevarle un poco la cabeza. Vestido con un elegante traje gris antracita, encorbatado, aquel cadáver, que estaba esquelético ante sus ojos cuando él llegó, había recuperado un semblante de naturaleza humana en menos de media hora. Cubrió su pecho con la sábana. Al no saber cuál era la religión del difunto, Ambroise se limitó a ponerle las manos encima del embozo sin juntarlas. Satisfecho por la tarea, recogió sus cosas y pasó a saludar a los amos del lugar para decirles que ya podían subir el cuerpo a la sala de presentación. Encontró solo a Bouba, que estaba saboreando una porción de tarta a la vez que leía la última edición del *Canard enchaîné*.

—Ya he terminado. Saluda a Abel de mi parte.

—Vuelve cuando quieras, estás en tu casa, ¡joven hechicero blanco! Y nunca olvides esto: solo los peces muertos siguen la corriente.

Las carcajadas de Boubacar resonaron como en una catedral y acompañaron a Ambroise hasta el ascensor.

Como todos los 18 de septiembre desde hacía cuatro años, Ambroise tenía una cita con Isabelle de Morbieux. Le Clos de la Roselière se hallaba en los altozanos boscosos que había al norte de la ciudad. Después de varios kilómetros por una carretera zigzagueante, se metió con su furgoneta por el camino flanqueado por árboles que llevaba hasta la residencia. El suntuoso edificio aparecía bajo el sol de la tarde en medio de un césped minuciosamente cuidado. Por aquí y por allá, los bancos sumergían el blanco de su mármol en la sombra de unos majestuosos robles. La expresión *casa de retiro* nunca se decía en aquel lugar. Debía formar parte de las palabras proscritas por ser susceptibles de recordar a los internos su estatus de viejos llegados al final de sus vidas. En este tipo de sitios, un colchón antiescaras se rebautizaba como un *accesorio de confort*. Olvidar el asilo detrás de la elegancia y los dorados de una residencia de lujo, ese era el explícito objetivo de La Roselière. Allí todo tendía a dar la ilusión de un futuro apacible en un contexto encantador, rodeado de un personal a la vez maleable y competente, donde el único sonido era el gorjeo de los numerosos pájaros que anidaban en las arboledas del parque. Un magnífico engaño, pensó Ambroise entrando en el vestíbulo. Le pareció interpretar una misma resignación cansina en la mayoría de las caras de los internos con los que se cruzaba en su camino. Pese al grosor de las billeteras, pese a los esfuerzos realizados y los medios invertidos para retrasar el plazo fatídico, no cabía duda de que la decrepitud también acababa por llegar allí como en cualquier otra parte. En el frescor de las sábanas limpias y bajo aquellos techos tan altos, entre el ir y venir de las camareras y las enfermeras de servicio, en el dulce ronroneo de los aparatos de aire acondicionado en verano y el tibio soplo de los calefactores en invierno, las personas terminaban por hundirse sobre sí mismas mientras sus sentidos se diluían lentamente en la blandura de las moquetas.

Ignoró el ascensor y subió a paso ligero por los peldaños de la ancha escalera que conducía a los pisos superiores. Las habitaciones del segundo le mostraron sus apelativos florales. Lirio, Gladiolo, Pensamiento, Junquillo, Edelweiss, Hibisco. El joven siempre se preguntaba, no sin poder evitar una sonrisa, si existirían en el edificio dormitorios con los nombres de Crisantemo, Diente de León u Ortiga. Orquídea se encontraba al final del largo pasillo. Llamó a la puerta con dos golpes breves. Una voz clara lo invitó a entrar. Además de con unos cuantos centenarios, la colonia contaba entre sus filas con una mayoría de nonagenarios. Isabelle de Morbieux era una de ellas. Ambroise se acordaba de la primera vez que cruzó esa puerta, cuatro años antes. «Sin necesidad de material —le había precisado Roland Bourdin—, clienta viva. Un Ôdela Plus —había añadido—, el concepto imprime respeto. Ella ha pedido verlo a usted, no la decepcione. Ya sabe que contratos como

este no se consiguen todos los días». El Ôdela Plus, la única expresión en la que Roland Bourdin se dignaba usar artículos definidos y adjetivos más de lo habitual. Ese Rolls-Royce de los contratos mortuorios suponía a menudo la oferta ideal para personas como Isabelle de Morbieux, que deseaban tenerlo todo organizado en vida con el fin de no dejar a los demás la tarea de ocuparse de su último viaje. Una solución *post mortem* llave en mano de alta gama, con prestaciones funerarias a la altura de su precio exorbitante. Variedad de madera noble para el ataúd, sedas refinadas para el acolchado, difusión de música y cantos gregorianos en abundancia durante la exposición en la sala de velatorio, realización de la maqueta de la esquela y tirada de trescientos ejemplares en papel satinado de doscientos gramos, suministro de una voluminosa corona a base de flores frescas, lápida grabada en oro fino dispuesta entre dos copones delicadamente tallados provistos de sus cirios, suelta de palomas a la salida del cementerio, libro de condolencias con páginas de pergamino y cubiertas de cuero, y, como guinda del pastel, un tratamiento completo de conservación del cuerpo realizado por un profesional experimentado. Así era como Isabelle de Morbieux había pedido conocer personalmente al tanatopractor encargado de esa operación. Ambroise descubrió entonces una mente previsoras en un cuerpo fatigado. Con noventa años ya cumplidos, la vieja dama había perdido su porte aristocrático y solo se movía con ayuda de un andador, o bien en una silla de ruedas cuando había que ir al parque, pero su rostro había conservado una sorprendente lozanía y la veladura que lamentablemente el tiempo solía poner en los ojos de los ancianos en ella todavía no había alterado el brillo de sus pupilas. Sin embargo, lo más llamativo era su voz, una voz increíblemente clara que era difícil imaginar que pudiera brotar de aquel cuerpo tan frágil. No le había ocultado a Ambroise su sorpresa al descubrir su juventud, confesándole que esperaba encontrarse a uno de esos viejos profesores con pantalones de pana en vez de a un muchacho con aspecto de estudiante de Medicina todavía púber y sin la experiencia profesional a la que aludía el contrato. Él la había tranquilizado sobre su nivel de competencia, asegurándole que si Bourdin e Hijo le había encargado esta misión a él y a nadie más era principalmente por su reconocido dominio en el asunto, omitiendo revelar que también, y sobre todo, se debía a que había sido el único que estaba disponible cuando se produjo la llamada a la empresa de pompas fúnebres. Isabelle de Morbieux, no obstante, se mostró suspicaz en cuanto a su capacidad para poder ocuparse correctamente de su cuerpo cuando llegara el momento crítico. Lo había acosado a preguntas con el evidente objetivo de averiguar sus aptitudes profesionales. Un poco sobrepasado por ello, Ambroise había terminado por soltarle la célebre máxima que tenía por costumbre proclamar el Maestro Tánato a sus alumnos desde lo alto del estrado: «Jamás ningún cliente se ha quejado de mí en vida». Inesperadamente, la anciana se había echado a reír. Desde aquel momento en que se rompió el hielo, la relación prosiguió de la manera más amigable. Isabelle de Morbieux esperaba de él que procediera como un artista con su modelo. «Quiero que

se aprenda mis arrugas en vida —le había confesado—. Que se impregne de toda yo ahora, con el fin de rehacerme lo más parecida cuando llegue el día». Le había enseñado los productos de maquillaje que ella utilizaba, su manera de peinarse. Luego había pasado a hablarle de su juventud y de su vida de mujer antes de que el otoño viniera a marchitar su carne y sus sentidos. De su marido, que se fue demasiado pronto, de su hija, que iba a visitarla todos los domingos y la llevaba a comer a la ciudad, de sus nietos y de sus bisnietos, cuyos dibujos coloreados cubrían toda una pared de su dormitorio. Una hora y media más tarde —lo que duraba una de sus sesiones, había pensado Ambroise—, se despidió del joven, no sin hacerle prometer que volvería al año siguiente, el mismo día, a la misma hora, mediante el pago de su importe. La anciana pedía cita con su tanatopractor como lo hacía con su cardiólogo, su pedicuro o su dentista. «Para una revisión», había añadido traviesa.

Así, cada cumpleaños de la nonagenaria, Ambroise entraba en la habitación Orquídea a las tres en punto. Isabelle de Morbieux lo esperaba sentada en su sillón con una voluminosa Biblia sobre sus delgados muslos. «Nunca he encontrado mejor novela que esta —se justificó mientras cerraba el libro—. Acción, suspense, intriga, fantasía, malos, buenos, lo tiene todo», añadió con un tono de admiración en la voz. Ambroise sonrió. Esa mujer era como esos viejos ciruelos que, pese a tener un tronco agrietado por todas partes y una corteza quebradiza y reseca, siguen floreciendo cada primavera para dar los mejores frutos al llegar el verano. Ella se interesó por su salud. Él le preguntó, a su vez, cómo había pasado los últimos doce meses. «Como un largo invierno al calor de la lumbre», respondió ella. Ninguno de los dos aludía ya a la razón inicial de esas visitas. La anciana se ceñía a mostrarle a Ambroise la aparición de una nueva arruga, a enseñarle la última mancha de vejez que había surgido en el lado derecho de su frente y a recordarle que tendría que aplicar un poco más de tinte base en esa zona para disimular esa marca indeleble. A menudo, Ambroise era todo oídos, dejándola a ella que hablase sin parar. «Me aburro —le confesó—. El aburrimiento puede ser un sufrimiento, como bien sabe. Se instala solapadamente antes de acosarte día y noche como un dolor sordo que ya no te abandona nunca. A veces te lleva a llorar sin que venga a cuento, antes de remitir, porque va y viene, pero al final no tienes más remedio que aguantarte, porque el aburrimiento a los noventa y cuatro años no es el mismo que a los veinte. Ocupa un espacio, se cuelga a hurtadillas entre los recuerdos y las penas, llena los vacíos. Es un ahogamiento que solo acaba con el último suspiro. Pero como sé que, llegado ese momento, estaré en buenas y hermosas manos, la muerte me da mucho menos miedo, ya sabe usted. Venga, ya he hablado bastante de mí, brindemos más bien por su juventud y su futuro, querido», concluyó la anciana señalando con un movimiento de barbilla el pequeño frigorífico que emitía un permanente zumbido en un rincón de la habitación. Cada año se llevaba a cabo el mismo ritual de la botella de Clairette de Die y el plato de macarrones. Brindaron chocando sus copas y comieron en silencio las galletitas crujientes. La vida de fuera penetraba por la ventana entreabierta con un gorjeo

gozoso. En el momento de marcharse, Isabelle de Morbieux retuvo la mano del joven entre sus dedos huesudos un poco más tiempo de lo habitual.

—Soy muy feliz de saber que será usted, Ambroise.

—¿Yo qué? —repuso él curioso.

—El último hombre que me verá desnuda y se ocupará de mi cuerpo.

No había nada de indecoroso en sus palabras. Eran la justa expresión de desahogo sincero. Por primera vez, él detectó un ligero cambio en la voz de la vieja dama. Era la voz un poco apagada de una persona que está de salida.

—¡Arriba, enamorados! —exclamó alegremente Manelle mientras entreabría las pesadas cortinas que cubrían la ventana para dejar pasar un rayo de luz.

La joven entraba siempre en el dormitorio de los esposos Fournier con esa expresión que ya era un latiguillo. Porque enamorados Hélène y Aimé Fournier lo estaban como en los primeros días de su matrimonio. Y aunque dormían en camas separadas desde hacía más de un año, habían insistido mucho en quedarse en la misma habitación, uno al lado del otro. Una cama medicalizada con pescante para la señora, una cama individual para el señor. Manelle esperó a que la anciana terminara de erguirse con la ayuda del trapecio para hacerla girar sobre sí misma lentamente en posición de sentada.

—¿Le traigo su andador? —preguntó, pese a conocer ya perfectamente la respuesta.

—Mi andador es él —replicó Hélène Fournier, mirando con ternura al hombre de su vida, que, como todas las mañanas, estaba a un lado de la cama para ofrecerle el apoyo de su brazo.

Manelle se dispuso a preparar el desayuno. El olor a pan tostado no tardó en invadir la cocina. Le gustaba empezar la jornada al servicio de esa pareja tan encantadora. Hélène Fournier poseía un optimismo a prueba de bomba. «Firmamos hace cincuenta y ocho años para lo bueno y para lo malo, y aunque creamos que ya solo queda lo malo, todavía se puede encontrar algo de lo bueno —le gustaba decir con frecuencia—. Basta tan solo con buscarlo». El matrimonio se mantenía a flote apoyándose el uno en el otro. Ella era la cabeza, él las piernas, un tándem tambaleante que, mal que bien, perduraba cada día. Hélène hablaba por los dos, leía, miraba la tele, cocinaba algunos platos, gestionaba los papeles, llevaba las cuentas y cosas así que su movilidad reducida no le impedía hacer. Aimé dormitaba la mayor parte del tiempo, a pesar de que su esposa se desvivía por mantenerlo despierto todo lo posible, pidiéndole siempre múltiples encargos a lo largo del día. Ir a buscar patatas a la despensa. Guardar la chequera en el cajón del escritorio. Llevarle el libro que se había quedado en la mesilla. Llevarle un peine del cuarto de baño. Ayudarla a ir al servicio. Ir a darle un beso. «Es por su bien —le decía a la joven—. Ya ve que su cuerpo está todavía en forma, es la cabeza la que está desgastada. Estaría todo el tiempo durmiendo si yo no se lo impidiera y un día acabaría por no despertarse», añadía muy seria. Manelle puso los dos pastilleros delante de Hélène, quien, con un golpecito del pulgar, abrió la tapa correspondiente al jueves. «El pastillero semanal es la agenda de los viejos —enfaticó la anciana poniendo en fila sobre el mantel, a la vista de Aimé, los comprimidos de la mañana, y luego los enumeró—: el azul para la tensión, el morado para tu colesterol, el verde para tu circulación y el amarillo para tu

ácido úrico. Solo faltan el naranja y el añil y así tendrás todos los colores del arco iris, cariño mío», constató tristemente. Por su parte, ella tenía derecho a tres pastillas, que engulló con un rebosante vaso de café con leche. Untó de mermelada de grosella una primera tostada y la deslizó delante de su marido. Manelle solía aprovechar los diez minutos que duraba el desayuno para hacer las camas y ventilar la habitación. Diez minutos durante los cuales la cocina se llenaba de lengüetazos sonoros y sorbos ruidosos emitidos por el matrimonio Fournier mientras masticaban aplicadamente las rebanadas cubiertas de gelatina bermellón.

Antes de pasar al aseo, Héléne escogía con cuidado la ropa que se pondría ese día. La suya y la de Aimé. Un ritual al que se prestaba la asistenta domiciliaria con el júbilo propio de una nieta jugando a vestir a las muñecas. La coquetería de la anciana se debía sobre todo a su deseo de no abandonarse. El abandono era el peor enemigo. «Es muy traicionero, si no se está en guardia contra él se instala rápidamente —le había confesado una mañana a Manelle—. Empiezas por ir con menos frecuencia a la peluquería, descuidas el maquillaje, te dejas crecer las uñas, no te depilas y acabas perdiendo tu dignidad». Héléne Fournier había visto a amigas que habían bajado la guardia y sin darse cuenta se habían deslizado en la negligencia antes de desaparecer en cuerpo y alma. Mientras Aimé se escabullía hacia el salón para apoltronarse en su butaca y acometer la primera siestecita del día, la joven abrió de par en par las puertas del armario frente a una Héléne concentrada. Estantes y perchas de la derecha, los vestidos de la anciana; estantes y perchas de la izquierda, los de su esposo. Bien juntitos, como con las camas.

—Sáqueme la blusa azul, la de flores, hoy va a hacer bueno. Con el pantalón beis.

—¿Le saco también el pañuelo azul pálido? —sugirió Manelle.

—No, se matará con el tono de la blusa. Coja mejor el naranja. Y para Aimé, sáquele el vaquero. Sé que no le gusta, pero le hace más joven. Con la camisa blanca estará perfecto. Y cójale también el chaleco gris ratón, siempre tiene frío.

Cuando todo estuvo listo, Héléne mandó a Manelle a buscar a Aimé para el aseo. Los esperaba la amplia ducha italiana, instalada no sin gran esfuerzo económico cuando la vieja dama comprobó que el estado de sus piernas empeoraba. Los Fournier se duchaban juntos, ella sentada sobre un taburete plegable, él de pie a su lado. Se enjabonaban mutuamente, recorriendo con un guante de baño sus respectivos cuerpos, que tan bien conocían las puntas de sus dedos, se salpicaban, se ponían champú, a veces se reían. Cuando el caballero hubo terminado, Manelle entró de nuevo en el cuarto de baño para ayudar a vestirse a la dama. A pesar de haberlo hecho tantas veces, el engarce de las medias ortopédicas de color carne siempre le causaba problemas a la joven auxiliar. Estaba convencida de que el tipo que las había inventado nunca se había visto en la tesitura de tener que ponérselas a una yaya de más de ochenta años con tobillos tan duros como la madera y pantorrillas tan anchas como los muslos. Diez minutos más tarde, arreglada y maquillada como para su primer baile, Héléne Fournier aparecía del brazo de Manelle, lista para acometer una

jornada más. Desde el salón les llegaron los ronquidos de Aimé, perdido por un buen rato en las profundidades abisales de su mente fatigada, antes de que su tierna esposa lo devuelva a la vida para que vaya a por un litro de leche a la despensa o le lleve la revista de la tele abierta por la página de los crucigramas.

Ambroise tuvo un impulso que lo echó para atrás al descubrir la bola de pelos rojizos enrollada entre las pantorrillas del difunto y cuyo único ojo le lanzaba una mirada enojada. El gato tuerto se aferró con todas sus uñas al pijama del cadáver cuando trataron de desalojarlo de aquel comfortable sitio. Hubo que agitar una escoba y dar palmadas para que el bicharraco se dignara por fin salir de allí. El minino huyó de la habitación echando pestes y bufidos antes de tomar el camino de la cocina para desaparecer en el jardín por la puerta vidriera entreabierta. Ninguno de los miembros de la familia allí presentes deseaba quedarse con ese viejo gato sarnoso que tenía más de dieciséis años. Ocurría muchas veces que la suerte de un gato estaba vinculada a la muerte de su amo. Ese preciso momento equivalía a coger cita en el veterinario de la esquina para que le pusieran una inyección al día siguiente del funeral. Ambroise se embutió en su mono de trabajo y se dispuso a practicar sus acicalamientos. Necesitó menos de una hora y cuarto para tratar aquel cuerpo. Después de un último repaso con el peine por el cabello un tanto ralo, recogió el material, se quitó guantes, mascarilla y atuendo, lo cargó todo en el coche y se despidió. Esa noche tenía teatro con el grupo. Contaba con el tiempo justo de darse una ducha, comer el trozo de cualquier cosa que Beth le ponía en la boca ya por sistema y salir pitando hacia el pueblo donde tenía lugar la representación. Sin olvidarse de meter en el maletín un frasco de loción desmaquillante. En estas reflexiones estaba cuando la cosa brotó de sus pies al frenar en un semáforo. El gato soltó un maullido ronco, enseguida acallado por los gritos de Ambroise cuando el animal emprendió la escalada por su pierna derecha clavándole las uñas a través de la pernera del pantalón. El joven cogió al gato por la piel del cuello y lo apartó de su pantorrilla para arrojarlo en la alfombrilla del asiento del pasajero. Replegado sobre sí mismo, con las orejas aplastadas hacia atrás, aquel bicho lo asaeteaba con su ojo tuerto. Su pelaje rojo estaba rayado por múltiples cicatrices. La raja de una vieja herida cruzaba su cara desde la oreja izquierda hasta el hocico, dibujando un rictus burlón. La cola, a la que le faltaban dos tercios, daba a todo aquel cuerpo enflaquecido una impresión de desequilibrio. El pelaje deslucido y despeluchado no invitaba a la caricia. He aquí a un viejo soldado que ha debido de participar en todas las guerras de su barrio, pensó Ambroise. El joven no sabía qué hacer. ¿Devolverlo al lugar de donde procedía? El minino no había sobrevivido a tantos combates para acabar en las manos de un tipo con bata blanca que le inyectaría un billete solo de ida para reunirse con su amo. ¿Abandonarlo como un cobarde arrojándolo fuera del coche y dejar que el destino se ocupara de su suerte? Nunca se lo perdonaría. El golpe de claxon que sonó a su espalda sacó a Ambroise de sus pensamientos. Situó la furgoneta a un lado de la calzada y, sin llegar a sopesar las consecuencias de su acto, cogió uno de los baulillos y empezó a sacar todo lo que

había en él, se puso varios pares de guantes, se armó de valor y agarró al gato para meterlo en la maleta, tras lo cual volvió a cerrar rápidamente las solapas de cuero. Insensible a los largos maullidos raucos que provenían del maletín, Ambroise se puso en marcha. Se detuvo en el primer centro comercial que encontró. Durante varios minutos recorrió con los ojos el estante con comida para gatos sin saber qué elegir. El lineal de casi cinco metros de largo por dos de alto ofrecía un sinfín de latas y galletitas. De pollo, de buey, de verduras, de pescado, en trozos, en paté. Finalmente se decidió por las galletitas. Los felinos que aparecían en las bolsas estaban todos a cuál más rollizo. Pelajes que pedían a gritos meter las manos en ellos. Caras preciosas propias de un concurso, estrellas peludas muy diferentes de las del espécimen del que acababa de hacerse cargo. Un tipo de gato para cada paquete. Esterilizados, cachorritos, tapaditos, caseros. Nada sobre mininos tuertos y miserables. Cogió la bolsa de galletitas recomendadas para los gatos mayores. Luego arrojó dentro del carrito de supermercado el primer arenero que tuvo a mano, añadió dos sacos más de arena hiperabsorbente y aromatizada imitando olores del bosque y se dirigió hacia la caja.

Veinte minutos después, cruzaba la puerta de su casa y sin más dilación liberaba al gato de su cárcel provisional. Como bien se temía, el recibimiento que dio Beth al minino adoptó la forma de una sentencia firme y definitiva que debió de oírse en todo el edificio:

—¡No quiero zarpas en mi casa!

—Pero ¿no eran los perros los que no te gustaban? —replicó el joven.

—Una cosa no quita la otra, Ambroise Larnier.

Cuando Beth lo llamaba por su nombre y apellido no presagiaba nada bueno.

—Y encima le falta un ojo... Y esa sonrisa traicionera...

—Ya ves que es una cicatriz.

—Puede que sea una cicatriz, pero mira qué pintas tiene.

—¿No eres tú la que siempre me advierte de que no me deje llevar por las apariencias, Mammie?

—Reconoce que no dan ganas de hacerle muchas carantoñas, a tu caracortada. Y deja ya de llamarme Mammie, sabes que eso me horroriza.

—Dame unos días, por favor, solo unos días hasta que encuentre una solución.

—No veo qué solución vas a poder encontrar con la pinta que tiene. ¡Pero ¿has visto qué pelo?! Nunca he visto un morroño como ese.

Ajeno totalmente a la discusión, que, sin embargo, le concernía sobremanera, el morroño en cuestión terminaba de zamparse con delectación el plato de galletitas que Ambroise le había servido nada más llegar. El joven instaló el arenero en el pasillo ante la reprobadora mirada de Beth, dedicó un buen rato a lavar sus instrumentos y se dio una ducha. La anciana lo esperó a que saliera para proseguir.

—¡Y te diré más, no me sorprendería nada que albergara una colonia de pulgas en lo que a tu bicharraco le sirve de pellejo!

—A ver. En primer lugar, no es MI bicharraco. No es culpa mía que el gato haya preferido mi coche y la libertad al pinchazo mortal que le esperaba en el veterinario. Y en segundo lugar, mañana a primera hora iré corriendo a comprar algún producto contra las pulgas y se lo aplicaré a nuestro amigo, te lo prometo.

—¡Y que ni se le ocurra tratar de marcar su territorio lanzando chorritos por toda la casa! Me muero si lo hace, pero él también.

—Escucha, Beth, hablemos de ello mañana. Tengo que irme, cuentan conmigo y no me parece bien llegar tarde. No volveré antes de la una de la madrugada. ¿Flan de ciruelas o *kouign-amann*? —preguntó Ambroise cogiendo la bandeja cubierta con una hoja de papel de aluminio todavía caliente.

—Tarta de manzana, es lo único que te mereces.

Dio un beso a una Beth más enfadada que nunca y dejó al gato y a la anciana sumidos en un cara a cara silencioso.

Esa mañana no hubo ningún «mi tortolita» ni ningún «mi amita de casa ideal» que recibiera a Manelle. La joven encontró a Samuel abatido en una silla de la cocina, con la mirada ausente y un gran sobre azul delante con el resultado de los análisis encima. Gramos y miligramos por litro, porcentajes, unidades, gráficos, curvas de colores. Sobre la mesa había desperdigadas imágenes de su cerebro repetidas muchas veces. En varias de las radiografías se podía ver una mancha más clara que parecía el ojo de un cíclope en medio de la masa gris. No hacía falta ser un experto para comprender de inmediato que esa maldita mancha no tenía que estar ahí, que estaba de más en el paisaje. Manelle apartó delicadamente el sobre antes de coger las manos del viejo. Durante casi diez minutos, lo tranquilizó explicándole que todo eso no quería decir gran cosa, que había que esperar a ver al especialista para saber lo que significaba realmente. Samuel le habló del dolor constante que se había quedado prisionero dentro de su cráneo. Le dijo que, por las noches, él sabía que estaba ahí, agazapado detrás de su frente, al acecho, esperando que la luz del día viniera a asaltar sus retinas para desplegarse de nuevo. Le contó cómo el horrible túnel de la resonancia magnética había engullido su cuerpo por entero y cuáles habían sido las palabras, unas palabras incomprensibles para él, que al salir de la prueba le había dicho el hombre de la bata blanca y que seguían confusas en su cabeza. Manelle imaginó al anciano nada más salir de esa prueba azorado y perdido, con ese sobre azul en la mano, subiéndose a un taxi puesto por el hospital para llevarlo de nuevo a su casa. «¿Cuándo tiene que volver donde el neurólogo?», preguntó ella. «El lunes por la tarde, a las tres. Tengo que pedir un vehículo al hospital para entonces», dijo él con apatía. «Lo llevaré yo», replicó la joven con tono decidido. Y cuando se puso a ordenar los papeles, vio la larga denominación en negrita en la parte inferior del informe, como una sentencia: glioblastoma multiforme.

La llave del tanatorio se encontraba debajo del tiesto de flores que estaba en el alféizar de la ventana, al lado del patio, como le había dicho por teléfono la empleada de pompas fúnebres. La mujer le había precisado que las hijas del difunto llevarían la ropa hacia las dos de la tarde. «Quitar marcapasos», había añadido antes de colgar. Otra adepta del minimalismo lingüístico, había pensado Ambroise sonriendo. Entró en el local y se dirigió hacia las cámaras frigoríficas. El difunto que le habían encargado se encontraba en el segundo compartimento. El joven sacó la bandeja extraíble, abrió el saco mortuario y quitó el papel pegado con celo en la puerta del nicho para verificar la identidad de la persona en cuestión. Serge Condrieux, de setenta y nueve años. Fallecido de noche, durante el sueño. A menudo, la muerte tenía la fea costumbre de vaciar las caras antes de poder empastarlas para remodelarlas a su manera. En el caso de Serge Condrieux, no había tenido tiempo. Su cara era apacible, sin ningún signo de sufrimiento. La ilusión de una bella muerte, como si fuera posible que la muerte, cualquier muerte, pudiera ser bella. Ambroise colocó el cadáver sobre la camilla para llevarlo a la sala de tratamiento. Mientras rompía la rigidez cadavérica, leyó la historia del cuerpo en los estigmas que la vida había dejado en sus carnes. Por encima de la ingle, antiguos rastros de una apendicectomía. En la base del cuello, la cicatriz apenas visible de una operación de tiroides. La marca característica de la vacuna contra la tuberculosis en la parte superior del brazo izquierdo. El meñique de la mano derecha al que le habían amputado dos falanges no era más que un muñón rosáceo, vestigio de un antiguo accidente. Al tacto, incluso a través de los guantes, Ambroise pudo sentir las callosidades de las palmas de la mano. Manos de trabajador, pensó. Tez morena y arrugas profundas daban cuenta de una vida al aire libre. La hinchazón epidérmica bajo la clavícula izquierda le indicó el emplazamiento del marcapasos. El tanatopractor hizo una incisión en la piel con el fin de proceder a la retirada del aparato, que vino a unirse a los otros tres que había en una caja de plástico que él vaciaba semanalmente en un contenedor destinado a tal efecto. Nada de marcapasos en el más allá, esa era la regla. Ya tocara infierno o paraíso, cremación o enterramiento, las pilas de litio no tenían cabida allí. Resonaron unos ruidos de pasos en el tanatorio. Ambroise abandonó por un momento su trabajo para ir al encuentro de las dos mujeres de unos cincuenta años que se aproximaban por el pasillo. Aunque sus caras evidenciaban fatiga, no estaban aún marcadas por la pena. En las horas inmediatamente posteriores al deceso, la acción impedía a veces a los más próximos ser conscientes del vacío de la ausencia. Avisar a la familia, ocuparse de las formalidades con los de pompas fúnebres, convenir con el cura el día y la hora de la ceremonia y tantas otras cosas que había que hacer y que pensar retrasaban por un

tiempo la llegada de las lágrimas. Mientras las dos mujeres le entregaban la ropa, él las tranquilizó diciéndoles que pondría el mayor cuidado en el cuerpo de su padre. La que parecía más joven tomó la palabra.

—Nos gustaría mucho que le pusiera esto —dijo sacando de su bolso una bola de plástico roja.

Incrédulo, Ambroise contempló el objeto del tamaño de un albaricoque que la mujer acababa de poner en sus manos. Comprendió de qué se trataba solo cuando la hermana le mostró la foto. El hombre aparecía en ella caracterizado de payaso de la cabeza a los pies. Minúsculo sombrero rosa, ojos y boca rodeados de maquillaje blanco, enorme pajarita al cuello, traje de muchos colores y unos zapatones amarillos, sin olvidar la imprescindible nariz roja. Entonces las dos se pusieron a hablar, a contar cómo su padre, cuando ellas eran niñas, cada 25 de diciembre les traía los regalos, pero no disfrazado de Papá Noel, sino de payaso Augusto, un Augusto fantástico que les hacía llorar de risa. Dado que había seguido con esa feliz tradición, Navidad tras Navidad, con sus nietos y luego con sus bisnietos, perfeccionando cada año su actuación ante los gritos entusiásticos de los chiquillos, terminaron por bautizarlo como Papi Augusto. Ambroise las escuchó desahogarse y revivir los recuerdos entre lágrimas y risas.

—Esperamos que comprenda cuánto nos gustaría verlo con su nariz roja —concluyó la mayor.

—¿Y su ropa? —aventuró el joven tanatopractor—. ¿No desearían verlo vestido con su traje de Augusto y maquillado como en la foto?

—No pensábamos que eso fuera posible —se entusiasmaron de veras las hijas del difunto—. Tenemos su disfraz en el coche. Queríamos depositarlo en el ataúd con él en el momento de cerrar el féretro, pero si usted puede ponérselo y maquillarlo, sería maravilloso —prosiguió la pequeña.

La primogénita fue a por la bolsa con el vestido y los accesorios para componer el Augusto. Ambroise se hizo cargo de todo, tranquilizó una vez más a las dos mujeres y les sugirió que volvieran al cabo de una hora, pues ese era el tiempo que necesitaba para acabar sus arreglos y proceder a ponerle la ropa. En cuanto terminó con el tratamiento bactericida, el joven ejecutó las últimas suturas y aseó el cuerpo antes de vestirlo. Colocó la pechera encima de la camiseta interior, deslizó el pantalón demasiado corto y extremadamente amplio por las piernas del difunto, embutió los calcetines de rayas hasta más allá de la espinilla, ató los zapatos extravagantemente anchos en las puntas y alzó el torso del muerto lo justo para sujetarle los tirantes y ponerle la chaqueta de lunares multicolores. Los guantes le dieron alguna dificultad. Luego, Ambroise sacó el estuche de maquillaje y, valiéndose de la foto, caracterizó al finado. Empleó el pincel redondo para cargar de colorete las mejillas, usó la esponja para blanquear el contorno de la boca y de los ojos, perfiló con lápiz las falsas cejas negras, marcó la línea de los labios, estirándolos mucho y fijándoles una risueña sonrisa. Pegó la peluca naranja sobre la cabeza del muerto, anudó alrededor del cuello

la enorme pajarita, introdujo la margarita de plástico en el ojal de la chaqueta, posó el sombrerito rosa sobre el pecho, al lado de donde estaban cruzadas las manos. Entonces, delicadamente, Ambroise asió la bola de plástico roja con el pulgar y el índice y la ubicó en la nariz de Serge Condrieux, alias Papi Augusto. El resultado era sobrecogedor. Dobló la funda, arregló la decoración de terciopelo que rodeaba el cuerpo, puso un cojín debajo de la cabeza del difunto y empujó la camilla hasta el salón funerario. Colocó el marco con la foto encima del velador ubicado a la derecha del muerto. Jamás ese lugar había conocido semejante explosión de colorido. En contraste con la semipenumbra que inundaba el lugar, el payaso parecía refulgir por dentro. Ambroise se cambió y fue a buscar a las hijas del difunto, las cuales no pudieron contener las lágrimas al contemplar a su padre en su luminoso atuendo. Unas lágrimas que Ambroise consideró una recompensa por el trabajo bien hecho. Las dos mujeres le dieron las gracias muy calurosamente. «Es la última imagen que queríamos conservar de él, ya sabe», se justificó la mayor. Una muy bella imagen, admitió Ambroise. En el momento de marcharse, contempló por última vez al difunto. Un difunto que entraba, sonriendo, en la eternidad.

Beth saltó sobre su nieto cuando volvió del trabajo sin darle tiempo de quitarse el abrigo.

—¡Le gusta, Ambroise! —exclamó eufórica—. ¿Te das cuenta? ¡Le gusta!

—¿Le gusta qué?

—¡El flan de ciruelas! ¡Le gusta!

—Pero ¿a quién le gusta el flan de ciruelas?

—Al morroño, le gusta el flan de ciruelas. Lo adora, incluso.

Ambroise sonrió. Beth no había dicho *tu* morroño, sino *el* morroño, señal anunciadora de un principio de aceptación. Desde que el gato compartía con ellos el piso, había rechazado toda caricia y se pasaba la mayor parte del tiempo metido debajo de los muebles. En cuanto a la alimentación, le bastaba con comer maquinalmente algunas galletitas. Ni siquiera la lata de atún que había abierto Ambroise la noche anterior había dado resultados convincentes. Después de haber lamido un poco el jugo de la tapa, el gato había ignorado con desdén aquel manjar digno de un rey. La anciana mostró a su nieto la bandeja en la que no quedaba más que un miserable trocito mordisqueado por todas partes.

—¿Te lo puedes creer? Lo había dejado para que se enfriara en la mesa de la cocina como hago siempre. De pronto he oído un ruido. El morroño estaba como loco, nunca he visto nada igual. Devoraba a dos carrillos sin respirar, ciruelas incluidas. He acabado por apartarlo, si no, se lo terminaba. Ven a verlo —dijo ella tirándole del brazo para que fuese hasta el salón.

Echado todo a lo largo del sofá, el gato roncaba saciado, dejando ver su panza relajada. Después de unos segundos observando al minino, Beth se retiró de puntillas llevándose consigo a Ambroise. La misma que no hacía mucho tiempo habría hecho abandonar a escobazos al pobre animal aquellos mullidos cojines se mostraba ahora de lo más solícita.

—Lleva casi dos horas ahí. Vamos a dejarlo dormir un rato, si te parece bien. Es que un flan como ese no se digiere así sin más. Hay que respetar los tiempos, el estómago necesita sus pausas. La naturaleza a veces tiende a rebelarse contra semejante intrusión.

Media hora más tarde, mientras el animal seguía durmiendo a pierna suelta, Ambroise y Beth veían un programa de televisión. El timbre de la puerta sonó en el instante en que David Pujadas y su cabeza de primero de la clase invadían la pantalla. El gato abrió su ojo bueno y se estiró ampliamente antes de bajar al suelo para ir a beber agua. Ambroise y Beth se miraron suspirando. La manera de sonar del timbre no dejaba ninguna duda acerca de la identidad de la inoportuna visita. Los timbrazos eran cada vez más breves, por lo que cabía preguntarse si no lo habían soñado. «Esta

es la segunda vez que viene esta semana», se quejó el joven levantándose del sofá. «¿Qué quieres que te diga?», respondió la anciana, que se dirigió con resignación hacia la puerta mientras su nieto se escondía en su habitación. En el rellano, Odile Chambon resoplaba de impaciencia pateando sobre el felpudo con sus Crocs rosas. Vivía en la planta baja y era la heredera de los establecimientos hortícolas Chambon, cuyo célebre eslogan, «Bueno, bonito y Chambon», lucía en los años setenta en todas las vallas publicitarias de la región. Odile, que no tenía nada que hacer a lo largo del día, con los años había acabado por arrogarse el papel de portera. Los vecinos del inmueble toleraban esa usurpación de funciones con benevolencia, teniendo en cuenta que aquella solterona lo hacía gratis, con el único objetivo, como contrapartida, de ocupar su tiempo libre. Lo vigilaba todo, controlaba entradas y salidas, sacaba los cubos de basura, repartía el correo, hacía de recadera cuando era necesario, echaba sin contemplaciones a los testigos de Jehová y demás mercachifles religiosos ambulantes. Beth tuvo que esforzarse en impedirle el paso con su cuerpo para evitar la intrusión de la portera en el piso. Era difícil calcular la edad de ese palo tan alto, todo él anguloso y huesudo, de una palidez casi sobrenatural a fuerza de pasarse los días leyendo sin salir nunca a la calle. La pigmentación caoba de su cabello acentuaba aún más su tez lívida. La señorita Chambon profesaba una admiración sin límites hacia Ambroise Larnier y nunca desaprovechaba la ocasión de subir a comérselo con los ojos, siquiera por unos segundos. Cualquier excusa era buena para conseguir sus fines. Conseguir un día un litro de leche, devolverlo al día siguiente, informarlos de que habían pasado a leer el contador de la luz, de que el piso de los Jeandron en el segundo estaba en obras y, por tanto, habría algunos ruidos molestos durante el día, de que el jueves era festivo y la recogida de basura se haría el viernes, etcétera. Todos los 7 de diciembre, ella iba a felicitarlo a él por Saint-Ambroise; todos los 4 de julio, a ella por Sainte-Élisabeth. En Navidad, un regalito. En Semana Santa, un huevo de chocolate. Por San Valentín, no era extraño recibir una carta perfumada metida entre el resto del correo. La solterona había hallado a su príncipe azul, y ese príncipe, lo quisiera o no, se llamaba Ambroise Larnier.

—¿No está Ambroise? —preguntó la enamorada—. He recortado este artículo para él del último *Science et Vie*. Es una entrevista a su papá sobre las infecciones nosocomiales.

—Se lo daré cuando salga de la ducha. Gracias, Odile.

—¡Ah, pero qué monada! —se atragantó Bueno-bonito-y-Chambon.

Beth por un instante creyó que la exclamación se refería a su nieto, antes de comprender que el destinatario de la misma no era otro que el gato que venía por el pasillo en dirección a ellas caminando como si tal cosa. Pasmada, la anciana vio cómo el morroño se acercaba a frotarse el lomo con las pantorrillas escuálidas de la portera ronroneando de gusto, a la vez que dibujaba lascivos arabescos haciendo ojos cada vez más estrechos y pasaba luego a revolcarse sobre el felpudo ofreciéndole el vientre para que lo acariciara. Odile Chambon se agachó para coger al

gato, el cual no solo se dejó hacer sin rechistar, sino que ronroneó de lo lindo ante las carantoñas de la solterona. Beth no daba crédito a sus ojos. Ese animal, que hasta entonces había rechazado todo contacto y se mostraba tan sociable como un autista, se derretía literalmente extasiado mientras los finos dedos de la portera masajeaban su pelaje rojizo. Con el ojo bueno clavado en su bienhechora, se corría de gusto, como bien demostraba el movimiento frenético de lo poco que le quedaba de cola.

—¿Cómo se llama su precioso gatito? —preguntó Odile rascando el cuello del felino que babeaba de contento.

—No le llamamos nada —reconoció Beth, cayendo de pronto en la cuenta de que ni ella ni su nieto se habían preocupado de bautizar al bicho—. Además, el gato no es mío, sino de Ambroise —añadió la anciana.

La frase consiguió emocionar tanto a Odile Chambon que cerró los ojos. Por unos segundos, ya no era al gato a quien tenía en sus brazos prodigándole aquellas caricias, sino al joven de sus sueños.

La puerta del dormitorio se abrió y salió Ambroise, que venía del cuarto de baño a la carrera y dejó caer como de paso un «Buenas noches, Odile» con la mayor naturalidad posible. Sobre todo, no ceder terreno a lo emocional, mantener a toda costa la distancia de seguridad con el fin de no crear falsas esperanzas. Una mirada sostenida demasiado tiempo, un tono excesivamente jovial, el esbozo de una sonrisa, un roce involuntario podían convertirse en errores fatales a los que la señorita se aferraría sin reservas. El joven se esforzaba casi siempre en no aparecer por allí cuando ella venía o, si no podía evitarlo, en ignorarla, pero era obvio que todos los intentos por enfriar su entusiasmo no hacían más que producir el efecto contrario, alimentando aún más la atracción de Odile Chambon con respecto a él.

—¡Qué guapo es! —balbuceó la solterona comiéndose con los ojos el lugar de donde había salido el joven un segundo antes.

Esta vez Beth no tuvo dudas sobre a quién iba dirigido el piropo.

Como de costumbre, la anciana aprovechó la coyuntura para pedirle a Odile Chambon el favor de que bajara la bolsa de basura hasta el cubo que estaba en la entrada del edificio. Ambroise se olvidaba de hacerlo una vez de cada dos, y serían tres pisos que se ahorrarían sus fatigadas piernas. Le quitó el gato de los brazos, el cual gruñó descontento, y le dio en su lugar la bolsa de basura, luego cerró la puerta con un «Buenas noches, Odile» que resonó en el rellano como una sentencia definitiva. Bueno-bonito-y-Chambon acarició la bolsa todavía un par de veces más antes de bajar de las nubes y regresar a su piso, llevando impresa aún en el fondo de su retina la imagen de la fugaz aparición del joven Larnier.

La placa brillaba con todo su fulgor. DR. FRANÇOIS-XAVIER GERVAISE, ANTIGUO INTERNO DE LOS HOSPITALES DE PARÍS, DOCTOR EN NEUROLOGÍA. Un nombre con reminiscencias del distrito XVI, seguido de un apellido a lo Zola con aroma a patio trasero. *Entre sin llamar*. Como un tumor en un cerebro, pensó Manelle con un escalofrío. La secretaria, de testuz estirada como una cuerda tiesa, después de haber cogido el dossier de Samuel y su cartilla sanitaria, los invitó a pasar a la sala de espera. En la habitación flotaba un mareante olor a recién pintado. Se sentaron en unos butacones de escay con reposabrazos cromados. Todo allí olía a nuevo, salvo la pila de revistas ajadas puestas al tuntún sobre la mesita baja. Revistas con páginas arrugadas, las puntas dobladas, trituradas casi por las garras impacientes de los enfermos consumidos por la angustia. Una mujer esperaba en una esquina de la sala haciendo punto. Absorta por entero en su labor, cruzaba y descruzaba las agujas con la energía de un espadachín. Manelle dio unos golpecitos a Samuel en la mano y lo tranquilizó con una sonrisa. La puerta del fondo se abrió y salieron dos hombres. Uno era alto y delgado, el otro, más bajo y corpulento, tenía una palidez enfermiza. «Señora Maillard, le devuelvo a su marido, todo suyo», exclamó el más alto de los dos estrechándole la mano al de tez cerúlea. El doctor François-Xavier Gervaise desapareció unos cinco largos minutos antes de aparecer de nuevo. «Nos toca», dijo invitando a Samuel y a la joven a entrar en su guarida de brujo. Tiene cabeza de especialista, pensó Manelle. Calva con piel reluciente, como con lustre, dedos pasados por la manicura, barbilampiño, dentadura de un blanco brillante, todo en él rezumaba higiene y minuciosidad. Sobre el escritorio, un cráneo de plástico abierto como una nuez mostraba las circunvoluciones blanquecinas de los dos hemisferios. «¿Qué nos trae por aquí?», preguntó el galeno con un aire falsamente jovial. De sobra sabes lo que nos trae, pensó Manelle viendo las radiografías del cerebro de Samuel pegadas al panel luminoso de la pared. Ante el silencio del anciano y la mirada reprobadora que le lanzó la joven, el médico carraspeó incómodo, limpió los cristales de las gafas con una toallita, dedicó unos segundos a la contemplación del dossier de su paciente y empezó su introducción.

—Pues sí, después de lo que nos muestra la cartografía de su cerebro, señor Dinsky, parece que estaríamos ante una masa tumoral que no podemos pasar por alto.

Manelle podía leer en él como en un libro abierto. Estaba claro que Samuel Dinsky y su masa tumoral que no podía pasarse por alto fastidiaban jodidamente al especialista.

—¿Estaríamos o estamos? —preguntó el anciano.

—Señor Dinsky, para ser del todo franco, usted padece una neoformación cerebral de carácter evolutivo, lo que llamamos comúnmente glioblastoma, de tipo

multiforme.

El médico había soltado la frase de un tirón, como si hubiera expectorado un escupitajo molesto. Glioblastoma multiforme, ese era el nombre del asesino. Un nombre que apestaba horrores a metástasis, pensó Manelle.

—¿Y eso se opera? —preguntó la joven.

El galeno se revolvió en su sillón. Esos dos le estaban echando a perder su plan de diálogo con esas preguntas a bocajarro. Quemaban etapas, se saltaban el protocolo. Por supuesto que no, que esa porquería no era operable, pero había que anunciarlo dentro de las reglas, envolver la sentencia con bellas expresiones ya etiquetadas, untar la moral del paciente con una buena capa de pomada anestésica antes de explicarle que estaba jodido, definitivamente jodido. Aun así, el especialista trató de recuperar la iniciativa siguiendo el procedimiento habitual recomendado para anunciar un diagnóstico como ese al futuro difunto.

—Es innegable la evidente gravedad de la patología que padece el señor Dinsky, y aunque haya que hacer exámenes complementarios, eso no significa que...

—¿Se opera o no, doctor? —insistió la joven apretando la mano de Samuel.

—A decir verdad, no —soltó con un suspiro atormentado el especialista—. Aparte del muy avanzado estado del glioblastoma, hay que saber que este tipo de tumor tiene la particularidad de infiltrarse en las regiones próximas, y esta tendencia invasiva que suprime la delimitación entre el tejido tumoral y los tejidos sanos hace imposible, desgraciadamente, la extracción del bulto.

—¿Qué va a pasar ahora, doctor? —se inquietó Samuel sin soltar la mano de Manelle.

François-Xavier Gervaise cogió su estilográfica y golpeó suavemente el cerebro de plástico empotrado en el cráneo ficticio.

—Si el tumor se ha desarrollado aquí, en la parte anterior del lóbulo frontal, los trastornos psíquicos ya habrían aparecido. Si es en la parte posterior, usted habría sido víctima de crisis convulsivas de tipo epiléptico. En lo que nos concierne, a la vista de su localización, podemos de ahora en adelante decir que los efectos deberían limitarse a ciertas variaciones al nivel de los sentidos del gusto, del olfato, así como de la vista. Y, por supuesto, unas cefaleas cada vez más persistentes debidas al aumento de la presión intracraneal, pero que deberíamos poder mitigar con un tratamiento paliativo.

François-Xavier Gervaise se irguió en su asiento, demasiado satisfecho por haber podido meter su «En lo que nos concierne», fórmula-faro empática que reforzaba la relación médico-enfermedad-paciente. A Manelle le costó mucho ahuyentar de su cabeza la imagen repugnante de una garrapata gordinflona y hambrienta aferrada al cerebro de Samuel y cebada a expensas suyas.

—¿Cuánto, doctor? —preguntó el viejo, hundido en sí mismo.

Aliviado por haber salido airoso a un precio razonable, el especialista dijo la cantidad con voz clara:

—Ochenta y cinco euros, por favor, gracias.

—No, no. Que cuánto tiempo, doctor —reformuló la pregunta Manelle, indignada.

La glotis del médico parecía un yoyó. La pregunta tan temida. Practicar la medicina, lo que lleva hacer un cálculo, una ciencia exacta. Haber, deber, saldo. El saldo de una vida.

—A la vista del tamaño del tumor y habida cuenta de su rápida evolución, yo diría que un año como máximo.

—Perdone que insista, pero me interesa más el mínimo —hizo hincapié Samuel.

—Tres meses, puestos en lo peor —acabó por decir el especialista como una exhalación.

Noventa días, así que ese era el tiempo que necesitaba un parásito para matar a su anfitrión. El equivalente a una estación del año. El tiempo en que un embrión pasa a ser un feto. La duración de un visado de estancia temporal. Más que de sobra para dar la vuelta al mundo con Jules Verne. Pagaron y se fueron sin decir ni una palabra, sujetándose uno a la otra. Al verlos, nadie habría dicho cuál de los dos, si el viejo o la joven, sostenía a quién. Al salir de aquel lugar que olía a recién pintado y a aire acondicionado, Samuel no pudo evitar echar un vistazo al reloj colgado en la pared detrás de la secretaria. Tuvo por un instante la certeza de que ahora los segundos pasaban más rápidos que cuando habían llegado. La vida exterior los engulló, cálida y bulliciosa.

—No te habrás olvidado de que esta noche tengo vivos, ¿no? —gritó Ambroise a Beth con toda intención desde el cuarto de baño.

—Claro que no, y te he preparado un flan de ciruelas. Todavía está caliente.

—Para mí, eres la mejor abuela —le tomó el pelo mientras se metía debajo de la ducha.

Lo que más le gustaba era ese momento bajo el agua purificadora después de volver del mundo de los muertos. Hoy la jornada había sido agotadora. Seis encargos, uno de los cuales a domicilio por un suicidio con arma de fuego, con reconstrucción de una parte del maxilofacial. Casi media hora de modelado con cera antes de alcanzar un resultado aceptable. Ambroise puso su espalda dolorida debajo del chorro ardiente y cerró los ojos. Raramente se sentía obsesionado por las imágenes de su trabajo, aunque, por supuesto, no podía evitar que algunas de ellas se quedaran grabadas en su cerebro. Sabía que esas imágenes abominables estaban ahí, ubicadas en un rincón de su cabeza, prestas a salir del baúl de los horrores a la vuelta de cualquier recuerdo. En sus comienzos lo intentó, pero con el tiempo supo que tratar de espantarlas estaba abocado al fracaso. Por tanto, las hacía suyas, consciente de su presencia del mismo modo que un cuerpo sano puede albergar en su ser también una enfermedad. Se enjabonó, se enjuagó abundantemente y se sacudió su pelambreira negra antes de vestirse. Vaqueros, camiseta, sudadera con capucha y un par de Redskins. Ropa de color y cómoda, nada que ver con el atuendo negro y blanco de médico de muertos.

—Y tú no te olvides de Lilina antes de marcharte —lo interceptó Beth al salir del cuarto de baño tendiéndole la cajita metálica en la que estaba el material.

—Sí, mi ama. Y ya sabes: pierna izquierda martes...

—Es más bonito así —concluyó la anciana sonriendo.

Ambroise ya había abierto la tapa metálica. Con gestos precisos, absorbió el líquido con la jeringuilla y le dio unos golpecitos con el índice, luego, con la ayuda de un algodón empapado en alcohol, desinfectó la parte superior del muslo izquierdo de su abuela antes de clavarle la aguja. Élisabeth Larnier era diabética desde hacía más de veinte años y necesitaba una dosis diaria de insulina. Cuando de niño tenía la menor ocasión, a Ambroise le gustaba ayudar a Beth a inyectarse. El hombrecito que era entonces se ponía a las órdenes de su abuela como un enfermero en un quirófano. Ella le había enseñado a sacar del envoltorio la jeringuilla de un solo uso, a limpiar la zona de la piel donde debía hacerse el pinchazo, a atravesar la goma del frasco para extraer el líquido incoloro y a presionar suavemente el émbolo para expulsar el aire. Cada vez que lo hacían, ella cantaba la canción infantil de Lilina la Insulina. «Es para recordar dónde hay que pinchar», le había confesado en voz baja. Él se había

aprendido de memoria las palabras y las recitaba cada noche en la cama como una oración o a la hora en que sabía que Beth, haciendo muecas, se disponía a administrarse la medicina.

*Brazo derecho lunes, radiante estés.
Pierna izquierda martes, qué bonito es.
Pompis derecho el miércoles ves.
Jueves el zurdo toca, celos no des.
Derecha la pierna del viernes también.
Pompis izquierdo, sábado, ven.
Y domingo barriga, ya sabes por qué.*

Había sido precisamente un domingo cuando su abuela le había encargado que hiciera él solo toda la operación. A sus doce años, concentrado como jamás lo había estado, había clavado la jeringuilla sin temblar en el abdomen de Beth, causándole la sorpresa de sentir con qué facilidad la aguja se hundía en la carne blanda. «No está mal, lo haces de hecho mucho mejor que yo», lo había felicitado ella revolviéndole el cabello. Le había encomendado, además, que metiese la jeringuilla usada en una cajita de plástico. «No olvides nunca esto, Ambroise —gustaba ella de repetir machaconamente—: una aguja vagabunda encuentra siempre un dedo que pinchar». Cuando había ido a vivir con ella unos diez años después, le había sido encomendada esa tarea cotidiana casi de manera natural. Por eso, siempre con la misma ternura pese a ser un hecho mil veces repetido, cada noche, Ambroise administraba su dosis de insulina a la anciana.

—Eres mi yonqui favorita —bromeó bajando la falda de Beth.

—Si al menos pudieras traerte una a casa —suspiró ella mientras él ordenaba el material.

—¿Una yonqui? —preguntó él, aunque sabía muy bien a qué se refería Beth.

—No, idiota. Una de tus vivas, como tú las llamas.

—La última que traje se enamoró perdidamente de tu *kouign-amann* y habría terminado obesa si hubiéramos seguido juntos —le respondió Ambroise—. La dejé por su bien. No me esperes levantada —añadió—, no creo que vuelva antes de las dos o las tres de la madrugada. Mañana no trabajo. Me hará bien rodearme de un poco de juventud, no soporto más vivir con una vieja —dijo dándole un besito en la frente a Beth, que le ofreció el mohín más bello que pudo a la vez que le pasaba el platito con el flan de ciruelas.

La sala parroquial donde actuaba la compañía estaba a treinta minutos de su domicilio. Ambroise aparcó su vehículo en el *parking* contiguo y sacó de detrás del asiento del pasajero el maletín que había depositado allí. Aunque los productos de maquillaje utilizados para los vivos eran exactamente idénticos a los que empleaba para sus pacientes habituales, sin embargo, desde el principio había adquirido todo lo necesario por partida doble, comprando un neceser multicolor para unos y manteniendo los maletines de cuero negro del trabajo para otros. Y si en el primero faltaba de pronto algo de colorete, o un bote de gomina o una caja de polvos de arroz, jamás se le ocurría ir a buscar su equivalente en el maletín de los muertos. Era una regla que de ninguna manera quería incumplir. Nunca mezclar los dos mundos entre los que se movía continuamente, por mucho que para él ninguno de los dos pudiera existir sin el otro. Se acercó a Jean-Louis, el director, que estaba fumando en el *parking* acompañado de Xavier y de Sandrine, dos de los actores.

—¿Qué hay? —preguntó Ambroise dando un beso a cada uno.

—A todo lujo, monseñor —respondió el director—. Cagaderos espaciosos como Versalles donde vas a poder empolvar y pringar a señoras y caballeros a tus anchas. Tienes hasta un espejo de pared. Los actores creen que el escenario es un poco pequeño, pero ya sabes cómo son: nunca están contentos —bromeó dando una sonora palmada en la espalda de Xavier.

La verdad era que la compañía no sabía nunca en qué tipo de escenario iba a actuar. Una sala parroquial, como era el caso de esa noche, pero también un cine, un gimnasio, una mediateca, el patio de un colegio, muy raramente un teatro de verdad. Adaptar el lugar y adaptarse a él, siempre que eso fuera posible, implicaba cada vez un desafío que había que superar. Igualito que en un encargo a domicilio, pensó Ambroise. Un muerto directamente en el suelo de una habitación minúscula, un difunto echado sobre una puerta sacada de sus goznes y puesta encima de unos caballetes en medio de un garaje, una familia que se niega categóricamente a abandonar la habitación durante el arreglo del cadáver, unos parientes más callados aún que el muerto, otros a los que no hay manera de hacer callar, por no hablar del estado general del cuerpo, que, con harta frecuencia, aporta su propio paquete de sorpresas, en fin, el caso era que la monotonía no existía en la tanatopraxia. El joven entró en la sala donde pululaban tramoyistas y actores. Estrechó manos, repartió besos, dio abrazos, sintiendo esa agradable sensación, que él experimentaba cuando estaba entre los vivos, de pertenecer a una gran y hermosa familia, una familia cuyos miembros venían de mundos muy diversos. Jean-Louis era dentista, Xavier profesor, Sandrine curraba en una gran superficie, Yves era pintor de paredes, Louise monitora de natación, Mireille secretaria. Había en total una quincena de entusiastas que

formaban la compañía. Ambroise la había descubierto dos años antes por casualidad en un pequeño anuncio pegado junto a la caja registradora de su peluquero: «El Teatro de la Fontaine, compañía de teatro aficionado, busca maquilladora voluntaria para temporada 2013 y lo que surja. Serias abstenerse». Aunque su sexo no correspondía al del anuncio, fue aquel «Serias abstenerse» lo que lo decidió a probar suerte. Enseguida fue aceptado. Sobre todo, por las chicas, demasiado felices de poner su rostro en manos de esa monada de Apolo que estaba como un tren y que manejaba el pincel, la sombra de ojos, el rímel y el carmín como un verdadero profesional.

—¿Larnier? ¿Eres familia del Nobel? —le habían preguntado la primera noche.

—Lejana —había contestado él, evasivo—. Muy lejana.

Y la pregunta que más temía de todas no tardó mucho tiempo en caer:

—¿Y qué haces en la vida?

Cuando no mentía, usaba con frecuencia una expresión del Maestro Tánato: «En la vida, estoy en la muerte». O, si estaba de humor socarrón, gustaba de llamarse *restaurador*, lo que creaba inmediatamente un malentendido. ¿En la ciudad? Sí, en la ciudad y por la región. ¿Qué restaurante? Ah, no, no, yo no he dicho que tenga un restaurante, contestaba. Pero tú has dicho restaurador. ¿Haces manduca para llevar, es eso? ¿Pizza, sushi? A veces hago restauración a domicilio, sí, pero sin ninguna relación con la cocina. El diálogo podía proseguir así durante muchos minutos. ¿Restaurador de cuadros? No, pero es más por ese lado por el que hay que entender la palabra *restaurador*, se animaba Ambroise. ¿De muebles? Tampoco. ¿De casas? Menos. Se abría así un juegucito de adivinanzas que él prolongaba sin parar, hasta que asestaba las tres palabras que, lejos de acallar la oleada de preguntas, causaban el efecto de desencadenar una nueva avalancha de interrogantes: *restaurador de cuerpos*. Con la compañía, había tenido que mentir, pues la franqueza lo habría condenado inevitablemente a la exclusión. Era difícil que la gente aceptara el hecho de que ponían su rostro en las mismas manos que acababan de estar manipulando durante todo el día una retahíla de cadáveres.

—Trabajo para una empresa médica encargada de la recolección de sobrantes en hospitales, clínicas y laboratorios. Recogemos los residuos de actividades de cuidados y riesgos infecciosos, lo que se llaman los DASRI. No es apasionante, pero de algo hay que vivir —había añadido.

Recolector de residuos médicos. Se habían tragado la mentira sin problemas. Ambroise ni siquiera había tenido necesidad de enseñarles las cajas de color amarillo pálido con las siglas DASRI que guardaba en su furgoneta y en las que metía las bolsas con los residuos de cada jornada. A menos de una hora de la representación, un frenesí exultante se había apoderado de la compañía. Mientras los tramoyistas acababan de ensamblar los tableros desmontables que servían como decorado, Ambroise fue a ocupar su puesto en los baños. Jean-Louis no le había mentido. Espaciosos, contaban con un inmenso espejo de pared por encima de los lavabos.

Abrió el neceser y desplegó brochas, pinceles y lápices. Louise, que ya se había puesto su vestido, fue la primera en pasar por maquillaje. Desde hacía casi tres meses, la compañía venía representando su nueva obra por toda la región, así que todo estaba muy rodado. No tardaría Ambroise en ir hasta el fondo de la sala para disfrutar del espectáculo al mismo tiempo que el público. Más tarde, una vez cargados los decorados en las dos camionetas y los focos guardados en sus baúles, él compartiría con los demás el balance de cómo había ido la obra en torno a unas ensaladas, unos embutidos, quesos y pasteles aportados por cada uno de ellos, entre pullas y carcajadas. Pero el momento más intenso para Ambroise era cuando los actores acudían a ofrecerle, uno tras otro, su cara para que se la pintara. Maquillar a los vivos cuando llegaba la noche después de haber decorado muertos durante todo el día era el mejor medio que había hallado para recordar que la vida podía ser otra cosa que una sucesión de difuntos y de familias desconsoladas. Hallar de nuevo carnes irrigadas, recorrer la superficie de pieles flexibles y cálidas, sentir bajo la yema de los dedos unos párpados temblorosos, masajear rostros movientes a la vez que se conversaba con ellos, todo eso lo revitalizaba. Esta copiosidad de vida distaba mucho, pero mucho, del silencio de los cuerpos muertos. Daba la casualidad de que seis cadáveres habían pasado por sus manos aquel día, y de que esa noche seis vivos lo esperaban para ser maquillados. Era el equilibrio perfecto.

—Estoy muerta —resopló Louise desplomándose sobre la silla—. No sé qué tenían los chavales hoy en la piscina, pero me han reventado. Apiádate de este careto de moribunda.

—No, guapa —replicó Ambroise mientras le recogía el cabello a la actriz en un burdo moño durante la sesión de maquillaje—. Puedo garantizarte que tu cabeza no tiene nada de la cabeza de una muerta —la tranquilizó el joven con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo verlo, mi querido Ambroise?

Ambroise sonrió. Las preguntas de Bourdin a menudo parecían órdenes, y en este caso la orden era que se pasara por el despacho en cuanto le fuera posible. Y cuando Roland Bourdin regalaba un «mi querido Ambroise», podía esperarse de todo. «En lo peor como en lo peor», como diría Beth. De camino hacia un encargo en la otra punta de la provincia, el joven se desvió para pasar por la central. Aparcó en el patio trasero y entró en la inmensa nave donde se guardaban tanto el material como los vehículos de la empresa. Cruzó por la tienda de la exposición de muestras. El ambiente que reinaba allí era propicio para el recogimiento. Un agua limpia caía en suave cascada a la derecha de la entrada que daba a la calle, fundiendo su continuo gluglú con la música que emitían los altavoces escondidos detrás de una prominente hiedra sintética. De arriba abajo, un ejército de crucifijos cubría por entero la pared de la izquierda. Puestas en una vitrina junto al mostrador, unas inscripciones en latón mostraban los típicos mensajes póstumos: «A mi esposo», «A nuestro tío», «A nuestra abuela», «A nuestro abuelo», «A mi ahijado». Un parterre de coronas artificiales ocupaba de parte a parte el centro de la tienda. Ambroise bordeó la fila de ataúdes expuestos en la segunda sala y subió por la escalera que conducía al despacho situado en el piso superior. Aquel era el reino del papeleo, de las cuentas, de las facturas y los presupuestos, un mundo a años luz del universo sereno y ordenado de abajo. Olía a café recalentado y a tabaco frío. Por todas partes, las estanterías se combaban bajo el peso de los archivadores. Roland Bourdin salió de la contemplación de la pantalla de su ordenador para ir a su encuentro. Su hija Francine lo saludó con un breve movimiento de cabeza sin dejar de aporrear sobre el teclado. Con el tiempo, se había convertido en el hijo que Bourdin no había tenido. Pelo corto, siempre con camisa y pantalón, espaldas cuadradas, la que todo el mundo llamaba Francis en el medio funerario había cultivado constantemente una masculinidad que evidenciaba a propósito para redondear la usurpación de identidad sexual que tanto deseaba su progenitor. Bourdin le pidió a Ambroise que tomara asiento.

—¿Café? Francine, dos cafés, por favor, cariño. Si le he hecho venir, Larnier, es porque no puedo contar con nadie más que con usted para este trabajo. Oh, no se trata de nada complicado, se lo aseguro. Solo un cuerpo que tratar y que repatriar después desde Suiza. Ochenta y dos años, menos de sesenta kilos. Dos días para el viaje de ida y vuelta, más tres días en el sitio. No me pregunte por qué tres días, el cliente es soberano, sobre todo cuando paga bien. El difunto no tiene familia aparte de un hermano gemelo. Es él quien ha contactado con nosotros. Irá con usted, tanto a la ida como a la vuelta. Bonita suma en juego para la empresa, más consiguiente prima para usted, mi querido Ambroise. No se ha tomado ni un solo día de permiso desde hace

lustros. Considérelo como unas vacaciones, Larnier. Y todo de gorra. Hotel de cuatro estrellas a la orilla del Lemán. Y la orilla del lago en esta estación debe de valer la pena. Le confieso que, si yo no tuviera que llevar las riendas de todo esto, me habría tentado la aventura. No veo necesario decirle que estamos ofreciendo al cliente un servicio llave en mano y que todo tiene que ser irreprochable. Se va usted el lunes.

Ambroise reconoció que su patrón dominaba el arte de la síntesis. Una gran sonrisa rasgó el rostro tallado a cuchillo de Roland Bourdin mientras se inclinaba hacia él:

—Llévese la Vito —dijo con magnanimidad.

La Mercedes Vito, el argumento supremo. El orgullo de Roland Bourdin. La furgoneta más lujosa de la flota de vehículos de la empresa, con compartimento refrigerado para el transporte de los muertos y cuatro señores asientos para el de los vivos.

—Un detalle más, mañana está usted citado a primera hora de la tarde con el hermano del difunto. Desea ver con usted los pormenores del viaje y debe abonarnos el anticipo. No le llevará más de media hora. Francine le ha anotado la dirección y ha preparado el contrato que tiene que firmar.

Cuando Ambroise volvió a la carretera, fue consciente de que no había pronunciado ni media palabra desde que había puesto los pies en el despacho y hasta que había salido de allí. Presionado como casi siempre por Bourdin, su silencio era ya considerado de oficio como una aceptación tácita. Pensó entonces en Beth, en su pinchazo de insulina diario. ¡Cómo iba a abandonar a su abuela cinco días enteros! Aunque todavía estaba muy bien de cabeza, le ocurría cada vez con más frecuencia que mezclaba los días, en ocasiones hasta confundirlos, no sabiendo si el cielo adquiriría un tono crepuscular o era de noche por la mañana. El olvido de una inyección podía tener unas consecuencias dramáticas. La Vito tenía cuatro plazas. Era más de lo que necesitaba. Tomó la decisión antes incluso de salir de los suburbios de la ciudad. Beth lo acompañaría. Bourdin no tenía por qué saberlo. Algunas veces había oído decir a su abuela que soñaba con ver el surtidor de Ginebra. Iba, pues, a realizar su sueño. En cuanto al teatro, la próxima representación no tenía lugar hasta dentro de tres semanas. Y por lo que respectaba al gato, ya se le había ocurrido una idea.

Un olor agradable asaltó las fosas nasales de Manelle cuando esta entró en el piso. El aroma, sutil mezcla de romero, laurel, cebollas y carne asada, provenía de la cocina. El último jueves de cada mes, Samuel compartía la comida con su asistenta domiciliaria. Una comida que él mismo cocinaba con pundonor y que le llevaba varias horas, cuando no varios días, de preparación. Cuando llegaba el jueves, desde el amanecer, el anciano inventariaba los utensilios, sacaba los ingredientes del frigo, lo disponía todo siguiendo un plan de trabajo antes de atarearse entre los cacharros para elaborar minuciosamente el menú del día. Manelle no pudo evitar la tentación de colarse en la cocina y levantar la tapadera de la olla. Sobre un lecho de patatas, zanahorias y cebollas, un asado se hacía a fuego lento mostrando su lomo doradito. La joven no se tomó la molestia de abrir la puerta del frigo. Sabía que allí dentro estaba el pastel selva negra anegado de chantillí casero. Un postre que debía de llevar a Samuel buena parte de la tarde del miércoles y en el que no le cabía duda de que el anciano debía de invertir necesariamente las pocas fuerzas que le quedaban. La enfermedad avanzaba muy rápido, mucho más rápido a ojos de Manelle. La sabandija ganaba cada día un poco más de terreno, alimentándose del cuerpo sin defensas del pobre viejo. El tumor iba a vaciarlo paulatinamente de su sustancia hasta que solo quedara de él una triste criatura descarnada. Había pasado casi un mes desde la visita al neurólogo y desde entonces había adelgazado sin parar. Comía cada vez menos, y además vomitaba casi todo lo que había ingerido cuando los dolores de cabeza se hacían demasiado insoportables. Por encima de los pómulos prominentes, los ojos hundidos hasta el fondo de las órbitas habían perdido llamativamente el brillo con el que antes se le iluminaba la cara. El lunes, la joven asistenta domiciliaria lo había encontrado paralizado en medio del salón, con la mirada ausente, grogui, de pie, sin moverse del sitio en el que el dolor se había dignado abandonarlo por un rato, como un ser perdido en mitad de una tregua y en suspenso, a la espera de que regresara de nuevo esa amante insaciable con la que compartía en adelante su existencia. A la velocidad a la que iban las cosas, la esperanza de vida cifrada en tres meses por el doctor Gervaise parecía en el presente demasiado optimista, en opinión de la joven.

«¿Mi sol de la mañana está bien?», preguntó el anciano mientras Manelle depositaba un beso en el hueco de las ásperas mejillas. A pesar del mal que lo corroía, siempre se preocupaba por saber cómo le iba a ella. Cierto que él tenía que fingir cada vez con más frecuencia el tono jovial que empleaba, sin embargo, su deferencia hacia ella nunca era fingida y el interés que manifestaba por su persona era auténtico. ¿Había dormido bien, comía lo suficiente, encontraba tiempo para divertirse, salir, frecuentar a otras personas que no fueran viejos en el final de su vida? Ella lo tranquilizaba, eludía el asunto con un «Sí, no se preocupe», o las más de las veces le

devolvía las preguntas. Nunca le hablaba de la soledad repleta de programas de televisión insípidos, de los libros devorados con frenesí para hartarse de palabras ajenas y de las noches de insomnio pensando en estar en otra parte. Al cabo de una jornada de trabajo revoloteando de un domicilio a otro, limpiando, ordenando, planchando, fregando, cocinando, no le quedaban ganas más que para ir a rastras hasta su butacón. La sola idea de volver a salir la agotaba. Le parecía que, con el tiempo, cada vez le sería más difícil escapar de esa vida en la que estaba encerrándose. Había entrado en la soledad como se entra en una orden. Es tu penitencia, amiguita, solía repetirse a sí misma. Una vida para expiar el crimen. A veces, en medio de la noche, esa cosita sanguinolenta y aulladora venía a despertarla. Como si el embrión nacido en su seno de adolescente unos años atrás y aspirado hacia la muerte por el tocólogo no hubiera dejado nunca de crecer dentro de ella. La chica de diecisiete años que era entonces se había sentido totalmente incapaz de cuidar de un niño, y la decisión de abortar se había impuesto de manera evidente. IVB. Tres letras de apariencia anodina tras las cuales se escondía la solución. Interrupción Voluntaria del Bulto. Pues de eso era de lo que se trataba, de un bulto, de un cúmulo de células informes tan poco deseado como un tumor maligno, fruto de un polvo pasajero del que no se acordaba ni de la cara del tipo ni de su nombre. Pero fue ya demasiado tarde cuando descubrió que la opción por la pérdida podía ser aún peor que por la del nacimiento. Manelle nunca había llegado a pasar el duelo por aquellos pocos gramos de vida que le habían arrancado.

Como cada último jueves de mes, Samuel no esperó a que la joven hubiera terminado sus tareas domésticas para invitarla a que se sentara con él a la mesa. Comieron con esa peculiar pena en la mirada que la enfermedad, cual okupa invasor, había levantado insidiosamente entre ellos. Entre los discretos sonidos que producían al masticar, el silencio entraba a hurtadillas, se acumulaba en estratos tan pesados que ni siquiera el *staccato* del aguacero que fustigaba con furia la ventana de la cocina podía diluir. Un silencio insoportable que Manelle rompió antes de que lo anegara todo definitivamente.

—Ya sabe que no tiene por qué hacer siempre un selva negra. Da demasiado trabajo. —Le faltó añadir: «Para un hombre de su edad».

Aunque no lo había explicitado, el sobreentendido era tan evidente que permaneció un buen rato entre ellos dos, campando a sus anchas en medio del silencio que volvió a abatirse hasta que Samuel lo rompió.

—Nunca me había hecho hasta ahora ningún comentario sobre eso de ahí —constató el viejo señalando con el mentón la masa cremosa que ocupaba el centro de la mesa—. Desde que vengo imponiéndoselo, ni una sola vez usted me ha preguntado por qué siempre un selva negra y no otra cosa. Al igual que siempre ha tenido usted la delicadeza de no hablar nunca de esto —prosiguió Samuel golpeando con el índice en la cifra violácea que estaba tatuada en la parte interior de su antebrazo—. Una cosa tiene que ver con la otra. Quiero decir, el pastel y este número de identificación.

Yo tenía doce años. Mi madre había preparado un selva negra como solo ella sabía hacerlos. Apenas acababa yo de dar un primer bocado cuando aparecieron los hombres con abrigo de cuero. La última imagen que conservo del mundo antes del horror es la de ese pastel. Su bizcocho marrón cubierto de chantillí y salpicado de cerezas escarchadas puesto en el centro de la mesa y aquel ruido de botas alrededor, aquellas órdenes entre gritos y aullidos.

Entonces, y por primera vez en su vida, Samuel se puso a hablar de Sobibor. Fue como si hubieran cedido las compuertas de una inmensa presa. Describió la supervivencia del animalillo asustado en que se había convertido al cabo de pocas semanas en aquel campo. El trabajo infame, el hambre, las enfermedades, los piojos, los golpes y la muerte por todas partes, dando vueltas alrededor, golpeando a ciegas. A medida que él hablaba, la joven podía ver el miedo volver de nuevo a su mirada.

—Como bien sabe ahora, Manelle, la única cosa que me hizo aguantar en aquel infierno fue ese pastel y el sabor de aquel primer bocado grabado en mi paladar y conservado como se guarda un talismán. Gracias a él, resistí. Echado en aquel gélido jergón, a punto de morir de frío y de hambre, en lo único en lo que yo pensaba era en aquel pastel. Me imaginaba su untuosidad en la boca, el crujiente delicado de la cereza escarchada, la ligereza del bizcocho. Soñaba que me esperaba, fresco y esponjoso como el del primer día, y que al devorarlo podía recuperar la vida de antes. Fue entonces, en medio de la abominación, cuando juré hacerme pastelero si llegaba a salir de allí. Durante más de cuarenta años, en la trastienda de mi negocio, fabriqué selvas negras y toda clase de repostería para los clientes, con la idea ingenua y absurda de que una persona que come pasteles no puede ser completamente mala. Cuando regresé del campo, estaba convencido de que la muerte no volvería nunca más a jugar conmigo, que se había cansado de mi persona y que, llegado el momento, se contentaría con dejarme apagar como se sopla la llama de una vela. No tengo intención de darle el gusto de bailar un vals conmigo otra vez como hizo durante meses con aquel chaval del barracón número 48 del campo de Sobibor.

A la vez que hablaba, Samuel había cogido el sobre que estaba encima del aparador de la cocina. Sacó el dossier que había dentro y lo puso delante de Manelle. La joven no pudo evitar un estremecimiento al ver la palabra *Alivio* en letras negras en la parte superior derecha de la carpeta. Ya había oído hablar de esa asociación de apoyo al suicidio médicamente asistido, ubicada en Suiza. Era gente que, mediante el pago de una cantidad, ofrecía un cóctel mortal a los que padecían una enfermedad incurable y querían librarse del océano de dolores en el que se debatían. Manelle escrutó minuciosamente el folleto color pastel que elogiaba los méritos de la asociación. Se podían ver allí fotos de viejos con rostro sonriente guardando cama en habitaciones soleadas. Publicidad de una agencia de viajes para un destino lejano, pensó Manelle con desprecio. No pudo reprimir un escalofrío cuando vio el contrato que ocupaba una decena de páginas. Era el mismo tipo de contrato que ella tuvo que firmar para el aborto. Aquí, todo parecía haber sido cuidadosamente planificado. La

fecha y la hora de la cita para la visita médica obligatoria, con un doctor encargado de controlar el estado de salud del postulante a la despedida, la dirección exacta del piso donde se llevarían a cabo las operaciones, la composición detallada de la poción letal, el nombre y la foto del acompañante. Había que adjuntar las copias del dossier médico. En cada esquina de la parte inferior de las páginas, Samuel había rubricado un garabato. Un contrato de matrimonio con la parca, pensó Manelle cerrando la carpeta.

—Apagar la llama, es lo único que pido —argumentó el viejo—. Ellos lo hacen muy bien, ¿sabe? Estoy esperando al contratista de las pompas fúnebres con las que he contactado para el transporte. Todo está ya acordado. Será en Morges, a la orilla del Lemán. ¡La antesala del paraíso! —ironizó Samuel sin auténtica convicción—. Salimos el lunes que viene. Esto nos llevará solo unos pocos días. No tengo familia, no tengo a nadie aparte de usted, y me gustaría mucho que estuviera a mi lado. No vea en esta petición el capricho de un viejo loco. Soy muy consciente de que lo que le estoy pidiendo excede por completo sus atribuciones y entendería que se negara, pero usted es la única persona en el mundo a la que puedo pedirle algo así.

Manelle se había puesto de pie. El embrión gritaba en su interior.

—Ya ayudé a la muerte en una ocasión, no me pida que sea su cómplice por segunda vez. Mi trabajo es ayudar a vivir, no a morir —explotó con la vista nublada por las lágrimas antes de salir corriendo.

Bella fue la primera palabra que le vino a la mente a Ambroise cuando descubrió a la joven que le abrió la puerta, justo antes de que ella montara en cólera.

—¡Sé muy bien por qué ha venido aquí y espero que esté muy orgulloso de lo que hace! ¡Es repugnante, ¿me oye?, repugnante! ¡Cómplice de asesinato, así de claro! ¡Cómplice de asesinato con todas las letras! ¡Me pregunto cómo puede seguir mirándose al espejo cada mañana! ¡Debería avergonzarse de sí mismo, avergonzarse!

La chica le había escupido a la cara las últimas palabras y luego prosiguió su camino dándole un empujón con los ojos llenos de lágrimas. Dejaba tras de sí un aroma a vainilla flotando en el aire. Sus pasos resonaron en el adoquinado reluciente de la calle cuando fue a buscar su coche corriendo bajo el chaparrón. Le costó dos veces poner en marcha su viejo Polo, que carraspeó antes de expulsar una nube de humo gris. Arrancó a toda velocidad, separándose de la acera con un chirrido de neumáticos. Al cabo de varios segundos de estupor, Ambroise debió convencerse de que no había soñado la fugaz, pero no por ello menos maravillosa, aparición que acababa de presenciar. Tuvo que persuadirse de que aquel pelo rizado negro azabache, aquella magnífica mirada sombría que lo había fusilado, aquellos pechos pequeños que se habían agitado debajo de la bata verde claro al ritmo de pronunciación de las frases, aquella voz que estaba seguro de que debía de ser dulce cuando no estaba deformada por la cólera y aquella boca tan hermosamente dibujada de la que habían brotado las palabras existían realmente. *Bella*. Pese a la avalancha de indignación histérica de la que acababa de ser víctima, el adjetivo continuaba dando vueltas en la cabeza del joven. Nunca ese calificativo le había parecido tan adecuado en una persona. Como tanatopractor, había asistido a reacciones extrañas cara a cara por parte de los allegados al difunto, a veces se había encontrado con la desaprobación, la incomodidad o la incomprensión, pero jamás había sido testigo de semejante virulencia.

La voz masculina que lo invitaba a entrar sacó al joven de sus pensamientos. El anciano que venía por el pasillo en dirección a él a paso lento era pequeño y más bien enclenque. Unos cincuenta y cinco kilos y poco más de metro sesenta, calculó Ambroise. Pese al calor agobiante que reinaba en la casa, iba abrigado con un grueso albornoz y llevaba una bufanda de lana alrededor del cuello. Las pronunciadas patas de gallo que ornaban sus ojos le daban a su cara un aire cordial, aunque su tez era muy pálida. *Enfermo* fue la primera palabra que le vino a la mente al estrechar la mano seca y cálida que el viejo le tendía.

—¿Es usted la persona de las pompas fúnebres? Disculpe este recibimiento —balbuceó el anciano—, todo es por mi culpa. Hay que perdonar a Manelle, es una joven muy impulsiva.

Manelle. Las dos sílabas sonaron agradablemente en los oídos del joven tanatopractor. Se preguntó cómo era posible albergar semejante violencia dentro de alguien con un nombre tan dulce. El viejo hizo entrar a Ambroise en el salón tras de sí. Unas pesadas cortinas absorbían la luz de fuera, sumiendo el cuarto en una semipenumbra.

—Lo siento, pero la claridad del día me hace daño —se excusó mientras encendía la lámpara—. Siéntese, ¿señor...?

—Larnier, Ambroise Larnier —respondió el joven tanatopractor hundiendo su trasero en el mullido sillón.

—Bien, creo que el señor Bourdin le ha explicado ya el motivo por el que he solicitado los servicios de su empresa.

—Sí. Se trata de cerrar el trato y llevar a cabo la repatriación del cuerpo de su hermano gemelo de Suiza a Francia, ¿no es así?

—Exacto. ¿Y le ha dicho que yo iré con usted tanto a la ida como a la vuelta?

—En efecto. Eso no supondrá ningún problema, nuestros coches fúnebres cuentan con plazas con asientos de lo más confortables.

—Muy bien, perfecto. Le he preparado ya el cheque. Había convenido con el señor Bourdin dar un adelanto, pero prefiero abonar la totalidad ahora. El hotel ya está reservado. El Regent, por cuatro noches.

Ambroise sacó el contrato, que Samuel se apresuró a firmar. El joven carraspeó, un tanto incómodo.

—No está indicado en el documento, pero nos acompañará también una ayudante voluntaria encargada de asistir a los familiares.

Beth no había ocultado su euforia ante la idea de ir de viaje. La perspectiva del periplo por Helvecia le hacía estar todo el día hablando de ese país. El surtidor del lago, el chocolate, la *fondue*, los lomos de perca, los *röstis*, los referéndums, las finanzas. El joven había tenido que refrenar su entusiasmo recordándole que el objetivo inicial del viaje era acompañar a un cadáver y no, como ella sugería, ir a depositar un ramo de flores en la puerta del hotel de la Paix de Ginebra, donde Mike Brant había intentado poner fin a sus días por primera vez. Además, le había dado instrucciones acerca de ese papel inventado de ayudante que ella tenía que asumir en ese viaje. Conociendo a su abuela, había insistido especialmente en que lo que más esperaba de ella era moderación. «Sobre todo, no hables demasiado —había recalcado él—. Un silencio recogido será lo más conveniente. Y no tienes ninguna obligación de decir que eres mi abuela. Eso no sería muy profesional». Ambroise se había repetido su mentira varias veces, ensayándola delante del espejo del cuarto de baño. Sin embargo, notó que el rubor invadía sus mejillas y sus orejas cuando le soltó esa patraña a Samuel Dinsky. Mentir no había sido nunca su fuerte y hacerlo le suponía un suplicio.

—Pero quédese tranquilo, ella no intervendrá de ninguna manera en el desarrollo de las operaciones, su papel es tan solo de apoyo a los familiares. Espero que usted

no tenga inconveniente. Por supuesto, todos los gastos que conciernan a esta persona correrán a cargo de la empresa Bourdin —concluyó el joven, aliviado por haber llegado al final de su mentira.

—Ningún problema con eso —replicó el anciano—, al contrario, me tranquiliza ver tanta profesionalidad. Voy a reservar una habitación más para ella a cuenta mía, sí, sí, insisto. Seguramente usted ya habrá comido, pero permítame que le ofrezca un pedazo de selva negra.

Ambroise, que no se había echado nada al colete desde por la mañana, aceptó con sumo gusto. Ese tipo le había caído bien. A pesar de su estado de evidente debilidad, aquel hombre emanaba una extraña sensación de serenidad. Samuel volvió de la cocina con una enorme porción de pastel y se lo sirvió a Ambroise. Un cuarto de hora más tarde, se despedía del anciano con el estómago lleno. Aquel individuo era como su pastel: rico y generoso.

Los limpiaparabrisas se esforzaban por ahuyentar las trombas de agua que se abatían contra la luna delantera del coche. Manelle le lanzó un bocinazo furibundo al vehículo que iba delante cuando el semáforo se puso en verde. ¿A qué coño esperas para moverte?, ¿a que deje de llover? Desde que había dejado a Samuel y se había cruzado con el vendedor de muerte que estaba en el rellano, la asistenta domiciliaria seguía furiosa contra todo. Al abrir de nuevo la herida, el viejo había liberado los recuerdos sepultados que ahora manaban a borbotones como una mala sangre. El sol radiante que brillaba aquel maldito día, la blancura insolente de los edificios, las puertas de cristal correderas que se habían cerrado a su espalda sin el menor ruido, la fuente de la pared de la que brotaba aquella agua clara emitiendo unos horribles gluglúes... En aquella ocasión, el ascensor la había bajado hasta el sótano, lejos de las habitaciones soleadas y floridas del primer piso, donde balbuceaban delante de sus ufanas madres algunos bebés con sus puños ceñidos por manguitos rosas o azules. La única luz que inundaba el espacio donde ella se hallaba era la de los neones. Un lugar en el que no había que demorarse, un lugar al que se llegaba como una ladrona y del que se salía aturdida, con un vacío inmenso en el cuerpo. A pesar de la anestesia local, se había estremecido cuando el espéculo entró en ella. Había cerrado los ojos mientras la cánula unida al aparato aspirador vampirizaba el fruto de su vientre hasta que no quedara nada de él allí dentro, hasta que fuese un espacio vacío donde en adelante podrían anidar los remordimientos futuros. Al cirujano le bastaron menos de diez minutos para cumplir con su tarea, por un precio fijado en cuatrocientos treinta y siete euros con tres céntimos. Una muerte barata, reembolsada en su totalidad por la seguridad social. Al dejar el hospital, se había cruzado con otra chica. Pasos de autómatas y ojos llenos de desprecio, un reflejo de ella misma. Ahora, mientras la lluvia redoblaba su violencia, la joven se juró que, ya que no había sabido dar la vida a un ser, haría todo lo que estuviera en su mano para tratar de impedir la muerte de otro.

Ambroise había dormido mal. La excitación de Beth tenía un poder muy contagioso, y no había logrado conciliar el sueño más que al amanecer, justo antes de que el ancestral péndulo de su abuela despertara a todo el edificio repicando a campanada batiente las seis y media en punto. Ni siquiera la ducha fría que se infligió pudo sacarlo totalmente del estado comatoso en el que se hallaba. Fue el equipaje de Beth lo que despertó definitivamente al joven cuando el dedo gordo de su pie izquierdo vino a chocar violentamente con un voluminoso baúl metálico atravesado en medio del pasillo. Renqueó hasta la cocina lanzando todo tipo de improperios.

—Pero ¿qué chisme es ese? —gimió Ambroise frotándose vigorosamente su pie dolorido.

—El viejo baúl militar de tu difunto abuelo.

—¿Y no lo había más pequeño? No vamos a hacer un crucero por el Nilo.

—Nunca he encontrado nada mejor para meter la ropa. Gracias a ese cacharro, mis vestidos y mis abrigos no se arrugan cuando viajo. Es verdad que es un poco pesado, pero no iba a ser de cartón —reparó la anciana—. Y te recuerdo que no iremos a hacer un crucero por el Nilo, pero ¿acaso sabes qué ropa hay que ponerse en Suiza en esta época? ¿Hace calor? ¿Hace frío? Allí todo es neutro, hasta el tiempo.

Satisfecha de su definición del clima helvético, Beth abrió la puerta del horno que estaba a pleno rendimiento y sacó de allí la veintena de *kouignettes* doradas en su justo punto que había dentro. Luego se dispuso a meter una segunda hornada. Eso daba un olor a mantequilla derretida a toda la casa. Ambroise se comió sus tres tostadas sin verdadero apetito. Sentado en el alféizar de la ventana, el minino, ocupado en su aseo, disfrutaba de los primeros rayos de sol. La víspera, el joven, armado de todo su valor, había ido en busca de Odile Chambon. Esta había estado a punto de desfallecer al ver al amor de su vida en carne y hueso plantado en el umbral de su puerta. No entrar, sobre todo no entrar, se había repetido Ambroise a sí mismo en el momento de tocar el timbre. Basta con «Buenas noches, Odile, ¿puede usted cuidar el gato unos días? ¿Sí? Gracias, adiós». Pero mientras la orden de bajo ningún concepto poner los pies en terreno minado daba vueltas una y otra vez en su cabeza, Bueno-bonito-y-Chambon lo había cogido ya por el brazo y lo arrastraba hasta el interior de su antro. ¿Té? ¿Café? ¿Cerveza? ¿Champán? Siéntese, se lo ruego. No sentarse, sobre todo no sentarse. Café, gracias. ¿Con azúcar, sin azúcar? No, sin azúcar, había farfullado él. Ojos de mantis religiosa, tiene ojos de mantis religiosa, había pensado tomando asiento en el sofá del salón. Habla, habla enseguida, amigo, antes de que ella te devore. «El otoño ha empezado pronto este año, ¿no le parece? ¿Ha visto que han comenzado a hacer obras en la rue de la Serpentine? Por el alcantarillado, supongo. O el cableado. Ahora están poniendo fibra óptica por todas

partes». Durante varios minutos, Ambroise había hablado de todo y de nada, parapetándose detrás de una muralla de palabras sin pies ni cabeza. ¿Qué coño hacía Beth? Habían convenido que, si él no estaba de vuelta al cabo de diez minutos, ella debía acudir a liberarlo pretextando cualquier excusa. El timbrazo estalló en el instante en que Ambroise había llegado al límite de su logorrea. «Buenas noches, Odile. Ambroise, ¿puedes venir?, el señor Bourdin está al teléfono y pregunta por ti», había mentado con aplomo su abuela. Él se despidió no sin antes excusarse ante la solterona. «¿Ha dicho que sí a lo del gato?», le había preguntado Beth mientras subían por la escalera. Ambroise se pegó un golpe en la frente maldiciendo. ¡Joder, el gato! Debido al pánico que le había entrado se había olvidado por completo del motivo de su visita a Odile Chambon. Fue finalmente la vieja quien se encargó de pedirle el favor a la portera. A falta del amo, la idea de poder mimar al gato de Ambroise Larnier durante cinco días había vuelto loca de contento a la enamorada, la cual aceptó ocuparse del micifuz con entusiasmo, antes incluso de que Beth hubiera terminado la frase.

Una vez que se comió su última tostada, Ambroise fue al cuarto de baño con el fin de lavar el instrumental. Luego cerró su equipaje y se vistió para ir a buscar la furgoneta a la cochera.

—Estaré de vuelta dentro de media hora, estate preparada. Le dije al señor Dinsky que saldríamos a las diez en punto. Cuando salgas, no te olvides de dejar a Buenobonito-y-Chambon el arenero y las galletitas.

—¡Y el gato! No podemos olvidarnos del gato —bromeó amablemente Beth.

La Mercedes Vito esperaba a Ambroise en el *parking* de la empresa. Después de haber cogido las llaves en la oficina y trasladado el material de tanatopraxia de su utilitario a la furgoneta, se puso en camino. Le bastaron unos pocos minutos para familiarizarse con el nuevo vehículo. Beth esperaba a su nieto en la entrada del edificio. Vestida de negro de los pies a la cabeza, la vieja habría parecido toda ella una viuda desconsolada, de no ser por la cesta con *kouignettes* que llevaba colgada del brazo. Costó un mundo obligarla a quitarse el velo de la cara y los guantes negros de las manos. «A ver si nos aclaramos, ¿estamos de duelo o no estamos de duelo?», refunfuñó metiendo el velo de tul y los guantes con puntillas en su bolso. «Acompañamos a la familia, no somos *la* familia, Beth», le explicó pacientemente Ambroise, poniendo el acento en el último *la* al mismo tiempo que iba en busca del baúl militar. Subieron una vez más al piso para coger al gato, el arenero y las galletitas. Odile Chambon los esperaba en su rellano, maquillada como un coche robado que parpadeara todos sus intermitentes. «Ven con Odile, mi conejito —susurró quitándole a Ambroise el gato de los brazos—. Mamita se ocupará de ti, ya verás. Vamos a estar muy bien, como dos tortolitos», añadió intentando clavar sus ojos pintados en la mirada huidiza del joven. «Le he hecho un flan de ciruelas —la interrumpió Beth—. Se lo pongo en el aparador. Tenga cuidado en no dárselo todo de golpe —agregó—, porque después necesita una semana para recuperarse». Ya en la carretera que los llevaba a casa de Samuel Dinsky, la anciana no pudo ocultar su inquietud:

—Espero que todo vaya bien. Le ha llamado *mi conejito*, ¿te has dado cuenta?

—Entre nosotros, no parece que a él le haya molestado mucho. ¿No será que estás celosa?

—¿Celosa de qué? Te recuerdo que a mí no me gustan los gatos.

—¿Y si ella tuviera razón? La verdad es que parece más un conejo que un gato, con esa colita. Tendremos que probar a darle zanahorias a la vuelta.

—¡Qué tonto eres, Dios mío! En fin, cuéntame cómo es ese señor Dinsky.

—No parece estar más en forma que su gemelo muerto, pero es encantador, ya verás. Y su selva negra vale tanto como tus *kouign-amann*.

—¿Tú crees que me dejará ir delante? Me mareo en los transportes.

—Hay tres asientos delante, no sé si te has dado cuenta. El asiento de atrás, al lado del compartimento funerario, es para el cuarto portor en los entierros.

El portón de la entrada estaba abierto. Ambroise aparcó la furgoneta en el patio que había delante del chalé y pidió a Beth que esperase dentro del coche. El Samuel Dinsky que lo recibió parecía aún más débil que el que había encontrado la semana anterior. El hombre flotaba dentro de un traje que parecía dos tallas más grande. Los

cabellos blancos que dejaban ver su cráneo estaban meticulosamente peinados. Un residuo de barba sin afeitar lucía en una de sus mejillas. Ambroise no se atrevió a indicárselo. Lo alivió de su equipaje, una maleta medio de tela y medio de cuero que lo sorprendió por su liviandad. Samuel Dinsky contempló un buen rato el salón antes de abandonarlo y luego dio una vuelta por cada habitación por última vez, asegurándose de que los postigos estuvieran bien cerrados y todas las luces apagadas. Después de cerrar la puerta, dejó la llave debajo de una maceta de geranios que había a la entrada. Hizo un gesto de dolor y se asió del brazo de Ambroise para bajar los pocos peldaños de la escalinata. Con la claridad exterior, la migraña había redoblado su violencia. Los rayos de sol eran como agujas al rojo vivo que penetraban en sus retinas. Se volvió una vez más para contemplar a través de sus ojos medio cerrados la casa en la que había pasado la mayor parte de su vida. El anciano tomó asiento al lado de Beth, que se había echado a un lado para ocupar la plaza del medio.

—Élisabeth —se presentó ella tendiéndole la mano—, su acompañante.

—Encantado, señora. Samuel Dinsky, para servirla.

—¿Me permite?

Beth sacó un pañuelo del bolso y limpió la mejilla del hombre.

—A mi difunto marido le ocurría lo mismo. No había mañana en la que no se dejara olvidado algún resto de espuma de afeitar en la cara. Cuando no era en la mejilla, era en el lóbulo de la oreja, en la barbilla o a veces incluso directamente en la punta de la nariz.

—Gracias, señora.

—Beth, llámeme Beth, me gusta más.

—Gracias, Beth.

Morges estaba a poco menos de seis horas por carretera, siete contando las paradas. Si todo iba bien, Ambroise había calculado que podían llegar al hotel a orillas del lago Lemán por la tarde. El joven se alegró de haber escogido partir a media mañana, entre los atascos de las ocho y la salida para almorzar del mediodía. Después de haber atravesado los últimos suburbios, tomaron la autopista en dirección al norte.

—¿Hace usted esto desde hace mucho tiempo? —interrogó Samuel.

La pregunta iba dirigida a Beth.

—¿A qué se refiere? —preguntó la anciana.

—El voluntariado, el acompañamiento a los familiares.

—La verdad, si quiere que le sea franca, esta es la primera vez.

Ambroise cortó la conversación lanzándose al botón de la radio para buscar el canal 107.7.

—¿Hay que tener la radio puesta? —preguntó ella un poco irritada.

—Me gusta escuchar Radio Ruta. Así estamos prevenidos en caso de embotellamiento o de accidente.

—¿No te basta con tus ojos para darte cuenta? ¡Menudo conductor estás hecho!

Ambroise dirigió una mirada sombría a su abuela, la cual se sumió en un silencio mohíno. Menos de diez minutos después, el indicador PRÓXIMA SALIDA: PONT DU GARD sacó a Samuel de su letargo.

—Perdóneme, señor Larnier, ¿sería demasiado pedirle que hiciera un pequeño desvío hacia el puente? Hace una eternidad que no lo veo.

—¡Ay, sí! —se entusiasmó Beth aplaudiendo como una niña a la que acabaran de prometer una vuelta en tiovivo.

—Vamos a ver, aún queda mucho camino y no me gustaría llegar de noche.

—No te pide que te desvíes mucho. Y además, como ayudante voluntaria encargada de asistir a los familiares, me parece que es una buena idea que contribuye a aliviar la pena del señor Dinsky.

—Samuel, llámeme Samuel.

Los dos parecían haber empezado a entenderse como si estuvieran a partir un piñón. Derrotado por dos votos contra uno, Ambroise tomó la salida 23 en dirección a Remoulins, no sin antes haber fulminado de nuevo con la mirada a su abuela. Tuvo el desagradable presentimiento de que su estimación de la hora de llegada no había acabado aún de ser revisada al alza. Volvieron a la carretera a las doce en punto, después de que Samuel hubo contemplado por última vez los viejos arcos de piedra que se realzaban sobre el azul del cielo.

La primera parada para satisfacer las necesidades naturales fue solicitada al unísono por Beth y por Samuel en el kilómetro 96, a la altura de la intersección de Montélimar Sur. Ante las súplicas cada vez más imperiosas de sus pasajeros, Ambroise no tuvo más remedio que pisar el acelerador para llegar hasta la salida más cercana.

—Va a haber tormenta, he visto un relámpago —hizo notar Beth.

—Me parece que yo también —confirmó Samuel.

—Y es raro, porque no hay ni una nube —constató la vieja aproximando su cara al parabrisas para escrutar mejor el cielo.

—Quizá haya sido un relámpago de calor —propuso su vecino.

—Solo estamos a veinte grados. No hace tanto calor con veinte grados como para que haya relámpagos. Suelen ser más bien por la noche.

Concentrado en la conducción, Ambroise no se tomó la molestia de explicar a los dos ancianitos que aquel relámpago que habían visto no provenía del cielo, sino del radar fijo que acababa de inmortalizar el instante en que el vehículo de la empresa Roland Bourdin e Hijo alcanzaba la velocidad más que respetable de ciento cincuenta y ocho kilómetros por hora. Entró por la desviación que llevaba al área de servicio de Montélimar Este y se metió en el primer estacionamiento disponible. El joven observó con una sonrisa cómo Samuel y Beth renqueaban al unísono hasta llegar a los aseos. Cuando bajó para estirar las piernas, llamó su atención un coche de color verde manzana aparcado unos cien metros más arriba.

Había visto ese mismo vehículo antes, en el *parking* del pont du Gard. No había nada excepcional en ello. Sin embargo, notó que un hormiguillo lo inquietaba. Un verde así no era fácil de olvidar, y estaba seguro de haber visto ya ese automóvil en el pasado, pero no llegaba a recordar en qué circunstancia. Beth lo sacó de su abstracción cuando regresó del aseo.

—Creo que lo hemos perdido —anunció ella preocupada.

—¿Cómo que lo hemos perdido?

—¡A Samuel! No lo he visto salir. Ya debería estar aquí.

—No te muevas mientras voy a ver.

Ambroise atravesó el *parking* a la carrera y se precipitó en el servicio de caballeros. En vista del estado de debilidad en que se encontraba el octogenario, no era descartable la eventualidad de que se hubiera desmayado. Mientras lo llamaba por su nombre, el joven se agachó para mirar por debajo de las puertas de todos los cubículos, esperando de un momento a otro descubrir un cuerpo desvanecido sobre el embaldosado suelo. Acabó por hallarlo cerca de la entrada de la tienda de la gasolinera, delante del expositor de gafas de sol.

—Señor Dinsky, tenemos que irnos. ¿Se encuentra bien? —se alarmó Ambroise al ver las gruesas lágrimas que rodaban por las hundidas mejillas del anciano.

—Sí, sí. Vamos, no es nada, no se preocupe. Solo un mal recuerdo que he tenido.

El hombre parecía totalmente afectado, y Ambroise tuvo que ayudarlo a llegar hasta el vehículo.

Ante la mirada inquieta de su abuela, el joven la tranquilizó. «Todo va bien», le susurró volviendo de nuevo a ocupar su asiento al volante. Con un discreto gesto del índice sobre la boca, advirtió a Beth de que lo mejor por ahora era guardar silencio y dejar que el viejo se recuperara de sus emociones. Mientras conducía la furgoneta por la vía de aceleración para meterse de lleno en el torrente circulatorio, observó por el retrovisor que el vehículo perseguidor hacía lo mismo. Pura coincidencia, trató de convencerse, pese a que persistía el hormigueo acerca de aquel cacharro que se les había pegado a las ruedas desde que salieron. No había más que un medio de salir de dudas. Como había visto muchas veces en el cine, Ambroise redujo poco a poco la velocidad, pasando de ciento treinta a menos de ciento diez, y luego aceleró bruscamente antes de aminorar de nuevo. En el retrovisor, el coche verde crecía, luego desaparecía para volver a crecer otra vez, en función de los sucesivos acelerones y desacelerones, mientras su conductor intentaba mantener como podía los cien metros de distancia que lo separaban de la furgoneta. No había ninguna duda de que los seguía. ¿Qué podía querer de ellos para pegarse a su estela durante tantos kilómetros? Ambroise no tenía enemigos personales ni secretos que revelar, y lo mismo podía decirse de su abuela. Tal vez no fuera ese el caso de Samuel Dinsky, quien, dándose las de octogenario inofensivo, quizá llevara una doble vida. Al cabo de media hora, Beth, una vez más, lo sacó de sus pensamientos.

—Ha pasado ya una hora y media. No sé qué piensa Samuel, pero creo que ya podríamos parar a comer algo —propuso ella.

—Cruzamos Valence y paramos —la tranquilizó Ambroise—. En la siguiente área de servicio hay un restaurante de carretera, si el señor Dinsky está de acuerdo.

—¿Qué dices? ¿Un restaurante de carretera? ¡Sí, hombre, y qué más! Con un área de pícnic tenemos de sobra. He preparado un almuerzo para todos. Forma parte de las atribuciones de la acompañante ocuparse del bienestar de los familiares —añadió dirigiéndose a su nieto con voz maliciosa.

—Pero el señor Dinsky tal vez prefiera la comodidad de un restaurante en vez de una mesa de pícnic.

—¡En absoluto, todo lo contrario! Hace lustros que no como al aire libre. Aunque apenas tengo apetito, me encantará hacer los honores a lo que usted haya preparado, Beth —la aduló Samuel.

Dos votos contra uno. Por segunda vez, Ambroise tuvo que plegarse a esa mayoría. Al ver el indicador que anunciaba el área de descanso Los Frutales, el joven se puso en la fila de la derecha.

—¡Qué bonito nombre para un lugar donde hacer un pícnic! —se entusiasmó la

anciana.

En esa época del año, el *parking* estaba casi desierto, y las pocas mesas y bancos diseminados sobre el ralo césped después de un verano de pisoteo intenso aparecían desocupados. Ambroise aparcó la Vito a la sombra de un árbol, apagó el motor y se bajó. El coche de su perseguidor se había detenido a la entrada del área de descanso, pero su motor seguía al ralentí. Él optó por ignorarlo, con la esperanza secreta de que, quienquiera que fuese, se hubiera cansado ya de su estúpido juego del gato y el ratón.

—¿Dónde has puesto el almuerzo?

—En la cámara de detrás.

—¿Cómo que en la cámara? ¿Qué cámara? —se atragantó Ambroise, temiendo haber comprendido demasiado bien a qué cámara se refería Beth.

—Pues la frigorífica, ¿o acaso sabes de otra? ¿Tenemos la suerte de viajar con una nevera ambulante y tú pretendes que no la utilice para preservar del calor mis ensaladas y mis tarrinas?

—Por supuesto —profirió el joven abalanzándose hacia la puerta trasera del vehículo.

Para su gran alivio, el compartimento refrigerado reservado para el transporte de los cuerpos estaba vacío.

—¿Ha visto cómo se lo ha tragado? ¡A la primera, ese es mi Ambroise! —se burló ella con dulzura—. Desde muy pequeño, siempre ha sido así. Ingenuo como un ángel. Es lo que más podía enervar a su padre, por cierto, aunque para mí, y entre nosotros, encuentro que eso tiene cierta grandeza de espíritu. ¡Pero bobalicón, si lo tengo todo dentro de la bolsa isotérmica que puse en el asiento de atrás!

—Parece que lo conoce usted muy bien —le hizo notar Samuel mientras ambos viejos caminaban por el césped en dirección a las mesas.

—Le diré la verdad, soy su abuela, pero chitón, en el trabajo él prefiere que mantengamos una relación estrictamente profesional.

Escogieron la mesa más resguardada del sol, con el fin de evitarle a Samuel el malestar que le producía el brillo de sus rayos. Beth desplegó un gran mantel de tela de vichí y puso a continuación los cubiertos.

—Pícnic o no, no somos salvajes. Los manteles de papel, los platos de cartón y los vasos de plástico se los lleva el viento, le quitan la gracia a la comida y degradan el vino. He preparado una salsa *rémoûlade* casera, ensalada de pepino y filetes empanados de buey con *mozzarella* —enunció la anciana a medida que les quitaba el envoltorio a las vituallas y las enseñaba—. Hay *rillettes* de pato y paté de hígado de ave. Para quien prefiera pescado, he hecho una tarrina de salmón. Todo casero. En cuanto al queso, he pensado que un Pavé d’Affinois, un trozo de Tomme de Savoie y una porción de brie podían ser los más convenientes. Y todo bien regado por un Saint-Joseph. ¿Qué me dicen?, ¿les parece bien un Saint-Joseph?

Pasmados a la vista de tal profusión, Ambroise y Samuel no supieron qué contestar.

—¡Miren qué tiempo tan espléndido! No hay duda de que el otoño es una buena estación para salir —observó Beth mientras untaba una rebanada de pan de pueblo con una generosa capa de *rillettes*.

—Una buena estación para salir —repitió Samuel casi en un susurro.

Tal como había prometido, Samuel hizo los honores a los platos preparados por Beth. Probó un poco de cada uno de ellos, llegando incluso a repetir la *rémoulade*. La anciana insistió en que mojara sus labios en el Saint-Joseph y él acabó por aceptar el culín que ella le tendía. Un tanto apartado, Ambroise comía de pie, vigilando de reojo el coche verde. A esa distancia no lograba distinguir del conductor más que una silueta oscura a través del parabrisas. Cuando llegó el momento del queso, Samuel tuvo que rendirse a la evidencia de que había sobreestimado la capacidad de su estómago para recibir tanta comida, por muy excelente que fuera. El dolor que retorció sus sienes se hizo más punzante que nunca y, viniéndole una arcada, se excusó para abandonar la mesa y dirigirse a los aseos a paso tembloroso. Beth se precipitó hasta llegar a su lado y ofrecerle su brazo. «Está bien, yo me ocupo», gritó en dirección a su nieto mientras acompañaba al pobre hombre al edificio situado a unos treinta metros de allí. Ambroise asintió y luego volvió a concentrarse nuevamente en el objeto de su observación. La mancha verde que había en el límite de su campo visual se movía. El vehículo de su perseguidor se había puesto en marcha y cruzaba el *parking* a toda velocidad. Contra lo que cabría esperar, el coche fue a ponerse justo al lado de la Mercedes Vito rechinando los neumáticos. El corazón de Ambroise incrementó sus palpitaciones. En un reflejo procedente de la noche de los tiempos, apretó los puños, dispuesto a pelearse si hacía falta. El motor dio dos espasmos antes de decidir calarse. Por extraño que pareciera, la imagen que ese Polo de color tan raro no había llegado a despertar hasta ahora en él, es decir, la de una joven furiosa y envuelta en llanto que lo empujaba bajo una lluvia de improperios, la despertó el curioso hipido humeante que emitió el cacharro al calarse. Y mientras esa misma joven bajaba del coche y se dirigía hacia él a paso decidido, Ambroise pensó que era aún más bella de lo que recordaba. Algo menos de un metro setenta y cincuenta y cinco kilos, calculó con su ojo experto. Con una túnica ligera, vaqueros y mocasines blandos, su modo de vestir indicaba una tranquilidad que su andar nervioso desmentía. Clavó su mirada en los ojos de Ambroise.

—Escuche, estoy segura, porque lo conozco, de que él no querrá oír hablar de nada de esto, pero ¿no cree usted que para el problema de ese hombre existe una alternativa diferente de lo que usted se dispone a cometer?

—Ambroise. Ambroise Larnier —se presentó.

Ella prosiguió con el mismo tono seco, ignorando la mano que él le tendía.

—¿Cuánto le ha pagado por esto, eh, cuánto? ¡Ja! Tiene gracia, yo creía que las pompas fúnebres se ocupaban de los muertos y no de los vivos —ironizó ella.

—Oiga, no sirve de nada que se excite. Solo estamos cumpliendo la voluntad del señor Dinsky, como solemos hacer con todos nuestros clientes. No sé de qué

alternativa me habla, pero siempre hemos procedido así y, la verdad, no veo dónde está el problema.

—¿El problema? Yo voy a decirle dónde está el problema: lo que yo veo es a un viejo que no está en condiciones de soportar un viaje como este, a un hombre que tal vez no esté en plenas facultades mentales, animado en su proyecto por gente cuyo principal objetivo es su propio beneficio, su beneficio y nada más.

—Bueno, estoy de acuerdo en que el señor Dinsky quizá no haya calculado bien sus fuerzas, por lo que se refiere a su capacidad para soportar un viaje así, y nosotros puede que tampoco, pero...

—Calculado sus fuerzas, calculado sus fuerzas... Pero ¿se está usted oyendo? Sin ser un especialista, debería darse perfecta cuenta de que la gente que llega a estos extremos no goza de una forma precisamente olímpica, ¿no cree?

Tenía una manera extraña de repetir dos veces algunas frases, lo cual la hacía más fascinante a ojos de Ambroise.

—Aunque a usted le desagrade, y no cabe duda de que todo cuanto sale de mi boca le desagrada, no estamos aquí para juzgar el capricho de una persona ante el dolor. Y le diré que, en la medida en que su solicitud no tenía nada de excepcional, consideramos completamente normal atenderla de manera favorable, punto.

Era la primera vez que se oía a sí mismo pronunciar semejantes palabras. ¿Acaso estaba obligado a soltar ese discurso de charlatán gilipollas? Quizá eso sería propio de Bourdin, pero no de él; encima, ella también lo presionaba, al echarle la bronca como si fuera el último de los granujas.

—¿El capricho de una persona ante el dolor? Me da usted ganas de vomitar, con sus preciosos topicazos.

—Oiga, Manelle...

—¡Ah, así que además sabe cómo me llamo! ¡Mira qué bien! El señor Enterrador sabe mi nombre.

—No soy enterrador —protestó el joven débilmente.

—¡Claro, no, por supuesto! ¿Y cómo hay que llamarlo entonces? ¿Señor Gran Gestor de pompas fúnebres? ¿O Caronte, como el que lleva el alma de los muertos a través de la laguna Estigia en su pútrida barca? Sí, lo de Caronte le va de perlas.

En ese preciso momento, Samuel, de regreso de los aseos, se sentó de nuevo en el banco, siempre agarrado del brazo por Beth. El octogenario había recuperado el color. Después de vomitar en cada una de sus crisis, el tornillo que apretaba su cabeza se desenroscaba un poco más. Al ver a su asistente domiciliaria, el rostro del viejo se iluminó con una sonrisa.

—¡Ha cambiado de opinión! —se entusiasmó con voz esperanzada.

—Aunque no deje de pensar que está usted cometiendo un error, no podía abandonarlo así como así —dijo ella cogiéndole las manos—. Después de haberme ido el otro día como una ladrona, me sentí avergonzada. Deseo acompañarlo, sí, pero con una sola condición, señor Samuel-Dinsky-que-no-quiere-oír-nada: que me

permita tratar de hacerle cambiar de opinión tantas veces como me sea posible hacerlo. —Esto último se lo susurró al oído.

—Si ese es todo el precio que debo pagar para tener la dicha de tenerla a mi lado, entonces de acuerdo, pero yo también tengo una condición.

Al decirlo, el anciano se levantó y llevó a Manelle aparte, con el fin de estar a su mismo nivel de voz.

—Me gustaría que todo esto quedara en secreto entre usted y yo el mayor tiempo posible. El joven que ve usted ahí, un joven encantador por lo demás, no está al corriente de mi proyecto. La versión oficial es que vamos a Suiza para traer a nuestro país el cuerpo de mi hermano gemelo fallecido. Ni más ni menos.

Manelle casi se atragantó.

—¿Quiere usted decir que ese individuo no sabe nada de sus intenciones, nada de la asociación Alivio, que no tiene ni idea del motivo de este viaje?

—Absolutamente ni idea.

—Pero ¿por qué inventarse esa historia del hermano gemelo?

—¿Por qué? Simplemente porque era mucho más fácil mentir que decir la verdad. Usted conoce muchas empresas funerarias que habrían dicho: vale, lo llevamos vivo y lo traemos muerto, no se preocupe. A la ida, ir sentado delante, y a la vuelta, regresar echado detrás. A nivel deontológico no sería aceptable. Pensé que, una vez ante los hechos consumados, la mentira carecería de importancia. No habrá más oportunidad que esta para traer mi cuerpo de vuelta y así el último de los Dinsky pueda reposar en el panteón familiar. Y he pagado un precio muy alto para que la empresa contratada se sienta moralmente comprometida y lleve a cabo el trabajo hasta el final.

—Cuesta creerlo —soltó Manelle dando un suspiro—. Samuel Dinsky, es usted el mayor mentiroso que he conocido —lo riñó afectuosamente, agitando el índice como si le diera una reprimenda a un niño.

—¿Quién es? —preguntó Beth a su nieto mientras guardaba los restos de la comida a la vez que le echaba un vistazo a la joven con el rabillo del ojo.

—Un hada, un demonio, quizá las dos cosas, no tengo ni idea —contestó Ambroise confuso.

Beth se acercó a la furgoneta en busca del termo de café y de la cesta de *kouignettes*.

—Levantarse de una comida sin haber tomado postre es como salir de misa sin haber comulgado —propinó la frase depositando los pasteles caramelizados en medio de la mesa.

Samuel había esperado a que la anciana volviera a su sitio para hacer las presentaciones.

—Manelle, tengo el gusto de presentarle a Élisabeth, que consagra su tiempo y su experiencia al acompañamiento de familiares...

—Beth, tiene que llamarme Beth.

—... y Ambroise, nuestro chófer, pero ya ha tenido ocasión de conocerle, por lo que me parece.

—Mis excusas —balbuceó Manelle retorciéndose las manos.

El brusco cambio en el comportamiento de la joven desconcertó a Ambroise. Toda la hostilidad hacia él de la que había dado pruebas unos minutos antes parecía haberse volatilizado como por arte de magia, reemplazada por un sentimiento de avergonzamiento evidente.

—Manelle es la persona encargada de ayudarme en la vida diaria —prosiguió Samuel.

—¿Una enfermera privada? —preguntó Beth.

—No, nada de eso, no. Manelle es lo que se llama una asistenta domiciliaria. Viene a casa una hora al día, con el fin de ocuparse de las tareas que mi edad me impide llevar a cabo. No les oculto que, en realidad, se ha convertido en mucho más que eso. Ella ha sabido hacer de esa hora una fiesta. Y con el tiempo, he acabado por ver en ella el sueño de la nieta que nunca he tenido. Una nieta que vendría todos los días de la semana a saludar a su abuelo, darle un rato de conversación, a veces quedarse a comer. He llegado a vivir esperando esa hora que habría de transcurrir respirando su presencia, escuchando su voz, oyendo su risa, padeciendo sus enfados, recibiendo sus cariños. Por eso me ha parecido muy normal pedirle que me acompañara en este curioso periplo fúnebre que hoy estamos haciendo. No sabía entonces que iba a verme beneficiado por la presencia de una acompañante como usted, Beth.

La Beth en cuestión se sonrojó y se contoneó de satisfacción en el banco.

—Al principio se enojó mucho y se negó a venir, alegando que, en mi estado, un viaje como este era toda una locura, pero parece que ahora ha comprendido que ese acto era sumamente importante para mí y ha accedido a unirse a nosotros.

Mientras decía esas palabras, el anciano había cogido la mano de Manelle. Pese al agotamiento que delataban sus rasgos, halló aún las fuerzas para sonreírle.

—Sin embargo, sigo creyendo que este viaje no tiene nada de razonable — declaró la joven mirando a Samuel con gravedad.

Si el viejo, debido a sus problemas digestivos, se libró naturalmente de las *kouignettes*, su asistenta domiciliaria, en cambio, no pudo sustraerse a ellas. Como no había comido nada desde por la mañana, aceptó con mucho gusto aquella repostería y metió varias veces la mano en la cesta. Para pasar los pasteles, dio unos cuantos tragos de café, extasiándose por la calidad de su sabor. «Qué bueno está todo», concluyó. En ese instante, Manelle Flandin, de profesión asistenta domiciliaria, sin saberlo, acababa de pasar al bando de la buena gente, según los criterios de la anciana, que le puso cara de mirarla con los ojos.

En el momento de reanudar la marcha, Manelle insistió en llevar a Samuel en su coche. Quedaban un poco menos de cuatro horas de camino para llegar a Morges. Cuatro horas, la única y última oportunidad que tenía de intentar que el viejo abandonase su funesto plan. Pero el Polo decidió otra cosa. Después de varios tirones al arrancar, el motor tosió y se ahogó antes de callar definitivamente en medio de un apestoso olor a aceite y vapores de gasolina. La joven golpeó el volante unas cuantas veces, echando juramentos por la boca.

—¡Joder! ¡No me puedo creer que me pase esto ahora! ¡No es posible, mierda!

—Nada grave, Manelle, es solo algo material —la consoló el octogenario, sentado a su lado.

—Pero ese no es el problema, ¿no se da cuenta? —se irritó ella tratando de arrancar el coche una vez más.

—Pare, no vale la pena que insista, está muerto —sentenció Ambroise.

El gran charco de líquido anticongelante que se había formado debajo del coche mostraba con suficiente elocuencia la gravedad de la avería.

—Tenía que ser un tipo de pompas fúnebres el que me dijera que está muerto — explotó la joven con una risa histérica.

Apoyó quejumbrosa la cabeza en el volante.

—No te jode...

Todas las esperanzas que el prometido y prolongado cara a cara con el viejo habían hecho nacer en ella se desvanecieron de golpe.

—Escuche, si no es un incordio para usted dejar su coche en el *parking*, podemos llevar a cuatro sin ningún problema en el coche fúne... en la furgoneta —rectificó el joven—. Y en cuanto a su coche, llamaremos a una grúa a la vuelta y encontraremos una solución.

Sí, además, a la vuelta solo seremos tres en la furgoneta, sin contar al muerto. Estaremos a nuestras anchas, los tres, sí, le dieron ganas a la chica de gritarles a la cara a ese tío y al emoticono angelical que lo acompañaba y que parecía siempre tener un humor inalterable en cualquier circunstancia. Vencida, Manelle tuvo que rendirse a la evidencia de que no tenía más opción que aceptar la sugerencia del muchacho. Sacó del maletero una pequeña bolsa de viaje en la que había metido al

buen tuntún algo de ropa antes de partir, cerró con llave el coche y se dirigió hacia la furgoneta fúnebre, flanqueada por los dos octogenarios.

Ambroise abatió el asiento lateral que servía de asiento trasero. Infringía otra vez el reglamento de la casa Roland Bourdin e Hijo, que prohibía cualquier presencia ajena a la empresa a bordo de los coches fúnebres y demás vehículos de la empresa. Antes de sentarse, Manelle miró con desprecio el compartimento refrigerado que ocupaba buena parte del espacio.

—Es el lugar del cuarto pasajero —le explicó Beth volviéndose hacia ella y dándole unos golpecitos en la rodilla antes de ayudar a Samuel a abrocharse el cinturón, harta feliz de volver a hallar a su vecino de la derecha.

Reemprendieron la marcha. El habitáculo se llenó enseguida de los ronquidos de los dos ancianos, que se durmieron casi a la vez, mecidos por el suave ronroneo del motor y el hilo de música que salía de la radio. Ambroise echaba con regularidad algún vistazo por el retrovisor central en busca de la mirada de la joven, pero esta una y otra vez rehuía la suya. Durante aproximadamente media hora, cada uno esperaba que el otro dijera algo. Había cierto embarazo palpable entre los dos. Finalmente fue Ambroise quien se lanzó al agua justo cuando atravesaban Grenoble.

—¿Hace mucho tiempo que está a su servicio?

—En realidad, nunca he tenido la impresión de estar a su servicio —confesó ella—. Con él, la vida parece tan dulce, tan sencilla, como azucarada. Nunca una palabra más alta que otra, siempre considerado. A menudo me pregunto quién está al servicio de quién en esta historia. ¿Y usted, lleva mucho tiempo en este oficio?

—Pronto cinco años.

—¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué los muertos y no los vivos?

Ambroise percibió un matiz sarcástico en el tono de la joven.

—La verdad es que no lo hago para los que se van, sino para los que se quedan. La tanatopraxia es...

—¿La qué?

—La tanatopraxia, el arte de embalsamar a los muertos, si usted prefiere.

—¿También se dedica a eso, a embalsamar a los muertos?

—Es a lo que me dedico sobre todo.

—Quién lo diría. —Manelle puso un gesto como si se estuviera dirigiendo al último de los facinerosos.

—Pero ¿usted qué se cree? —se irritó Ambroise—. ¿Que en la vida hay dos tipos de gente, los buenos y los malos, los que se ocupan de los vivos y los que se ocupan de los muertos, los de sangre caliente y los de sangre fría? ¿Que porque cuide, y sí, señorita, se dice *cuidar* a lo que yo hago, que porque cuide a los difuntos, a los cuerpos, a los cadáveres, a los fiambres, llámelos como le dé la gana, valgo lo mismo que los parásitos que los invaden si yo no intervengo? ¡Ah, claro, las amables

asistentas domiciliarias como usted no lo pueden comprender! Usted es como mi padre, seguro de que él está en la orilla buena del río y de que el tipo que tiene enfrente es un idiota tan insensible como los cuerpos que trata. Pero, mire por dónde, cuido a los muertos precisamente porque soy demasiado sensible. Lo he intentado con los vivos, pero no podía soportar su sufrimiento. Detesto ver morir a la gente, aunque le cueste creerlo. Y vuelvo a decirle que hago esto para los que se quedan, para evitarles ver la cara más repugnante de la muerte. Así que si usted me pregunta por qué me dedico a este oficio, le contestaré con un ejemplo: porque es más fácil para una madre besar la frente de un hijo que parece dormir en una eternidad apacible que quedar atormentada el resto de su vida por la imagen de un rostro devastado por la muerte. Y si mi respuesta no se adecuaba a lo que usted esperaba, lo siento, pero es la mía y no le puedo dar otra.

Ambroise se replegó en sí mismo, con los ojos clavados en la línea del horizonte. Manelle sostuvo la mirada en ese rostro impenetrable, como si lo viera por primera vez. En ese instante, le pareció hermoso. Ese muchacho que hasta entonces había considerado un tipo soso e invisible acababa de revelar facetas de su personalidad insospechadas hasta la fecha. Tras una apariencia de bonachón apocado, se ocultaba en realidad una sensibilidad a flor de piel. La manera como sus ojos habían centelleado mientras se enardecía al hablar había fascinado a Manelle.

—Perdón, no quería ofenderlo —se excusó ella.

—No pasa nada, soy yo, que no debería haberme comportado así, lo siento.

Beth y Samuel pusieron punto final a ese intercambio de excusas mutuas al despertarse. Los dos viejos se estiraron al unísono, antes de suplicarle al chófer una nueva pausa para ir al baño.

Eran más de las cinco de la tarde cuando llegaron al puesto fronterizo que señalaba la entrada en Suiza. Con acento indolente, el aduanero preguntó a Ambroise el objetivo de su viaje. El individuo de uniforme se mostró un tanto intrigado por el extraño pasaje que iba a bordo de lo que tenía toda la pinta de ser un coche fúnebre. El joven explicó el motivo de su presencia, la breve estancia en Morges, a la que seguiría la repatriación del cuerpo del hermano del señor Dinsky a Francia.

—¿Piensa ir por la autopista? —preguntó el aduanero escrutando en el parabrisas para hallar la pegatina correspondiente.

—No, tenemos previsto ir por la nacional bordeando el lago.

El muy rácano de Bourdin había querido ahorrarse el pago del peaje. «¿Algo que declarar?», preguntó el funcionario con tono suspicaz. Un glioblastoma multiforme, le dieron ganas de tirarle a la cara a Manelle. «No», respondió Ambroise, apoyado en su afirmación por Beth y por Samuel, que menearon enérgicamente la cabeza gacha de derecha a izquierda, lo que trajo como consecuencia un incremento de la suspicacia en aquel hombre.

—¿Puede abrir la puerta trasera, por favor?

Ambroise obedeció, no sin mostrar algunos signos de irritación. El aduanero le hizo sacar sus maletines y desempaquetar su instrumental de tanatopractor. Echó un detenido vistazo a los instrumentos y a los frascos y examinó las bombas antes de autorizar al joven a que volviera a poner todo aquello en su sitio.

—¿Puedo ver su documentación, por favor, señores?

El tipo había decidido ponerse meticuloso. Beth, asustada, tardó cinco minutos en hallar su carné de identidad, atrapado en el fondo de su cartera entre su tarjeta sanitaria y su tarjeta electoral. El aduanero escrutó minuciosamente la documentación de los cuatro.

—Señor... Dinsky, ¿verdad? Tiene que ir pensando en renovar su carné de identidad, señor Dinsky. Caducó hace seis meses.

Se lo devolvió todo a Ambroise y los dejó libres soltando un «Por esta vez, que pase» magnánimo.

—¡Así que esta es la linda Europa! —se indignó Beth mientras volvían a la carretera—. ¿Han visto cómo nos han tratado? Como si fuéramos auténticos malhechores. Y esa manera de mirar a todo el mundo con superioridad, desde esa ridícula gorra. Y su «Por esta vez, que pase», como diciendo que la próxima nos meterá directamente en la cárcel sin más miramientos. ¡Brrr, pero dónde estamos!

—En Suiza, Beth, en Suiza —la calmó Samuel tiernamente.

Como bien se temía Ambroise, se encontraron atrapados de lleno en el atasco ginebrino y tardaron más de veinte minutos en cruzar el pont du Mont-Blanc, lo que

dio a Beth tiempo suficiente para admirar el surtidor de agua.

—Bueno, tendrán aduaneros antipáticos, pero hay que admitir que, en materia de surtidores, son imbatibles —reconoció ella con los ojos clavados en el penacho blanco que se elevaba en las alturas hasta el cielo.

El tráfico por la nacional entre Ginebra y Morges resultó ser más fluido de lo esperado, y la Mercedes Vito penetró en el *parking* del Regent un poco antes de las siete de la tarde, en el instante en que la noche abrazaba las aguas del lago. Entraron en el inmenso vestíbulo. Unos enormes espejos adornaban las paredes. La iluminación finamente tamizada que caía desde lo alto del techo daba al mármol de las columnatas un tono cálido. Una espesa moqueta amortiguaba los pasos. El lugar rezumaba lujo. La recepcionista confirmó las tres reservas. La habitación 101, en el primer piso, para Samuel, la 103 para Beth, y la 236, en el segundo piso, para Ambroise. El hotel estaba completo, Beth propuso compartir su habitación con la joven. Manelle aceptó.

—Si el tamaño de las habitaciones es proporcional al de la recepción, no hay ningún riesgo de que nos pisemos —bromeó la anciana.

El botones que subió el equipaje a las habitaciones no pudo disimular su sorpresa ante el baúl militar de Beth. «Para cambiar un poco de tanto Vuitton», admitió la vieja. Manelle acompañó a Samuel hasta su habitación. El octogenario se derrengó al borde de la cama, que equivalía al borde de sus fuerzas. La asistenta domiciliaria le tocó la frente. Estaba empapada de sudor.

—Tiene fiebre. ¿Ha traído sus medicinas? —preguntó ella.

—Sí, la agenda semanal está en el neceser. Todavía me pregunto por qué la he traído. Un acto reflejo idiota.

—Yo le voy a decir por qué se ha traído ese pastillero, Samuel Dinsky: porque algo muy profundo en su interior mantiene la esperanza. Algo que le dice que, a pesar del dolor, quizá todavía valga la vena vivir días como hoy.

—Si usted lo dice —murmuró el viejo sin convicción.

—¿Quiere comer algo?

—No tengo hambre.

—Entonces lo voy a acostar —dijo ella amablemente, dándole dos tabletas y un vaso de agua—. Está usted agotado. La ducha, ya veremos mañana.

Ante las dificultades del octogenario para desvestirse, Manelle lo ayudó a quitarse la ropa. Lo hizo con toda naturalidad y sin falso pudor. Le quitó pantalones, calcetines, camisa y camiseta, y deslizó el calzoncillo hasta sus pies antes de empezar a ponerle el pijama.

—Y no se aproveche de la situación —bromeó ella—, o me resistiré y alborotaré a todo el hotel gritando y pidiendo ayuda.

—Yo sé de un joven Apolo a quien nada le gustaría más que precipitarse en socorrerla —la chinchó Samuel con voz cansada.

—Prefiero a los viejos forrados de pasta —le soltó ella con malicia mientras lo

arropaba.

—La responsable de la asociación debe venir a buscarme al hotel mañana a las diez para llevarme a la visita del médico. Cuento con usted para acompañarme — suplicó Samuel sujetando la mano de la joven.

—Prometido, pero solo lo hago porque tengo debilidad por los viejos forrados — concluyó ella besándole la frente y saliendo antes de que la pena la embargara.

Manelle regresó a la habitación contigua, donde encontró a Beth en plena euforia, ocupada en ordenar la ropa.

—¿Ha visto? ¡Un armario en el que se puede pasear dentro, qué locura!

—Eso se llama un *dressing* , Élisabeth.

—Beth, por favor, llámeme Beth. Nunca me ha gustado mi nombre. Verá, parece que, dicho así, «Élisabeth», suena bien, ¿no cree? Sin embargo, es raro, si se piensa bien: «Élisa» suena bonito, es ligero, aéreo, pero en cuanto se le añade el «Beth», plaf, es como si se cerrase para caer de repente al suelo. A usted, en cambio, sí que debería gustarle su nombre, es muy bonito Manelle.

—Sí, pero en el colegio los chicos tenían la maldita costumbre de llamarme *Mamelle*.

Unos golpes en la puerta vinieron a interrumpir la conversación de las dos mujeres.

—Entre.

—Brazo derecho lunes, radiante estás —pregonó Ambroise entrando en la habitación.

—Me había olvidado por completo —confesó la anciana avergonzada, y fue a buscar el estuche con la insulina.

—Como puede ver, no me ocupo tan solo de los viejos que están muertos, también pongo inyecciones a los viejos vivos, si llega el caso —le soltó el joven la provocación a Manelle mientras procedía a pinchar a su abuela.

—¿Y con los jóvenes qué hace? —se la devolvió ella al vuelo.

Beth no pudo evitar una sonrisa ante la cara de desconcierto de su nieto, que terminó rindiéndose, vencido antes incluso de haber entrado en combate.

—¿Nos vemos todos abajo para comer? —propuso él.

—Samuel no cenará. Lo he acostado, estaba demasiado agotado como para que le entre la comida.

—Yo también lo estoy, hijos míos. Este viaje me ha reventado. Creo que me vendrá muy bien dormir y guardar fuerzas para los días que vienen. Voy a saciar mi apetito con una o dos *kouignettes* antes de ir al baño, lo cual será lo mejor. No os preocupéis por mí, queridos.

—Vale, muy bien, la espero en el vestíbulo entonces —dijo Ambroise dirigiéndose a la joven antes de salir de la habitación, no sin haber dado a su abuela un beso en la frente.

—¿Siempre es tan atento con usted? —preguntó Manelle a la anciana una vez que

el joven se hubo ido.

—No lo digo porque sea mi nieto, pero es el muchacho más amable del mundo. Y cuando veo cómo se entrega en cuerpo y alma a su trabajo, pienso que los muertos que pasan por sus manos son verdaderamente afortunados.

Llevaba Ambroise un cuarto de hora inmerso en la contemplación de los menús de la carta propuestos por el restaurante del hotel cuando Manelle lo sacó de su lectura. La joven se había tomado su tiempo para cambiarse. Una blusa blanca, un chaleco azul noche descolorido sobre los hombros, unos *leggings* oscuros y, como calzado, unas deportivas de tela. Un ligero trazo de lápiz de ojos realzaba el brillo de su mirada. «Unos diamantes como esos no necesitan joyero para ser hermosos», le había asegurado Beth mientras se maquillaba.

—¿Quería usted comer aquí? —preguntó el joven—. No le oculto que este restaurante es demasiado estirado, para mi gusto, y los precios van en consonancia: excesivos. Pero si no le importa, en vez de cenar sentada en un sillón Voltaire, rodeada de un ejército de camareros al acecho de cada mínimo deseo que tenga, he visto en el mapa que hay un restaurante a menos de quinientos metros, en el muelle, que tiene pinta de ser más simpático. ¿Qué le parece?

—Como usted quiera, yo no tengo casi hambre, en realidad. Las *kounettes* de su abuela son diabólicas.

—*Kouignettes*. Se llaman *kouignettes* —la corrigió Ambroise sonriendo.

—*Kouinettes*.

—No: *gnette*, como en *castagnettes*. *Kou-iiii-gnette*. Repeat after me: *kou-iiii-gnette*.

—*Kou-iiii-gnette* —lo imitó ella.

—*Yes, perfect. And where are the kou-iiii-gnettes?*

—*The kou-iiii-gnettes are in the kitchen* —replicó Manelle entre risas.

El frío de fuera los embargó al salir del hotel. Caminaron muelle abajo en dirección al puerto de recreo que se adivinaba entre un bosque de mástiles inmóviles erguidos en la noche. Unas franjas de bruma se deslizaban por las negras aguas del lago. En la orilla de enfrente, la ciudad de Évian brillaba con todo su esplendor. Es un lugar demasiado bello para morir, pensó Manelle sintiendo un escalofrío.

—¿Quiere mi chaqueta? —propuso Ambroise.

—No, está bien, gracias. Además, creo que ya estamos llegando.

Era un sitio sobrio y cálido a la vez. Unos grandes ventanales acristalados daban al Lemán. Ese lunes de temporada baja tan solo estaban ocupadas algunas mesas, y los dos jóvenes pudieron escoger un emplazamiento a su gusto.

—¿Qué tal ahí? —inquirió Ambroise después de haberle echado el ojo a la mesa que ofrecía la mejor vista sobre la superficie brumosa.

—Muy bien.

—¿Desea beber algo?

—Creo que no me vendría mal.

—¿Vino? ¿Un vino blanco?

Ambroise pidió dos vasos de Chardonnay.

—Estoy preocupado por el señor Dinsky —dijo al cabo de un breve silencio—. La verdad es que no parece estar muy en forma.

—Sí, y no va a mejorar —confirmó Manelle, que volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—¿Cómo es eso? —preguntó el joven.

Ella esperó a que el camarero acabase de llenar sus vasos antes de proseguir.

—Samuel padece de un tumor cerebral inoperable. No le quedan más que unas pocas semanas de vida.

—Mierda.

Había puesto en ese «mierda» toda la desolación del mundo, y la joven se conmovió al ver la tristeza sincera con la que el muchacho había reaccionado ante la noticia.

—Casi va a seguir a su gemelo en la tumba —dijo Ambroise poco después.

—Sobre eso no tiene de qué preocuparse.

—Pero usted acaba de decirme que no le quedan más que unas pocas semanas de vida.

—Sí, eso es verdad. Pocas semanas, siendo optimistas. Pero cuando le digo que no tiene de qué preocuparse, me estoy refiriendo a su gemelo.

Manelle se echó un primer trago afrutado para darse ánimos. Le había prometido a Samuel que guardaría el secreto el mayor tiempo posible, pero había llegado al límite de ese «tiempo posible». Tenía que hablar, que compartir, que encontrar ayuda. No podía seguir siendo la única que cargara con ese peso. Y el hombre que tenía enfrente en ese preciso instante era tal vez el más apto para saber la verdad. Un camarero se acercó para tomar la comanda.

—Más tarde, por favor, gracias —lo despidió educadamente Ambroise.

La joven respiró profundamente antes de continuar.

—Samuel Dinsky no ha tenido nunca ningún hermano, y menos aún gemelo —soltó dando un suspiro.

—¿Cómo? ¿Jamás ha tenido un hermano? Entonces ¿el cuerpo que se supone que hemos de repatriar a Francia?

—El de Samuel.

Ya estaba, ya lo había dicho. Como ella se esperaba, Ambroise se lo tomó más bien mal. Ella no se lo habría tomado mejor.

—Espere, ¿está tratando de decirme que en este momento en que estamos hablando no hay ningún cuerpo que repatriar?, ¿es eso? ¿Que el único cuerpo por el que hemos venido aquí es el de Samuel Dinsky, octogenario y, por lo que parece, bastante vivo a pesar de tener un tumor maligno en el cerebro que, si los especialistas no fallan, debería matarlo en unas semanas?

En las mesas cercanas, unos rostros inquietos se habían vuelto hacia ellos, rostros

que Ambroise ignoró para proseguir.

—¡Es usted muy amable, pero no me tome por imbécil!

—El suicidio médicamente asistido. ¿Ha oído alguna vez hablar de él? —dijo ella con calma.

—Como todo el mundo, más o menos, sí.

—Pues eso es lo que ha elegido un viejo de ochenta y dos años que se niega a ver venir a la muerte a jugar otra vez con él, como ya hizo en el pasado. Son sus propias palabras, Ambroise. Jugar una vez más con él. Me lo contó todo. Deportado con su familia, Samuel conoció el horror de los campos de concentración cuando era niño. El hambre, la enfermedad y esa muerte por todas partes, dando vueltas a su alrededor, rozándolo, escogiendo a sus víctimas sin jamás elegirlo a él. Imagínese a ese mocoso de apenas doce años encargado de recoger las gafas de los que eran llevados a la cámara de gas. Imagínese por un momento lo que pudo vivir allí, lo que debió de sentir viendo pasar delante de él el desfile de seres humanos que le iban dando sus monturas, ignorando muchos de ellos la abominación que los esperaba.

A Ambroise le vino la imagen de un Samuel bloqueado y lloroso delante del expositor de gafas de la gasolinera. «Un mal recuerdo que he tenido», le había dicho el viejo enjugándose las lágrimas.

—Él dudaba, y yo creo que con razón, que una empresa como la suya aceptase, con conocimiento de causa, ser cómplice de un plan como el que él había urdido. Y si le mintió, inventándose lo del hermano gemelo, fue tan solo porque era la única solución para lograr sus objetivos. Su objetivo, para ser más precisos. Hacerse traer hasta aquí, uno de los pocos países donde el suicidio médicamente asistido está autorizado, pillar desprevenida a la muerte y luego hacerse llevar de nuevo a casa. Eso es todo, ahora ya sabe usted tanto como yo —concluyó Manelle dando un buen trago de vino.

—Mierda —repitió Ambroise por segunda vez esa noche.

—Es una asociación que se llama Alivio la que va a ocuparse de él. Su responsable debe pasar por el hotel mañana por la mañana para llevarse a Samuel a una cita de control médico. Luego irá a un piso, donde por la tarde se llevará a cabo su...

Se estremeció y se tragó la palabra *ejecución* que iba a pronunciar.

—Quiere que yo lo acompañe, pero...

La joven no pudo continuar y se echó a llorar. En ese instante, Ambroise tuvo un poderoso deseo de levantarse e ir a estrecharla entre sus brazos, acariciarle el pelo, beber las perlas que rodaban por sus mejillas. De decirle que él estaba ahí, ahora, y que seguiría estando también mañana y todas las mañanas por venir. Pero en lugar de eso, paralizado en su silla por culpa de esa timidez idiota que tanto aborrecía, se limitó a tenderle su servilleta para que se enjugara los ojos.

—Gracias. No llego a hacerme a la idea. Me repito una y otra vez que hay que dejar que la naturaleza siga su curso. Que en medio de todo este dolor que lo devasta

todavía puede encontrar algunos destellos de vida. Y, además, ha habido casos de remisiones, existen las remisiones, ¿no?

—¿Estamos seguros de que es un tumor? ¿De verdad que no hay nada que hacer, ninguna operación posible?

—Ninguna. El especialista ha sido preciso. Está muy extendido en un repliegue de esta parte de aquí. Su estado se degrada a toda velocidad. Esta noche seguía con fiebre, y cada vez es más difícil hacerla bajar. Por no hablar de que vomita casi todo lo que come. Me ha confesado hace un rato que veía borroso y que su vista se desdoblaba por momentos.

Después de un largo silencio, Ambroise tomó la palabra.

—Creo que hemos de respetar su decisión, Manelle. Obviar lo que usted piense y dejar que Samuel se vaya como él prefiere. Y si su último deseo es que usted esté a su lado, entonces hay que acompañarlo. Lo acompañaremos juntos, si quiere.

Manelle guardó silencio. Un silencio a modo de abdicación, pensó ella con amargura. Pero sabía en el fondo que Ambroise tenía razón. Y mañana, junto con ese joven, iría a acompañar a Samuel Dinsky hasta que acaeciese la muerte.

Cuando el camarero volvió a preguntarles si ya habían elegido, seguían sin haber consultado la carta. El apetito que tenía Ambroise al llegar había volado. Más por guardar las formas que por hambre, terminaron por pedir unos lomos de *féra* rebozados, la especialidad de la casa, así como un segundo vaso de vino. Comieron al principio con la punta de los labios, sin convicción, luego, poco a poco, recobraron la vitalidad. Ella se fue animando con los lomos tiernos del pescado, con las patatas crujientes, con lo afrutado del vino, con las risas de las mesas de alrededor, con el reverbero de las luces provenientes de la falda de las lejanas montañas. La vida en sus ojos, en el púrpura de sus mejillas. Entonces se pusieron a hablar, a contarse cosas, se sorprendieron sonriendo e incluso riendo, olvidando temporalmente la insoportable idea del día siguiente que los aguardaba.

Al salir del restaurante, la bruma sobre el lago había espesado y ocultaba la orilla opuesta. El joven se quitó la chaqueta para cubrir con ella los hombros de Manelle, que tiritaba de frío. Caminaron a buen paso y se metieron rápidamente en el vestíbulo del hotel, donde se estaba caliente. Cuando entraron en la cabina del ascensor, la joven se apretó a él y posó la cabeza en su hombro.

—No quiero estar sola esta noche —le suplicó—. Esta noche no. Por favor.

Ambroise la estrechó entre sus brazos, aspiró el aroma de su pelo, se embriagó de su olor. Estuvieron así un rato muy largo, en medio de la cabina, fuera del tiempo y fuera del mundo. Tan pronto como entraron en la habitación 236, se besaron con fogosidad. Sus dientes entrechocaron mientras sus lenguas se encontraban. Ebria de vino y de deseo, la cabeza les daba vueltas. Ese deseo que abrasaba su sangre los incitaba mutuamente con todos los poros de su piel. Se desnudaron sin dejar de besarse, solo se separaron el breve tiempo de quitarse los pantalones. La cama recibió sus cuerpos. Con la respiración entrecortada, Ambroise liberó el pecho de la joven de su sujetador. Ella le arrancó el bóxer.

—Enciende, por favor. Quiero verte —le rogó ella con voz jadeante.

La luz amarilla de los apliques abrió las sombras, halló acomodo en sus curvas, hizo centellear sus ojos, se perdió en el valle que dibujaban sus vientres unidos. Manelle acarició los hombros de él, le abrazó el torso. Ambroise metió uno de los senos de la joven en la palma de la mano mientras su otra mano buscaba un camino entre los muslos. Se estremeció cuando ella le besó el cuello. Ella jadeó por las caricias y aprisionó su mano entre sus piernas cerradas.

—Tómame —le sopló al oído antes de mordisquearle la oreja.

Ambroise entró en ella. Al ritmo de los vaivenes atravesaron juntos la tempestad que latía en sus venas, hasta que el gozo los poseyó para arrojarlos luego sobre las sábanas blancas, juntos, jadeantes y saciados uno del otro, al menos por un tiempo.

Hicieron el amor tres veces más esa noche, mostrando cada vez un mismo deseo. Manelle volvió a la habitación 103 al amanecer. No quería que la anciana se inquietara si descubría su ausencia al despertarse.

Se había puesto una camiseta antes de meterse en la enorme cama junto a Beth, cuyos ronquidos regulares no habían tardado en acunar su sueño. A las ocho, como habían convenido, desde recepción hicieron sonar los teléfonos de las tres habitaciones para que se despertaran.

—¿Pasó usted una buena velada? —preguntó Beth a la joven con algo de malicia en la voz, una Beth que, entre dos ronquidos, se había percatado de la hora más que tardía a la que Manelle se había metido en la cama.

—Maravillosa, sí. Los lomos de *féra* eran excelentes, y los muelles son realmente magníficos.

Beth no dudó ni por un instante que ese «maravillosa» contenía un poco más que lomos de *féra* y un paseo por los muelles, pero no lo manifestó.

Mientras la anciana se preparaba, Manelle fue a la habitación contigua a interesarse por el estado de salud de Samuel. Lo besó en la frente. La fiebre había vuelto. ¿Acaso se había ido alguna vez?, se preguntó. «Esta noche todo irá mejor», ironizó el viejo. La joven lo llevó hasta el cuarto de baño y dejó que el octogenario se hiciera él mismo su propio e íntimo aseo, a la vez que ella sacaba la ropa de la maleta. Camisa verde pastel, pantalón negro, chaqueta verde oscuro. El verde, el color de la esperanza, pensó. Él se dejó vestir dócilmente. Estaba tan agotado como la víspera, si no más. Al igual que los medicamentos, las noches no tenían ningún efecto en él. Manelle le pidió que se echara para descansar un poco mientras la esperaba. «Vuelvo enseguida —le aseguró—, solo tardaré el tiempo de darme una ducha y prepararme». El viejo dormía cuando regresó. Al verlo así, inmóvil y vestido en medio de la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho, creyó por un instante que la muerte, tan tramposa, se había adelantado a sus planes. Le acarició la mejilla y alisó con la palma de la mano el mechón rebelde que él siempre le hacía recolocar cada vez que iba a su casa. Entonces el viejo abrió los ojos y la miró sin reconocerla. Eran los ojos de una persona perdida en medio de ninguna parte.

—Soy yo, Manelle —le susurró ella tiernamente—. Nos esperan abajo para desayunar. Hay que recobrar fuerzas, el día va a ser largo.

La chica se mordió la lengua y pensó que era una idiota. ¿Cuán largo ha de ser el último día de una vida? Se encontraron con Ambroise y su abuela en el comedor, donde habían montado el bufé. Ella saludó al joven con un besito ligero.

—El secreto de un buen bollo es el mismo que el de una bella historia de amor —declaró Beth poniendo sobre la mesa un plato lleno de bollería—. Toda la noche para

que suba, esa es la clave para que esté bien esponjoso.

Ambroise y Manelle intercambiaron una mirada cómplice. La abuela, que no esperaba menos, dio unos golpecitos en la mano a Samuel antes de levantarse a ponerle la servilleta alrededor del cuello.

—Sería un pecado manchar una camisa tan bonita.

La joven le trajo un vaso de zumo de naranja. Él apenas si mordisqueó una magdalena con los dientes. A pesar de la tristeza palpable, Ambroise y Manelle se esforzaron en comer algo, aunque no podían apartar la insoportable idea de que ese desayuno que estaban compartiendo con el anciano sería el último.

—La persona que debe venir a buscarme para ver a mi hermano llega a las diez, ¿no es así, Manelle?

—Lo sabe, Samuel —le confesó ella poniendo la mano sobre su escuálido antebrazo—. No vale la pena mentir, Ambroise está al corriente, se lo conté todo anoche.

—Sí, señor Dinsky —confirmó el joven—, Manelle me lo ha explicado.

—Hoy me haría ilusión que me llamen Samuel.

—Y me gustaría mucho acompañarlo con Manelle, si usted me lo permite, Samuel.

—Partir rodeado de dos ángeles, no habría podido soñar nada mejor.

—Beth —prosiguió seriamente Ambroise volviéndose hacia su abuela—. Samuel, Manelle y yo tenemos algo que decirte.

—Si es para contarme lo del suicidio médicamente asistido, no os canséis, Samy ya me lo ha dicho todo.

—Pero ¿cuándo?

—Ayer, cuando estábamos en el área de servicio de Los Frutales, después de haber vomitado hasta la última papilla en los aseos y después de que yo le confesara que soy tu abuela y no la acompañante voluntaria que se le había hecho creer. No te he dicho nada porque él me había pedido que guardara silencio —continuó ella cogiéndole la mano afectuosamente a Samuel—. Temía que dieras media vuelta.

Decididamente —pensó Ambroise—, todo el mundo menos yo sabe guardar un secreto en esta historia. La responsable de la asociación Alivio entró en el vestíbulo a las diez en punto. Precisión de reloj suizo, se admiró Beth. Emma Besuchet tenía una voz dulce que acentuaba aún más su fuerte acento del cantón de Vaud. De unos cincuenta y tantos, cara agradable, vestida con ropa de color, no aparentaba en absoluto la austeridad que Manelle se había esperado, a excepción de su pelo, recogido en un apretado moño. A la joven le habría gustado odiar a esa mensajera de la muerte, pero ni siquiera logró verla como antipática. Desde el primer momento dio muestras de un delicado respeto hacia Samuel, y su «Buenos días, señor Dinsky» sonó correcto a oídos de la asistente domiciliaria. Después de las presentaciones, Emma Besuchet los invitó a tomar asiento en los sillones y sofás que había a disposición de los clientes en una salita del hotel. Allí, con la mayor claridad, le

explicó a Samuel cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Lo hizo con palabras que Ambroise se sabía de memoria.

—La «partida» se hará a última hora de la tarde, si le parece bien, cuando vaya a caer la noche.

Como unos ladrones, se estremeció Manelle.

—Por supuesto, señor Dinsky, usted será en todo momento dueño de la situación y podrá cambiar las cosas como le parezca. Le recuerdo que la asociación Alivio y yo misma estamos aquí con el único objetivo de acompañarlo en su trance y de hacérselo lo más humano y suave posible. A las once tenemos cita con el doctor Meyan, el médico de la asociación, quien verificará que su estado es completamente compatible con nuestra deontología. Es una formalidad muy sencilla, quédese tranquilo. Para ello, le ruego que me dé su dossier médico.

Manelle sacó la carpeta con la documentación solicitada.

—Gracias. Necesitaré también algún justificante identificativo válido que esté en curso.

—Solo tengo mi documento de identidad —masculló Samuel.

Manelle le quitó la cartera de sus manos temblorosas delicadamente y sacó el carné, que le tendió a Emma Besuchet. Para mayor tristeza de todos, la mujer escrutó detenidamente el rectángulo plastificado.

—Veo que su carné caducó hace varios meses. ¿Tiene otro que certifique su identidad? ¿Un pasaporte o una copia de la partida de nacimiento, por ejemplo, siempre que sea de menos de tres meses, o una fe de vida reciente? ¿No? Esto supone una complicación. ¿De verdad que no tiene más carné que este?

—Bueno, pero, en fin —exclamó Manelle enfadada—, ya ve usted que es él.

—Yo veo un documento cuya fecha de validez caducó el mes de abril. Y es lo único que da fe a nivel legal. Al margen de cualquier consideración humana, consideración que yo comprendo perfectamente, no tenemos la potestad y mucho menos el derecho de juzgar la identidad de nadie de manera puramente arbitraria.

—¡Joder, mire su estado...! ¿No ve cómo se encuentra? ¿Y qué me dice de su dossier médico? ¿También es arbitrario su dossier médico? —se irritó la joven.

Emma Besuchet se llevó a Manelle aparte.

—Oiga, señorita, no sirve de nada montar un escándalo. Perder los nervios no ayudará a encontrar una solución.

—Usted no puede hacerle esto. Se ha preparado tanto mentalmente para llegar hasta aquí —suplicó Ambroise, que se había unido a ellas.

—¡No puede aguantar más los dolores, maldita sea! —insistió Manelle con voz silbante—. Devuelve todo lo que come, cada vez ve más borroso, está al límite de sus fuerzas cuando se tiene que levantar de la cama.

Perdido en medio del sofá, Samuel no comprendía nada de toda aquella agitación. «Algo va mal, ¿verdad?», preguntó a Beth. Esta se arrimó más a él y le cogió la mano.

—No lo sé, pero, por lo que parece, hay un aduanero en potencia dentro de cada suizo.

—El reglamento es tajante: hay que poder probar que se existe para poder solicitar el derecho a desaparecer, es así de sencillo —replicó Emma Besuchet a la pareja de jóvenes antes de volver a acercarse al viejo.

Puso el carné de identidad y el dossier médico sobre la mesa baja deshaciéndose en excusas.

—No lo entiendo, señor Dinsky. Es la primera vez que nos sucede esto y le ruego que crea que yo soy la primera afligida, de verdad, pero hoy nos va a ser imposible empezar el protocolo. Evidentemente, el dinero que ha pagado le será reembolsado en parte, hecha la correspondiente deducción de gastos. Por supuesto, quedamos a su entera disposición si decide hacer una nueva solicitud por su parte, siempre y cuando sus papeles estén al día. Adiós, señor Dinsky. Adiós, señores.

Ambroise y Manelle permanecieron largo rato sin moverse, totalmente abatidos por el episodio que acababan de vivir. El joven la tomó en sus brazos.

—Es lo que querías finalmente, ¿no? —la consoló—. Nos habías estado siguiendo para esto, me parece. Vamos, ven, nos necesita.

Entonces, arrodillados ambos delante de él, cogiéndole cada uno de una mano, le explicaron al aturdido viejo que no iba a morir hoy, que tendría que seguir soportando su calvario por más tiempo, pero que ellos seguirían allí pasara lo que pasara, a su lado, como habían prometido, y hasta el final.

—¿No ha visto más que a un solo especialista? —preguntó Beth, sorprendida al revisar el dossier médico de Samuel.

—Sí —confirmó la joven.

—Ambroise Larnier, ¿qué es lo que te ha repetido siempre tu abuela?

—Que los especialistas únicamente saben ver las cosas por un solo ojo. Y que siempre hay que consultar a un segundo, si queremos tener una visión completa de la enfermedad.

—¿Puedes recordarnos quién es tu padre, Ambroise Larnier? —le rogó su abuela.

—¿Por qué razón? —gruñó el joven.

—Vamos, responde, seguro que les va a interesar —insistió Beth.

—Es el profesor Henri Larnier, gran premio Nobel de ni me acuerdo de qué cosa, promo de 2005 —murmuró Ambroise con desprecio.

—De Medicina, premio Nobel de Medicina, no tengamos miedo de las palabras, por favor. ¿Y a qué se dedica en la vida ese gran hombre, nos lo puedes recordar?

—¡No, Beth, te veo venir! ¡Ni lo pienses! Antes, morir.

—¡Bravo! Te felicito, esa expresión no podía ser más idónea para esta situación.

—Perdón, Samuel, no quería decir eso, pero no me pidas un imposible, Beth, él no.

—¿De qué va esta historia? —los interrumpió Manelle.

—Pues figúrese que el joven que tiene delante de sus ojos es hijo de uno de los más eminentes especialistas del mundo en cancerología, pero este mismo joven, como no se habla con él, no quiere aprovechar el privilegio que se nos ofrece de poder consultarlo.

—¡Pero tenemos que acudir a él de inmediato, Ambroise! —exclamó la chica—. No perdemos nada. Y nos importa un comino que tú estés enfadado con tu padre, no te estamos pidiendo que te reconcilies con él, solo queremos que vea a Samuel.

—Es el mejor en su disciplina, Ambroise, y tú lo sabes muy bien —insistió la vieja—. Encima tenemos la suerte de nuestro lado. Como todos los principios de semana, debe de encontrarse en su despacho de la OMS. Es a dos pasos de aquí. Hazlo, por Samuel.

El octogenario contemplaba el suelo con la mirada vacía, esperando aún esa partida que acababan de negarle. El joven se tragó su orgullo y se rindió.

—Vale, pero no esperéis de mí que me eche a sus pies. Lo hago solo por Samuel.

—Gracias de su parte —se entusiasmó Manelle, que lo besó en la boca antes de coger suavemente al viejo por el brazo.

Bordearon el lago en dirección a Ginebra durante unos cincuenta kilómetros. Al cabo de poco más de una hora de trayecto, Ambroise aparcó la furgoneta delante del austero edificio de la OMS. Visto desde el exterior, el edificio de siete plantas parecía un bloque de viviendas de los años setenta. Mientras Manelle se quedaba en el vehículo con Samuel, pues era absurdo fatigar al enfermo inútilmente, el joven, acompañado por su abuela, cruzó las inmensas puertas acristaladas y se dirigió a la recepción, donde pidió ver al profesor Larnier.

—¿De parte de quién? —preguntó la recepcionista.

—De parte de su hijo.

—Y de su suegra —se sumó Beth.

La mujer los miró con curiosidad antes de pedirles que aguardaran mientras marcaba el número.

—El profesor Larnier los espera en su despacho. Tercera planta, su nombre está en la puerta —los informó ella después de haber colgado.

Fueron a buscar a Manelle y al anciano y se metieron los cuatro en el amplio ascensor que los llevó a la planta a la que iban. PR. HENRI LARNIER, NOBEL PRIZE IN MEDICINE. Una placa de la dimensión del ego del gran hombre, pensó el joven tanatopractor. No tuvieron necesidad de llamar a la puerta. Esta se abrió por un Henri Larnier alarmado. Al ver al hombre que tenía delante, lo primero que pensó Ambroise fue que había envejecido. Una barba gris oscurecía la parte inferior de su rostro. Con la sesentena dejada atrás, había perdido un poco de ese porte rígido que confería a su persona prestancia y autoridad. Manelle lo juzgó guapo y con un gran parecido a su hijo, aunque Ambroise tenía ese aire tranquilo que su padre estaba lejos de poseer.

—¿Qué es lo que ocurre? —se preocupó el profesor antes incluso de saludar a su hijo.

—Buenos días, papá —replicó el joven.

—Perdona, buenos días, Ambroise. Buenos días, Élisabeth.

Su suegra le había pedido centenares de veces que la llamara Beth, pero era en vano. Designar las cosas y a las personas por su nombre exacto revelaba a la perfección el carácter científico de su padre, pensó el muchacho. En la vida como en la medicina no había que jugar con las denominaciones.

—Caballero, señorita.

—Manelle y Samuel —los presentó Ambroise.

—¿A qué debo esta visita?

—No te inquietes, no vengo por nada mío.

—Nunca vienes a verme cuando estoy en Nîmes, así que comprende que tu presencia aquí, a cientos de kilómetros de casa, acompañado de tu abuela y de estas personas desconocidas, pueda intrigarme al menos un poco.

—¿Podemos entrar en tu despacho, si no te parece mal?

—No hay suficientes sillas para todos, os propongo que bajemos a la cafetería, estaremos mejor para hablar —sugirió el científico cerrando la puerta tras de sí.

En terreno neutral, pensó su hijo amargamente. Su padre jamás había sido capaz de abrirle su intimidad. Encontraron una mesa libre y Henri Larnier volvió a hacer la misma pregunta.

—Entonces ¿a qué debo esta visita?

—Pues, verás, me gustaría, nos gustaría, que pudieras auscultar a este señor aquí presente y que repases su dossier médico para saber lo que tiene exactamente.

—Vaya, así que ahora mi hijo se preocupa por los vivos —soltó con ironía Henri Larnier.

—Por favor, Henri —le rogó Beth—, Ambroise ha hecho de tripas corazón para venir a pedirte esto. No discutáis ahora, os lo suplico.

—Estaba seguro, de todas formas —murmuró el joven.

—¡No! —se rebeló Manelle—. No vayan a empezar ahora. No sé qué hay entre ustedes, y además no es de mi incumbencia, pero el problema no es ese. El problema, señor Larnier, es este tumor que está a punto de matar a nuestro amigo aquí presente, ¡así que ya se enzarzarán ustedes en sus disputas más tarde si les da la gana, pero, por el momento, ocúpese de él, por favor! —concluyó la joven poniendo el dossier médico de Samuel delante del doctor, pasmado por semejante impetuosidad.

—Está bien —aceptó él, y abrió el dossier.

El científico dejó a un lado el informe de su colega para echar un rápido vistazo a los resultados de los análisis, antes de detenerse en los clichés de la resonancia magnética, en los que se entretuvo largo tiempo sin decir ni una palabra.

—Según la fecha, veo que estas imágenes se sacaron hace aproximadamente dos meses, ¿no es así?

Manelle respondió en lugar de Samuel:

—Un poco menos de dos meses, sí.

—Un poco menos de dos meses... —repitió el médico dubitativo—. No es posible —se dijo a sí mismo.

—¿Qué es lo que no es posible? —preguntó Beth.

—Perdonad mi franqueza, pero a la vista del tamaño del glioblastoma en el momento de la resonancia magnética y conociendo el rápido poder invasivo y el carácter tan agresivo de este tipo de tumores, no es científicamente posible que el caballero aquí presente esté todavía vivo. No sé qué pensar, señor... Wendling —prosiguió leyendo el nombre en el extremo inferior del cliché—, pero...

—Dinsky —lo corrigieron a coro Manelle, Beth y Ambroise.

—¿Cómo?

—Dinsky. No Wendling, sino Dinsky —rectificó Manelle.

—Escuche, aquí leo Wendling, Roger Wendling —insistió el médico, enseñándoles el nombre escrito en letras blancas sobre fondo negro al final de las radiografías.

Podía leerse la estupefacción en todos los rostros, salvo en el del principal interesado, demasiado ocupado en tratar de soportar su dolor de cabeza. Henri Larnier dejó el cliché que tenía en la mano y volvió a coger la carpeta.

—Veo, en efecto, que el informe redactado por mi colega, el doctor... Gervaise, se refiere, por supuesto, al señor Dinsky, pero está escrito basándose en clichés que corresponden a un tal Wendling. Generoso, además, este Gervaise. Dar tres meses de esperanza de vida a un paciente con un glioma como este, ¡chapó!, no es optimismo, es ciencia ficción. Debe de haber habido una inversión en los marcadores del cliché, algo que ocurre cada vez menos, gracias a Dios, pero alguna vez puede pasar.

—Pero entonces ¿de qué padece el señor Dinsky? —preguntó Beth con voz

inquieta, aunque también llena de esperanza.

—Para saberlo, habría que volver a examinarlo. ¿Qué edad tiene usted, señor Dinsky?

—Ochenta y dos —respondió débilmente Samuel.

—Tiene usted fuertes dolores de cabeza con mucha frecuencia, y este es el motivo por el cual usted fue al médico, ¿no es así?

—Sí —contestó Manelle en lugar del anciano.

—¿Fiebre?

—Sí, casi de manera permanente desde hace algunos días.

—¿Vómitos, pérdida de peso?

—Sí, vomita casi todo lo que come y ha adelgazado mucho.

—¿Se queja de vista borrosa? ¿Vista nublada o doble?

—Sí, desde hace poco, pero ¿cómo sabe usted todo eso?

Henri Larnier se levantó y se acercó al viejo. Le palpó en las sienes y examinó de cerca las arterias temporales, que estaban hinchadas de manera anormal.

—Si le toco el cuero cabelludo, aquí, ¿le duele?

—Sí —gimió el octogenario.

—¿Habéis oído hablar de la enfermedad de Horton?

La pregunta iba dirigida a todos. El silencio como respuesta lo invitó a proseguir:

—Es una enfermedad que se declara principalmente en personas mayores, más bien cercanas a los ochenta años, y que se manifiesta con los síntomas de los que acabamos de hablar. El mayor riesgo de esta patología es que, si no se trata a tiempo, se produce una pérdida de la agudeza visual, que a veces puede llegar a la ceguera completa. Pero, tranquilos, es una enfermedad que hoy en día se puede curar. Voy a prescribir al señor Dinsky un tratamiento de urgencia a base de unos potentes corticoides, y si se trata, como creo, de la enfermedad de Horton, lo cual nos lo confirmarán los análisis muy pronto, su estado general debería mejorar rápidamente, atenuándose las cefaleas de aquí a pocos días, incluso dentro de unas horas.

Ambroise, Beth y Manelle miraron los tres a Samuel Dinsky, un Samuel Dinsky que no comprendía nada de nada y cuyo universo, por segunda vez en ese mismo día, acababa de estallar.

El hombre de ciencia ordenó que le hicieran a Samuel un análisis de sangre en los laboratorios de la propia OMS. Tendrían los resultados por la tarde. Hasta entonces, mandó preparar en la farmacia ubicada en el sótano los medicamentos necesarios para empezar cuanto antes con la corticoterapia.

—Bueno, estarán disponibles de aquí a unos minutos en la recepción, con las instrucciones de la posología y una nota para el médico que le lleve el tratamiento. Una primera toma enseguida, no hay tiempo que perder. ¡Vaya, hacía una eternidad que no ejercíamos como hoy, ya lo creo! —sonrió un satisfecho Henri Larnier—. Es como el *rock'n'roll*, hay que reconocerlo, tiene el mérito de recordarme los años en que era residente.

Por primera vez, Ambroise percibió algo de nostalgia en la voz de su padre, nostalgia tal vez de la época en la que el Nobel todavía no había suplantado al médico.

—No puedo quedarme más —prosiguió el especialista echando un vistazo a su reloj—, tengo que preparar una conferencia, pero si queréis, quedaos a comer aquí, yo os invito. Ya veréis qué bien se come. Además, no sé qué hacer con tantos *tickets* de restaurante que me dan cada mes.

Una vez puestos sobre la mesa los *tickets* en cuestión, Henri Larnier se despidió de los presentes, no sin antes tranquilizar al anciano.

—Si hemos acertado con el señor Dinsky, todo debería volver a su cauce rápidamente, no os preocupéis.

Ambroise sonrió. Había olvidado esa curiosa costumbre que a veces tenía su padre de usar el «nosotros» en algunas frases para hablar de sí mismo, costumbre que procedía de sus innumerables publicaciones científicas, en las que es frecuente utilizar la primera persona del plural para hablar de uno.

Cuando se fue, Manelle y Ambroise se miraron con ese brillo nuevo en los ojos que la esperanza había encendido en ellos. Emma Besuchet y su cóctel de la despedida quedaban muy lejos. El viejo iba a vivir. Esa jornada que debía ser la última de su vida sería ahora la de un segundo nacimiento. Beth, con su espíritu práctico habitual, bajó a todo el mundo a tierra.

—Hay que ir a servirse antes de que haya demasiada gente. Es la hora de comer y ya están entrando.

—Id —indicó el joven—. Tomad lo que queráis, yo voy a la recepción a ver si ya están las medicinas.

Ambroise regresó al poco rato apretando contra su pecho la bolsa que contenía las cajas de corticoides. Siguiendo la posología prescrita por Henri Larnier, Manelle sacó tres comprimidos con forma de gragea y los puso delante de Samuel.

Laboriosamente, el viejo engulló las pastillas una detrás de otra con ayuda de un vaso de agua y los ánimos de sus ángeles de la guarda. Unos ángeles de la guarda que comieron con avidez y apetito, libres ya de la carga que pesaba sobre ellos desde por la mañana. En el momento de partir, Ambroise dio las llaves a Manelle y se excusó.

—Esperadme en la furgoneta, enseguida estoy con vosotros, tardaré solo cinco minutos.

Obvió el ascensor y subió la escalera de dos en dos peldaños hasta el tercer piso. No había dado las gracias a su padre por haberles dedicado un poco de su precioso tiempo. Quería sobre todo abrazarlo, abrazarlo como un hijo debe abrazar a su padre cuando se separa de él. Los tímidos golpecitos en la puerta no tuvieron respuesta. «¿Papá?». Entró. El despacho estaba vacío. Entonces lo vio. Y en el preciso instante en que descubría la guarida de Henri Larnier, todos los estúpidos convencimientos que había cultivado durante años con respecto al gran hombre, su egocentrismo, su orgullo, su frialdad, su insensibilidad, se redujeron a la nada, barridos por lo que tenía delante de sus ojos. Por todas partes a su alrededor, clavadas en las paredes, colocadas sobre las estanterías, puestas encima de la mesa de caoba del escritorio, había fotos de Ambroise y de su madre. Ambroise bebé en los brazos de ella de joven, Ambroise niño jugando con un estetoscopio, su madre en traje de baño posando junto a la piscina, resplandeciente al sol, Ambroise adolescente tocando la guitarra, Ambroise a los pies del árbol de Navidad desarrollando los regalos, Cécile con Ambroise en sus rodillas balbuceando sus primeras palabras, Ambroise con la bata blanca de su padre que le estaba ancha por todas partes, Cécile inmersa en la lectura de *Viaje al fin de la noche*. Un santuario, eso es lo que era el despacho de Henri Larnier, ni más ni menos; un santuario a la memoria de unos fantasmas, el de esa mujer que él había amado y el de ese hijo que había huido de él. El joven se llevó la mano a la boca al descubrir la biblioteca. Ni por un solo instante habría podido imaginar que a su padre le interesara alguna vez su trabajo. Sin embargo, allí estaban, cuidadosamente ordenadas en el centro de la estantería, numerosas obras dedicadas al arte de la tanatopraxia y al oficio de embalsamador. Algunos de esos libros eran recientes y trataban de los últimos avances en la profesión. Realmente afectado, el joven anotó su número de móvil en una hoja y la puso sobre el cartapacio, invitando a su padre a que lo llamara cuando tuviera los resultados de los análisis. Luego, añadió en la parte baja de la hoja unas palabras que no había dicho jamás, unas palabras que se quedaban atragantadas por pudor, unas palabras que muchas veces se dicen al pie de los catafalcos cuando ya es demasiado tarde, unas palabras que valían por sí mismas lo que todos los besos juntos: «Tu hijo, que te quiere».

Aquel miércoles por la mañana, en mitad de la inmensa cama de su habitación de hotel, Samuel Dinsky se despertó de golpe. Algo lo había sacado de su sueño, algo que no recordaba desde hacía una eternidad: el hambre. Su estómago vacío emitía unos borborismos de descontento y su paladar apelaba al desayuno con todas sus papilas. En ese preciso momento, fue consciente de que el tornillo que hasta el día anterior había estado comprimiendo su cráneo había acabado por aflojar sus mandíbulas por completo, dejando escapar el dolor. Ahora su cabeza respiraba, como si, detrás del hueso frontal, soplara una ligera brisa que había mandado muy lejos los últimos vestigios de sufrimiento. Se levantó y entreabrió las cortinas. El rayo de luz que hendía el aire para posarse sobre la cama no trajo en su estela la miríada de agujas que habitualmente venían a clavarse en sus retinas. No, sintió tan solo el deslumbramiento normal que a cualquiera le causa la claridad del día después de una noche pasada a oscuras. Samuel se estiró emitiendo gemidos de satisfacción y se entregó al sol, dejando que su cuerpo se embebiera en el calor de los rayos. Solo entonces los vio. Manelle, Beth y Ambroise estaban a los pies de su cama y lo asaltaron con la misma frase: «¿Y bien?».

De regreso de Ginebra, el anciano, vencido por el cansancio, se había acostado para dormirse enseguida. «La jornada ha sido más larga de lo previsto», había bromeado antes de hundirse en el sueño. Manelle, Ambroise y Beth se habían quedado a su lado, redoblando la vigilancia, por si la muerte, privada de una presa prometida desde hacía tanto tiempo, no hubiera dicho su última palabra. Samuel había exudado su fiebre por todos los poros de su piel, y la joven, ayudada por Ambroise, tuvo que cambiarle el pijama por una camiseta seca. A pesar de su insistencia en que Beth se fuera a descansar a su habitación, esta se había negado en redondo. «No todos los días tenemos la suerte de velar a un recién nacido de ochenta y dos años y pico», había susurrado con la mayor seriedad del mundo. Así que se quedaron en la habitación 101, en la cabecera del anciano, procurando que sus ojos permanecieran en penumbra, escuchando su respiración, al acecho del más ínfimo desfallecimiento, hasta que, a su vez, el sueño los alcanzó en el corazón de la noche, a Manelle en el sillón, a Beth en el sofá y a Ambroise en el mismísimo suelo, en donde había terminado por tumbarse.

El octogenario contempló al trío que lo miraba fijamente, pendiente de sus palabras en espera de una respuesta. La amplia sonrisa con que se iluminó su rostro les dijo mucho más sobre su estado que cualquier palabra.

—¿Y esa fiebre? —preguntó Manelle acercándose a besarlo.

Su frente estaba tibia y seca.

—Día «D» más uno, señor Samuel Dinsky. El primer día del resto de su vida —

proclamó solemnemente Ambroise, haciendo referencia al título de la película.

El día anterior, a la misma hora en que él debería haber ingerido la poción mortal, Manelle había despertado al enfermo solo el tiempo necesario para administrarle su segunda dosis de corticoides. Y esa mañana, en vez de encontrarse echado sobre una mesa de acero inoxidable, esperando en el frío seno de la muerte la llegada del tanatopractor, Samuel estaba delante de ellos, sobre aquellas sábanas soleadas, más vivo que nunca. Un recién nacido de ochenta y dos años, Beth no habría podido expresarlo mejor. Vive gracias a un carné de identidad caducado, pensó Ambroise con espanto. Y a la clarividencia de su padre, que había llamado al final de la tarde para confirmar la enfermedad de Horton.

—¿Os pasaréis por casa a verme? —había preguntado.

Una sospecha de inquietud se había filtrado detrás de sus palabras. Miedo a que su hijo dijera que no, tal vez. Miedo a que las palabras garabateadas en la hoja abandonada sobre el cartapacio, y que Henri Larnier había leído y releído antes de guardarla como un tesoro en su cartera, quedaran solo en eso, palabras. «Tu hijo, que te quiere».

—Prometido, papá, pasaremos. Al menos una vez al mes, pero solo para renovar las recetas del señor Dinsky, ahora que tú eres su médico de cabecera —había bromeado su hijo.

La risa de Henri Larnier sonó de maravilla en sus oídos.

«D» más uno para nosotros también, papá, pensó el joven. Manelle mandó que subieran una bandeja con el desayuno para Samuel, que se zampó con apetito una primera tostada bajo la tierna mirada de Beth, la cual se apresuró a untar de mantequilla una segunda rebanada de pan.

Esa misma noche, Samuel insistió en invitarlos a cenar en el restaurante del Regent. «Para celebrar mi enfermedad de Norton», se justificó el anciano.

—Horton, Samy —lo corrigió Beth—. Se dice Horton.

—Jamás habría pensado que un día sería tan feliz por tener una enfermedad —les confesó él emocionado.

Se había vuelto a poner su elegante traje verde para la ocasión. «No tengo otro», se excusó con Beth. «Además, nadie tiene por qué saber que es mi traje de muerto», añadió cuando se juntaron en el vestíbulo.

Por su parte, la vieja dama tampoco había dudado en ponerse su ropa de luto, que al menos era violeta. «De todas formas, el negro siempre sienta bien —le dijo a su nieto antes de que este abriera la boca—. ¿No es verdad, Manelle?».

—Están magníficos los dos —los felicitó la joven.

Les habían reservado la mesa central. «Yo siempre había soñado con comer algún día sentada en un sillón Voltaire rodeada de un ejército de camareros ávidos por satisfacer mis deseos, por insignificantes que fueran, y mira por dónde el sueño se ha cumplido», ironizó la asistenta domiciliaria mirando a Ambroise maliciosamente al mismo tiempo que se sentaba. Estuvieron bromeando durante toda la cena, a veces riéndose a carcajadas en medio del ambiente silencioso del restaurante y bajo las miradas del resto de los comensales, que no daban crédito. Beth, cual auténtica reina madre, abusó del personal un poco más de la cuenta y les pidió cosas por puro capricho.

¿Puede traerme un vaso de agua del grifo, buen hombre?

¿Sería posible una rebanada de pan integral? Es que el pan blanco me da ardor de estómago, gracias.

¿Sería tan amable de traerme una toallita húmeda caliente para limpiarme las manos?

—Para ya, Beth, te estás pasando un poco —la riñó Ambroise.

—¿Por qué? Tener tantos camareros a nuestra disposición sin tener derecho a utilizarlos sería tan tonto como poner las velas en una tarta de cumpleaños sin tener autorización para soplarlas.

Al salir de la cena, la vieja dama se arruinó con una generosa propina de diez euros.

—No quieren ser Europa, pero tendrán mis euros de todos modos —pregonó como si cantase una pequeña victoria.

Manelle fue a meter en la cama a Samuel y Ambroise a ponerle a Beth su inyección.

—Cada uno con su viejecito, así no hay celos —bromeó la anciana—. ¿Sabes,

grandullón? —prosiguió con la mayor seriedad del mundo—, no querría ser un lastre para ti. Si un día quieres ir a hacer tu vida en otra parte, de ninguna manera te sientas obligado a quedarte por mi culpa.

—¿De verdad? ¿Puedo? ¡Y yo que me quedaba únicamente porque creía que no podías vivir sin mí! De acuerdo, pero no podré dejarte sola del todo, con tu diabetes y demás. No, hay que buscarte un bonito asilo. Conozco uno no demasiado caro donde podrás hacer allí muy buenas migas, participar en los talleres de repostería, jugar a las cartas, apuntarte al club de lectura... Yo iré a verte los domingos. Pasearemos por el jardín. Va a estar muy bien, ya verás.

Ante la cara de desconcierto de su abuela, Ambroise se apresuró a desmentir todo lo anterior estrechándola en sus brazos.

—¡Pero si estoy de coña! Sabes de sobra que no podría vivir sin tus pasteles. Sin embargo, esta noche me temo que voy a privarte de tu joven compañera de cuarto —añadió cogiendo por la cintura a Manelle, que acababa de reunirse con ellos.

—Aprovechad, tortolitos, aprovechad. El amor es como los bombones, no se los disfruta solo con la mirada —replicó Beth, rematando su frase con un guiño persistente en dirección a la joven pareja.

Al día siguiente, cuando las dos se encontraron en el bufé del desayuno, Beth-la-Curiosa no pudo evitar preguntarle a Manelle qué tal habían dormido.

—Hemos comido bombones toda la noche —le susurró al oído la joven.

—¡Maravilloso! Procurad que siempre quede alguno en la caja —aconsejó Beth-la-Prudente.

Habían acordado salir a las diez en punto y volvieron a reunirse todos en la recepción, con las maletas hechas. Samuel pagó la cuenta después de anular las reservas para las noches siguientes.

—¡Estancia acortada, vida alargada! —le musitó la vieja al recepcionista, que asintió por educación sin alcanzar a comprender el sentido de esas palabras.

El viaje de vuelta se hizo en un ambiente campechano. Bordearon una vez más el lago. Un antiguo barco de vapor navegaba por las aguas plateadas, removiéndolo con las paletas de sus dos ruedas las olas de una espuma efervescente. Colgada de la popa, la bandera roja con la cruz blanca restallaba al viento. Cual niño con la cara tendida hacia delante, Samuel no se perdía nada del paisaje que desfilaba ante sus ojos. Al pasar la frontera, Beth le respondió al aduanero que les preguntó si tenían algo que declarar: «Solo una vida». Ante la sonrisa de los demás ocupantes, el funcionario no insistió y se quedó mirando el coche fúnebre mientras salía de Suiza a la vez que se preguntaba cómo podían viajar tan alegres en un vehículo tan siniestro. Hablaron poco, comunicándose en silencio mediante simples miradas. Estaban bien. Habían ido con la muerte como quinta pasajera y ahora regresaban sin ella. Cuatro personas que, en toda su existencia, jamás se habían sentido más vivas que en ese momento.

Bouba y Abel recibieron a Ambroise con su acostumbrado buen humor en una oficina atiborrada de adornos navideños. Las frágiles ramas del ficus se inclinaban bajo una avalancha de guirnaldas. Del techo colgaba una gran cantidad de bolas de colores. Un ejército de figuritas de belén había invadido la parte superior del frigo. Pegados con celo en los cristales, unos típicos Papás Noel bonachones y barrigudos recibían a los visitantes con su guasona sonrisa. A pocos días de las fiestas de fin de año, ninguno de los dos parecía querer quitarse el gorro rojo atornillado a su cabeza de la mañana a la noche. Como siempre, el alto senegalés respondió al saludo del joven con uno de los chistes de su repertorio.

—¿Sabes el del esqueleto que entra en un café? El camarero le pregunta: «¿Qué le sirvo?». Y el otro responde: «Una cerveza... y una fregona, por favor».

Abel esperó a que Bouba dejara de reírse para tomar la palabra.

—¿Vienes por la abuelita? No entiendo por qué se empeñan en hacerles la autopsia a viejos de más de noventa años. Podrían dejarlos en paz, ¿no?

—Ya sabes que en caso de incendio, sobre todo si es en un asilo de ancianos, es obligatorio —replicó Ambroise.

—¿Es verdad que el fuego se originó por las luces navideñas que había en una habitación de la planta baja? —interrogó Bouba.

—No sé nada de eso. Solo espero que la pobre no haya sufrido. ¿Dónde está?

—Sigue en la mesa de autopsias. Es más práctico para ti. Solo tendrás que pasarla a la camilla cuando hayas terminado y la subiremos a la cámara funeraria. Tómame el tiempo que quieras, no tenía familia —precisó Abel.

—Yo, a ese respecto, me atrevería a poner la mano en el fuego, ja, ja, ja —se partió de risa Bouba.

El joven tanatopractor creyó no entender.

—¿Cómo? ¿No tiene familia? ¿Estamos hablando de la misma señora de Morbieux?

—Señorita de Morbieux, por favor. Pues no, no tiene familia, es lo que ha declarado la responsable de la residencia.

Cuando el ascensor descendía al segundo sótano, Ambroise aprovechó para llamar a Le Clos de la Roselière. Después de presentarse, el joven pidió que se lo confirmaran. La chica que le contestó estaba llorando.

—¡Qué horror, señor Larnier! ¡Tres muertos! ¿Se da usted cuenta? ¡Tres! No, Isabelle no tenía familia. Sobrinos nietos lejanos, pero nunca vinieron a visitarla. Usted era su única visita, cada año, por su cumpleaños. ¡Cuánto nos hablaba de usted, de su tanatopractor! No sé si sabe usted que lo apreciaba mucho. Los días posteriores a su visita, ella no escatimaba elogios sobre su persona.

—Me había dicho que su marido había muerto hacía mucho tiempo, pero me hablaba a menudo de su hija, que la llevaba a comer al restaurante todos los domingos.

—Se lo inventaba, señor Larnier. Ella nunca estuvo casada y menos aún tuvo una hija. Isabelle era muy buena contando historias. También ese era su oficio, escribir historias. Ella era escritora.

—¡Y todos esos nietos y bisnietos que le mandaban dibujos! No lo he soñado, los dibujos estaban en las paredes de la habitación.

—¡Ah, esos dibujos! Son dibujos que hacen los alumnos de la escuela elemental para los ancianos de la residencia. Los hay por todas las habitaciones. Lo siento mucho, señor Larnier. Se puede decir en cierto modo que nosotros éramos... que usted era su única familia.

El cuerpo desnudo de Isabelle de Morbieux esperaba a Ambroise en la mesa de autopsias inoxidable. El forense había certificado el fallecimiento por asfixia. El joven depositó sus maletines y se acercó al cadáver. Al igual que las otras dos víctimas del incendio que había destruido el ala este de Le Clos de la Roselière, la nonagenaria estaba dormida cuando la sorprendió el humo asfixiante. Las llamas no habían tenido tiempo de alcanzar su cuerpo y su cara permanecía intacta. Después de una autopsia, el tratamiento de conservación se revelaba siempre largo y delicado. Mientras lavaba el cadáver con ayuda de una toalla húmeda, la voz clara de la anciana sonó en su cabeza con la misma nitidez de cuando resonaba en la habitación Orquídea: «Hábleme de usted, Ambroise. Nunca me habla de usted». El joven sonrió. Entonces, mientras sus manos recorrían aquella piel blanca y marmórea, empezó a hablarle de él. Le habló de Manelle, de los gritos indignados de ella y de la mirada arrobada de él, en su primer encuentro. De los ojos como brasas de Manelle, de su cabello negro azabache, de su cuerpo liviano, su aroma embriagador, su bonita risa. De Manelle y sus labios, de los que él nunca se saciaba. Le explicó que actualmente los dos se pasaban el día esperando verse de nuevo al caer la noche.

—El piso de los Jeandron, en el segundo, ha estado libre todo este mes. Nos ha venido de perlas. Solo tengo que subir un piso para ir a ponerle su pinchazo a Beth. ¡Ah, no le he hablado de Beth, Isabelle! Seguro que ella le habría caído muy bien.

El joven tanatopractor seguía hablando mientras avanzaba con el procedimiento de conservación. Al poco rato, el zumbido de la bomba de inyección se mezcló con sus palabras.

—Tenía que haber visto el disgusto de Odile Chambon cuando fui a recoger el gato a nuestro regreso de Morges. Para mi sorpresa, Beth aceptó compartirlo con ella cada dos semanas. Hace ya tres meses que la cosa va bien. Con rigurosa alternancia, una semana a base de flan de ciruelas en el tercero, otra semana de mimos y caricias a placer en la portería. No parece que esto perturbe al gato lo más mínimo, ya que da la impresión de haber encontrado el perfecto equilibrio entre las dos dueñas. ¡Ah, y he reanudado lo del teatro! ¿No le había dicho que formaba parte de una compañía?

Hemos fichado a un nuevo miembro, en la persona de Beth. Faltaba una actriz para un pequeño papel de señora mayor. Hay que verla cómo atrae la atención en el escenario cuando declama su parlamento. Toda la compañía ha caído rendida, y eso que tiene la mala costumbre de apañarse los textos a su manera.

Sin dejar de hablar, Ambroise manipulaba el cuerpo. A veces se callaba para fijar una cánula o suturar un punto de punción y luego proseguía con el curso de su relato. Le habló mucho de Samuel, de cómo disfrutaba cada nuevo día pasado en este mundo.

—Ha ido con Manelle a llevarle los clichés de la resonancia magnética al doctor Gervaise. ¡Menuda cara ha puesto el especialista al ver a Samuel entrar en su consulta en plena forma! La misma cara que si hubiera visto a un resucitado, me ha contado luego Manelle.

El joven procedió a vestir el cadáver sin interrumpirse. Después de la combinación de raso, le puso su vestido de flores preferido. Anudó el pañuelo de seda alrededor del cuello y recogió con un pasador su cabello blanco. Maquilló ligeramente su cara antes de rociar sus mejillas con agua de Colonia. Ambroise llevaba siempre un poco en su maletín, le era útil para disimular los olores de los productos de conservación. «Agua de Colonia, es el único perfume que uso —le decía la vieja cada vez que él iba a visitarla—. A mi marido le encantaba».

—Isabelle de Morbieux, es usted una mentirosa redomada —la riñó Ambroise sonriendo—. Dentro de tres días será Navidad —prosiguió—. Nos reuniremos todos en casa de mi padre. Desde que volvimos de Morges, nos llamamos cada domingo y me paso de vez en cuando por su casa. Nos contamos nuestras vidas, yo mis cadáveres, él sus seminarios. Hablamos a menudo de mamá. De nuevo está entre nosotros, sus recuerdos han llenado el vacío que nos separaba. Papá ha insistido en invitarnos. Hasta Samuel irá. No me extrañaría nada que el postre de este año fuera un selva negra.

El joven se inclinó sobre la difunta para decirle al oído:

—Navidad, que quiere decir «día de la natividad». ¿Qué le parece? ¿No es el mejor día para anunciarles a todos que hay un pequeñín creciendo en el vientre de Manelle?

La voz de la anciana sonó clara y alegre en su cabeza: «¡Bendito sea ese día, Ambroise!».

Desde hacía algún tiempo, a Marcel Mauvinier le había parecido que la actitud de su asistente domiciliaria había cambiado. El estado de exasperación permanente que antes llevaba a Manelle Flandin al borde de la revuelta y que tanto le gustaba al viejo había dado paso a una preocupante serenidad. Venía cumpliendo sin rechistar con las tareas domésticas listadas en la hoja cuadriculada ante la mirada dubitativa del viejo, que se preguntaba qué podía haber detrás de esa aparente quietud. Esa mañana, algo nuevo desentonaba en el paisaje sin que él lograra captar su origen. Desde luego, el comportamiento de la joven no le parecía muy diferente del de los demás días. Como era su costumbre, había dado un portazo al llegar, le había chillado desde el pasillo un «¡Soy yo!» que despertaba a los muertos, había ido a saludarlo al salón como hacía cinco veces por semana, había echado un rápido vistazo a la plantilla de tareas que la esperaba sobre la mesa de la cocina, luego había ido a vaciar el orinal en la taza del váter antes de enjuagar abundantemente la superficie esmaltada. Seguía habiendo algo extraño que desentonaba, el viejo no dejaba de buscarlo, era como una piedra en el zapato y le provocaba un sentimiento de persistente desazón. Cerró el periódico y se revolvió en el sillón. Nunca le había parecido tan incómodo. ¿Habría que considerar ese malestar como un funesto presagio? Acabó por convencerse de que la señorita Flandin, de profesión asistente domiciliaria y ladrona redomada como todas las demás, de lo cual no le cabía la menor duda, como tarde o temprano podría demostrar, había decidido esa mañana pasar a la acción y despojar a un inofensivo anciano como él de su billete de cincuenta euros. La simple evocación del botín no hizo más que aumentar la vigilancia del viejo, que no apartó los ojos del televisor que le hacía las veces de pantalla de control.

Hoy había escondido el billete dentro del microondas que había encima de la repisa del aparador, convencido de que incluso los ratones más astutos acaban siempre por caer en la tentación. A través del cristal oscuro de la tele, adivinaba, más que veía, el billete extendido en el centro del plato giratorio. Después de haber hecho la habitación, puesto una colada y barrido el pasillo, la joven apareció de nuevo por la cocina canturreando. Cantará mejor quien cante el último, pensó el viejo. Con ayuda del mando a distancia que había puesto sobre sus rodillas, movió la cámara número tres. Tal como había anotado con su diminuta letra en la plantilla de tareas, el viejo vio cómo la asistente domiciliaria empezaba la «limpieza de la cafetera», que estaba al lado derecho del microondas, algo que debía hacer entre «barrer pasillo» y «vaciar lavavajillas». En un primer momento, tuvo dudas de que la trampa funcionase, porque pensó que la joven iba a limpiar el electrodoméstico sin mirar dentro del horno, pero el sonido característico que emite la portezuela del microondas al abrirse le dio un vuelco el corazón. ¡Había encontrado el billete! Con los ojos pegados a la

pantalla, el octogenario no se perdía ni uno solo de los gestos de Manelle. Durante unos segundos, ella se volvió de tres cuartos, dejando ver únicamente su espalda. Entonces se produjo lo que él había estado esperando desde el principio. Intuyó, sin ver, cómo ella se metía la mano rápidamente en el bolsillo de la bata antes de que sonara el chasquido seco de la puerta al cerrarse de nuevo. El ruido de una trampa que se abate sobre su presa, pensó el viejo con júbilo. La joven no dejó de canturrear mientras estuvo vaciando el lavavajillas. Con una voz dulce y cálida totalmente desconocida para el anciano, ella desgranaba las palabras de *Il court, il court, le furet*^[3] revoloteando por la cocina en medio de los ruidos de los cubiertos. Más que la extraña elección de esa cancioncilla infantil, lo que lo alarmó fue la manera como su asistente lanzaba miradas desafiantes a la cámara entre una estrofa y otra. Todo eso no le olía bien. En absoluto. Pero ¡la tenía! Las imágenes grabadas serían suficientemente explícitas para confundirla ante sus superiores y sacar a la luz sus derivas cleptómanas.

Esa mañana, Marcel Mauvinier no se tomó la molestia de verificar con su cronómetro que los cuarenta y ocho minutos facturados por el servicio de asistencia domiciliaria habían sido bien empleados. En cuanto Manelle se marchó de la casa, fue corriendo a la cocina y se apresuró a abrir la puerta del microondas. Increíblemente, el viejo, boquiabierto de estupefacción, escrutó el hueco del horno. El billete de cincuenta euros con número de serie U18190763573 había desaparecido. En su lugar, bien dispuesto sobre el plato de vidrio, había otro billete que él cogió con dedos temblorosos. Le dio varias vueltas por delante y por detrás. Lo olió. Lo arrugó. Lo puso ante la luz. El flamante billete nuevo desplegaba la cifra de su valor sobre el arco barroco. La imagen bailó ante sus ojos. Cien euros. Cien euros que le quemaban las yemas de los dedos. Volvió a colocarlo donde lo había encontrado. Su cabeza ardía. La pregunta rebotaba contra las paredes de su cráneo. ¿Por qué esa zorra había hecho eso? Comprendió de pronto que no podía disponer de esa suma a sus anchas. Ese billete no le pertenecía en su totalidad, les pertenecía a los dos. Cincuenta y cincuenta. Marcel Mauvinier echó pestes. La joven asistente domiciliaria lo había atrapado en su propia trampa. Entonces, por fin, se le hizo evidente lo que tanto le incomodaba y que aún no había logrado definir: esa mañana, por primera vez, cuando se había acercado a saludarlo, Manelle Flandin le había sonreído. Con una sonrisa luminosa.

Agradecimientos

No podía acabar este libro sin dar las gracias a mi amigo Jules Rizet, tanatopractor. Jules me ha abierto amablemente las puertas de su misterioso universo. Gracias a él, he tenido el privilegio de vivir una experiencia intensa y rica en humanidad. He sido testigo del respeto con que actúa con los cuerpos, de su humildad ante los desafíos del oficio pese a su inmensa pericia profesional, de su empatía sincera con los familiares y, sobre todo, de esa manera suya tan particular de poner su amor a los vivos al servicio de los muertos. Le estaré eternamente agradecido por haberme permitido esta inmersión, de la que he vuelto más vivo que nunca.

Notas

[1] Tarta típica de la ciudad de Douarnenez, Bretaña. Significa, en bretón, «tarta de mantequilla». <<

[2] Ambroise Paré. <<

[3] Canción de cuna muy popular en Francia, que se traduce literalmente como «Corre, corre, hurón». <<